

Jorge
Cazulo

Sebastián
Dominguez

Nicolás
Burdisso

Agustín
Lucas

Javier
Mascherano

Sebastián
Saja

Pablo
Aimar

Fernando
Cavenaghi



PELTA DE PAPEL

CUENTOS ESCRITOS
POR FUTBOLISTAS

Patón
Guzmán

Patrón
Bermúdez

Roberto
Bonano

Juan
Herbella

Sebastián
Fernández

Juan Pablo
Sorin

Kurt
Lutman

Ángel
Cappa

Facundo
Sava

Jorge
Valdano

Gustavo
López

Adrián
Bianchi

Jorge
Sampaoli

Rubén
Capria

Mónica
Santino



Lectulandia

Pelota de papel reúne cuentos escritos por futbolistas y directores técnicos. Pero es también mucho más que eso. Son 24 historias creadas por reconocidos deportistas, presentadas por escritores y periodistas de renombre e ilustrados por grandes dibujantes y artistas. Una verdadera selección de 72 talentos. Que juegan y hacen jugar, y sueñan con ampliar el radio de la literatura entre los amantes de fútbol y, de paso, dar de baja algunos prejuicios en el mundo literario. Además, donan sus regalías con fines solidarios.

La pelota de papel, la que se usa en la escuela, la de los partidos fascinantes, es el símbolo. Las historias, adorables o tremendas, amasadas y desplegadas con habilidad, son el corazón. El resto se puede ver, como corresponde, en la cancha o, más bien, en estas páginas preciadas que aquí se anuncian repletas de jugadas colectivas, destrezas técnicas y peligro de gol.

Lectulandia

Sebastián Domínguez

Pelota de papel

Cuentos escritos por futbolistas

ePub r1.0

NoTanMalo 17.08.16

Título original: *Pelota de papel*
Sebastián Domínguez, 2016

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

«Dentro de 20 años estarás más decepcionado por las cosas que no hiciste que por las que hiciste. Así que suelta amarras, navega lejos de puertos seguros. Toma los vientos alisios. Explora. Sueña. Descubre.»

MARK TWAIN (1835-1910)
Escritor y periodista estadounidense

Pelota de papel es un libro de cuentos escrito por futbolistas. Pero no es solo eso. Es mucho más que un libro.

Cuando Sebastián Domínguez, Mariano Soso, Agustín Lucas y Jorge Cazulo, cuatro enamorados del fútbol, se propusieron la aventura de escribir historias, seguramente no se imaginaron lo que estaban creando.

Estaban estimulando la imaginación de varios compañeros y les regalaban un espacio para contar nostálgicos recuerdos, hazañas de juventud, golpes de la vida, frustraciones y la posibilidad de hablar del amor a un juego tan maravilloso como es el fútbol.

Ellos le abrieron la puerta a un grupo que tiene algo que contar en un ambiente donde, por razones atendibles o no, se naturaliza expresarse con las típicas declaraciones «de cassette». A veces, en estos ámbitos cualquier tipo de emoción parece que debe ser reprimida, como si no fuera bien vista.

Estas ideas son alimentadas en el proceso de formación del jugador y sostenidas en gran parte por nuestra labor periodística, en la que, con frecuencia, el modelo no nos deja desarrollar historias y apenas nos concentramos en lo que suponemos que es una noticia o un buen título.

Celebro la llegada de *Pelota de papel* como un movimiento en el cual participan jugadores, escritores, periodistas e ilustradores con el propósito primordial de ingresar en el mundo de las historias de vida, ficcionales o no, e intentar, a través de este ejercicio, ir más allá de los prejuicios instalados.

Por eso esta publicación es mucho más que un libro. Porque hay una generosidad grandiosa en los escritores y en los ilustradores que los acompañan. Sus trabajos son extraordinarios. Y no solo porque todo lo recaudado se destine a obras solidarias, sino porque tienen pensado involucrarse en una segunda etapa, generando eventos sociales, llevando el libro a pensiones, a colegios y a clubes de barrio.

Sin duda, lo mejor que podés dar cuando querés ayudar no es el dinero. Es tu tiempo y tu trabajo. Y ese es el desafío.

Muchos me preguntan por qué, como productor del proyecto, elegí este título para el libro.

La pelota de papel es la que se usaba en la escuela. El lugar donde aprendemos a leer, a escribir y a dibujar. Uno esperaba que sonara el timbre del recreo para salir

corriendo hacia ese patio que era nuestra cancha. Ahí, en veinte minutos, tratabas de meter la mayor cantidad de goles posibles. Ahí los partidos nunca terminaban y, si tu equipo era goleado, siempre sabías que en el próximo recreo ibas a tener revancha.

El concepto de revancha debe ser reivindicado en el juego. Y también en nuestras vidas. La revancha, pero no como sinónimo de venganza. Al revés: la revancha como expresión de que, a pesar de lo que sea, llegarán nuevas oportunidades. La revancha, que representa una dulce expresión que se renueva recreo a recreo en el patio del colegio, y que explica que nada nos debería hundir sin retorno.

Muchas veces escuchamos que lo mejor de llegar a un destino está en el viaje, en las experiencias vividas, en los que nos quedó de conocimiento. Este ha sido un viaje maravilloso.

Ellos, los jugadores, transitaron este camino con mucho coraje. Y tener coraje significa poder superar nuestros obstáculos aun con miedo. Meses de reuniones en bares, en restaurantes, en casas, en escuelas y en clubes nos llevaron a un destino de libro con 24 cuentos. Llenos de miedos, de dudas y con los prejuicios rondando en nuestras cabezas, atravesamos el camino como una gran aventura y celebramos entre todos cada uno de los cuentos, de las presentaciones y de las ilustraciones. Nos dimos el gusto adicional de desplegar una virtud colectiva: entre muchos pudimos calmar nuestras ansiedades y no dejarnos desanimar cuando temimos no llegar a puerto.

Cuando ya estábamos a bordo, a los pocos días de partir, nos dimos cuenta de que solo trabajando en equipo íbamos a resistir esta travesía. La curiosidad, el aprendizaje y el descubrimiento fueron nuestros vientos.

La pelota de papel fue nuestro faro.

Si un solo pibe desembarca en el mundo de la literatura por este libro, la misión está cumplida.

Nunca podré olvidar el placer de navegar junto a estos aventureros.

JUANKY JURADO

Periodista

(productor de *Pelota de Papel*)



EL MARACANÁ DE LA CALLE ESPAÑA

PABLO AIMAR

PRESENTADO POR:
ARIEL SCHER

ILUSTRADO POR:
SEBASTIÁN DOMENECH

Con el corazón abierto, con los empeines esmerados, con la cabeza sincera, con la fe en lo que se puede o no se puede tener fe, todos lo hicimos: todos quisimos jugar al fútbol, alguna vez, algún ratito, como Pablo Aimar.

Todos quisimos y no pudimos.

Bah, pudo Messi, quien contó del modo en el que se cuentan los sueños que de pibe quiso jugar como Pablo Aimar y por esa razón, entre otras, de grande se volvió Messi.

Messi lo hizo y nosotros no. Y, entonces, verdad dolorosa, durante mucho tiempo nos convencimos de que nunca nos sería posible aprender nada de fútbol a partir de Pablo Aimar porque, en materia de fútbol, cada cosa de Pablo Aimar nos resultaba inalcanzable.

Hasta que Pablo Aimar escribió un cuento.

Es un cuento en el que Pablo Aimar no danza en la cancha como el maestro de baile que fue cuando se calzaba un 10 en la espalda sino que, en otra danza pero de palabras, recuerda la clave por la que el fútbol representa tanto, nos representa tanto, lo representa tanto.

Es que el cuento avisa que el fútbol es lo que es porque nos permite ser con otros: con unos compañeros, con la gente de los pueblos que aún son pueblos, con los que nos regalan la memoria de lo que no vimos, con los que nos escuchan la memoria de lo que vivimos, con un amigo, con un hijo, con un papá.

El fútbol cobija millones de cuestiones, pero nos abraza como casi nada porque es una identidad y una historia.

Eso dice este cuento. Eso dice Pablo Aimar. Qué macana: nunca vamos a jugar al fútbol como él ni un ratito. Qué belleza: ahora que lo leemos, sabemos que podemos jugar en su equipo para siempre.

ARIEL SCHER



Por favor, les ruego que recuerden este dato:

Si, para pegarle de zurda, el rubio número 10 se apoyaba en la pierna derecha, se le salía la rodilla de lugar. No había otra posibilidad: la tenía lesionada y hacía años que jugaba así...

El partido estaba 2 a 1 abajo. No se trataba de un partido cualquiera. Era una final entre los dos mejores equipos de la ciudad y había una multitud. A veces se dice por decir que en una cancha no entra ni una persona más. Esa vez, en cambio, constituía una verdad: no entraba ni una sola persona más. Aún hoy, cuando el calendario marca que pasaron cuarenta almanaques, es posible encontrarse con alguien que, sin dudar, como un honor, asegura que «ese día» acudió al estadio, a nuestro estadio, el de la Avenida España.

Arsenal, el rival, tenía un equipazo. Los números lo verificaban. Venía ganando todo. Y, encima, desde el banco lo manejaba un DT que era un viejo bicho del fútbol local, uno que se sabía las mañas de todos, incluidas las de los árbitros.

El otro equipo, el de verde, llegaba de punto. De punto y con problemas porque justo durante ese partido, durante ese partido que era «el partido», le habían expulsado a un jugador.

Por favor, les pido que recuerden este otro dato:

Al protagonista de esta historia, algunos años después, le gustaría cantarles a sus hijos el tango «El sueño del pibe» quizás porque recordaba lo que aquella tarde le había sucedido.

Faltaban diez minutos y los verdes del parque, menos conocidos como Banda Norte, sufrían más cerca de recibir el tercero y el cuarto que de arrimarse aunque sea a patear un córner. Más lejos, mucho más lejos, les quedaba la posibilidad de pensar en empatar. Pero como este juego es justamente eso, un juego, todo podía pasar.

Y pasó. Luego del rebote de la pelota en el palo, en un nuevo ataque de Arsenal, salió la contra que dejó al rubio número 10 en una posición inmejorable para lo que parecía imposible, para la hazaña, para patear.

Para patear... de zurda.

Por algo, en el comienzo, rogué que recordaran el dato: de zurda, justo de zurda, la pierna que manejaba bien pero a la que no podía recurrir porque no se podía apoyar con todo su peso en la derecha y exigirle a la rodilla, a esa castigada rodilla, un esfuerzo que no estaba en condiciones de realizar.

El nombre del que corrió por toda la banda izquierda comandando esa única y seguramente última oportunidad de igualar y de llevar a los penales aquella final quedó en la memoria de unos pocos. A esta altura no interesa. Lo que interesa es que tiró el centro justo rumbo al pecho del rubio número 10, que acomodó la pelota para su pierna menos hábil, la zurda, y, de sobrepique, le pegó con todo el empuje del pie derecho, por detrás de la pierna izquierda. Le pegó «de rabona», como dicen en buena parte de la Argentina. Le pegó de «pata de catre», como decimos nosotros, justamente por el dibujo de letra X que forman las piernas al hacer una rabona y que es la misma que la de las patas de un catre.

Pata de catre para la historia: la pelota impactó en el palo izquierdo del arco, lo que hizo inútil la estirada del arquero, y tocó la red del otro lado, sin rozar la del fondo. Quedó ahí, mansita, una belleza, y decretó el 2 a 2 con el que finalizaron los noventa minutos.

Nunca nadie me contó quién ganó a los penales. Ni estoy seguro de que haya sido una final o de que había definición por penales para determinar un ganador tras el empate. Tampoco sé si la jugada previa al gol fue exactamente así. Y, para ser enteramente sinceros, ni siquiera puedo garantizar que a los verdes les habían expulsado un jugador.

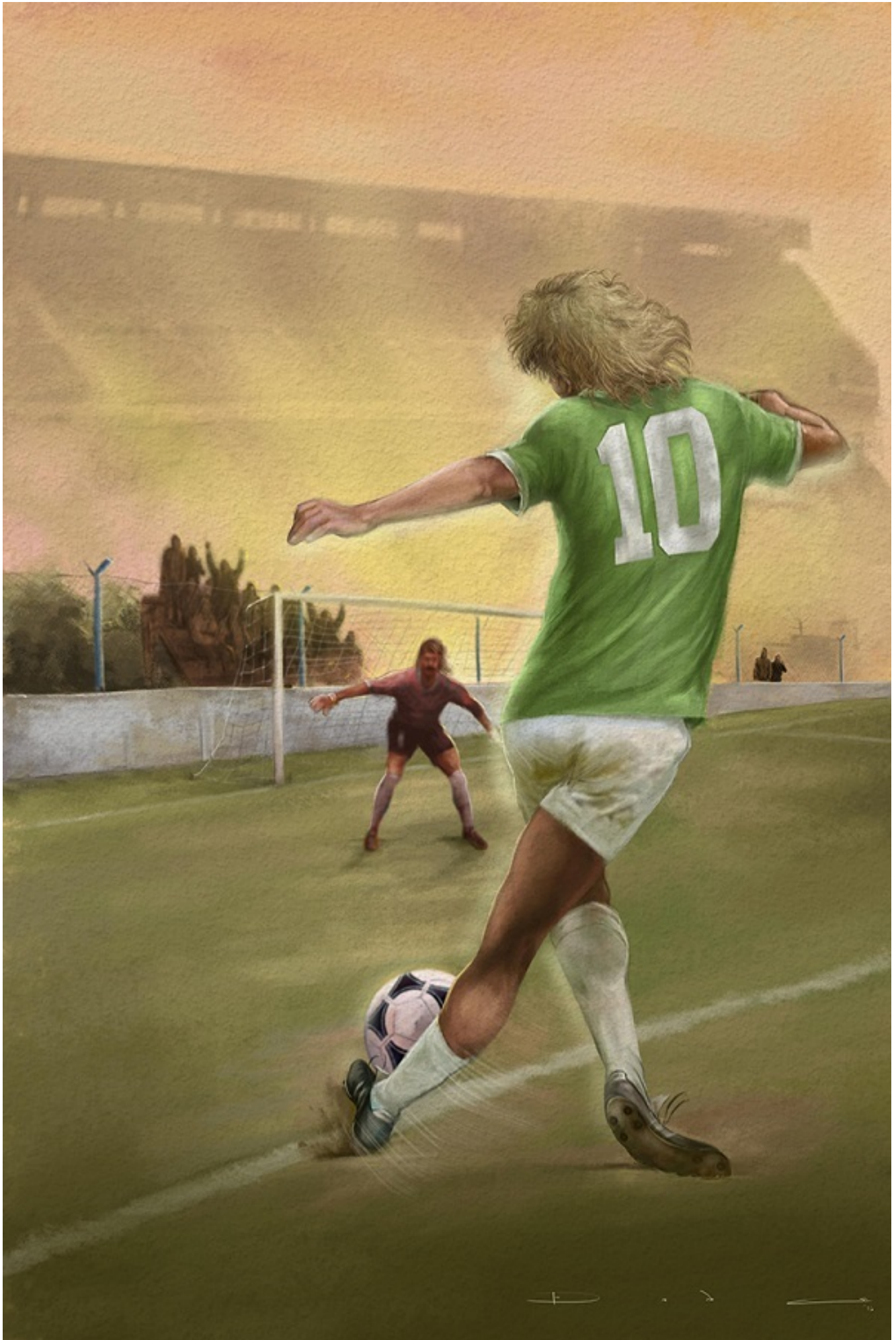
No me importa.

Me imaginé muchas veces ese gol. Todas esas veces, la cancha estaba y está llena. Llena o más que llena, si eso fuera posible. Y están todos, absolutamente todos, los que alguna vez me dijeron así, textual, lo que sigue:

—*Yo estaba el día en el que tu viejo hizo el golazo de «pata de catre», en la cancha de Estudiantes.*

Por favor, último favor, les sugiero que tengan en cuenta este otro dato:

Mi viejo, todas y cada una de las veces, se acerca y me susurra al oído: «Si todos los que te dicen que vieron ese gol estaban realmente en la cancha ese día, aquel partido se tendría que haber jugado en el Maracaná».





UN MUNDO SIN FÚTBOL

GUSTAVO LOMBARDI

PRESENTADO POR:

EDUARDO SACHERI

ILUSTRADO POR:

PABLO BERNASCONI

Una costumbre tan humana como lamentable es naturalizar lo maravilloso. Vemos algo asombroso por primera vez y nos asombra. Lo vemos por segunda vez y nos deleita. Lo vemos por tercera vez y nos parece normal. La cuarta apenas nos despierta un interés escaso, cuando no un liso y llano escepticismo. Recién cuando esa situación maravillosa deja de ocurrir para siempre, algunos de nosotros, los más sensibles, los más nostálgicos, los más memoriosos, advertimos nuestro error y nos lamentamos. Aquello era realmente maravilloso y digno de asombro. No solo una vez. No solo la primera vez. Sino todas la veces. Siempre.

Gustavo Lombardi nos invita a jugar con el tiempo. Con el tiempo futuro. Nos lleva a un mundo distinto al nuestro. Un mundo empobrecido. Pero no porque haya estallado una guerra atómica o el hambre nos haya asolado como especie. No sabemos si pasó eso. Tal vez sí, tal vez no. Lo que seguro ha sucedido es que hemos perdido algo muy valioso. Algo que amábamos ha dejado de existir, y en consecuencia el mundo es un sitio menos hospitalario. Y el disparador para esa pérdida tiene que ver con nosotros. Y aquí «nosotros» no se refiere a la especie humana sino a los argentinos. Y con un jugador de fútbol de nuestro tiempo. Ese al que le caben, sin duda y como a nadie, los conceptos de asombro y maravilla.

El cuento de Gustavo recorre el difícil camino del género fantástico. Ese escenario donde las fronteras de la realidad se desdibujan y se confunden. No es habitual que los cuentos de fútbol se animen a ese territorio resbaladizo. Solo autores muy baqueanos, como alguna vez hicieron Borges y Bioy en «Esse est percipi», se han animado a una incursión semejante. Porque no es fácil para ningún escritor aventurarse en semejante embrollo. Y porque cualquiera puede perderse en ese ambicioso derrotero.

Pues bien: les aseguro que Lombardi emerge, al otro lado de ese laberinto, erguido y elegante, pelota al pie, dueño y señor de ese mundo extraño y distinto que ha construido. Y a sus espaldas deja, ni más ni menos, lo que se propuso construir: un gran cuento de fútbol.

EDUARDO SACHERI



Hoy se cumplen 450 años desde la última vez en la que Argentina fue campeón del mundo. Sé que ya a nadie le importa el fútbol. Que muchos ni siquiera saben qué es el fútbol. Pero a mí siempre me interesó ese antiguo deporte. Supe de él cuando hacía mis estudios superiores, gracias a un buen profesor de Historia que tenía en aquella época. De más está decir que jamás lo practiqué. Que jamás tuve en mis manos un balón. El espacio físico necesario para jugarlo es hoy impensado. Por lo menos en la Tierra.

El fin de este complejo año 2436 me permite jugar con la exactitud de esos cuatro siglos y medio que han pasado de aquel lejano 29 de junio de 1986. Ese día, en un país llamado México (investigando las coordenadas entiendo que ese país quedó sepultado luego de Las Grandes Inundaciones) un pueblo del sur del planeta se consagraba como el mejor equipo de fútbol.

Si mi objetivo es comprender cómo vivían aquellos antiguos habitantes de la Tierra, creo indispensable analizar la dimensión que este deporte ocupaba en sus vidas.

Con el tiempo, comprendí que el estudio de la relación entre fútbol y comportamiento humano me permitiría abordar la problemática de ese período de la historia de una manera sumamente interesante sin perder precisión en los resultados finales.

Por lo que he estudiado, los puntos importantes eran dos: a) el nivel de identificación con los protagonistas era extremadamente alto, y b) la cantidad de tiempo físico y mental que se le dedicaba mostraba valores excesivos. En parte, es por esto que elegí aquel pueblo del sur para la investigación: su relación con el fútbol era tan exagerada que dejaba ver con total claridad los rasgos fundamentales que me interesaba estudiar.

En el fútbol, el título mundial era mucho más que un galardón. Representaba el dominio. La supremacía sobre el resto. El derecho a reclamar y a exigir el reconocimiento, la gloria. De allí es que inicié el recorrido de la investigación en 1986, cuando Argentina logró su último campeonato oficial. Luego, rápidamente, pasé al momento decisivo, ocurrido 32 años después, cuando conseguiría un tercer título mundial. Título que primero desataría la euforia del pueblo. Título que después le sería arrebatado. Título que se erigiría, ni más ni menos, en el momento que los

historiadores toman como el fin del fútbol como deporte.

* * *

El de Lionel Messi fue el primer caso de alteración genética que se conoció. No sería el único. Pero sí el que quedaría como símbolo del final. No solo por ser el primero, sino por lo que significaba su figura. En ese entonces era considerado el mejor futbolista del planeta. Miles de niños en todo el mundo lo tenían como un modelo a seguir. Un sueño al cual llegar. Messi era la imagen del fútbol. De un fútbol que emulaba y hasta superaba al virtual. Era la imagen de un fútbol creado en la imaginación.

Todos disfrutaban sus capacidades aun cuando nadie podía explicar la capacidad física de aquel pequeño ser humano. Tampoco nadie se atrevió nunca a imaginar un engaño, una intervención a la naturaleza. Sus mejoras, año tras año, eran atribuidas a la evolución natural y al exigente entrenamiento.

Luego de México 86, las desilusiones de un pueblo tan identificado con el fútbol como el argentino llegaron una tras otra. Además de la falta de primeros puestos en las competencias que castigaba el ego de aquellos hombres, la ausencia de una figura con la cual sentirse identificados y protegidos generaba un enorme vacío a los aficionados.

El doctor C. S. Rabildo no solo era ambicioso, egocéntrico y sin escrúpulos. Era, además, pionero en el área de la genética. Era el candidato ideal para encabezar aquel proyecto ideado desde hacía tiempo: «construir» un nuevo ídolo.

El objetivo final no se reducía a convertirlo en el mejor jugador de fútbol del planeta, sino que debía llevar a la Argentina nuevamente a lo más alto. Estuvo cerca cuatro años antes, en el campeonato mundial de 2014, obteniendo una vez más un segundo puesto. Pero fue en 2018 que el sueño podía transformarse en realidad.

El proyecto comenzó en 1997. Lejos de la ciudad capital (denominada «Buenos Aires») para evitar llamar la atención de los principales medios de comunicación. La búsqueda inicial del doctor Rabildo no llevó demasiado tiempo y terminó con el reclutamiento de veinte niños menores de 10 años. Según él, esa era la edad adecuada para que el proceso fuera un éxito. El contacto con los padres de los pequeños lo hacían empresarios relacionados con el fútbol que tentaban a las familias con promesas de llevar a sus hijos a jugar a los clubes más importantes del mundo.

Solo algunos pocos países tenían la tecnología en aquel tiempo para llevar adelante ese innovador estudio médico. Por ese motivo y, con la excusa de transformarlos en estrellas mundiales, los niños eran llevados a distintas ciudades europeas para comenzar el proceso de «mejoramiento genético», como lo denominaba el doctor.

El tratamiento era sumamente primitivo pero revolucionario para aquel momento. Básicamente consistía en intervenir la placa motora, la interfaz existente entre las motoneuronas y las fibras musculares. Así se mejoraba la transmisión del impulso nervioso que conduce a la liberación de neurotransmisores a la membrana postsináptica de la célula muscular, que al contener receptores que reconocen esta señal, desencadenan una respuesta específica y mejorada. En otras palabras: mayor velocidad y mejor reacción.

Cuando los organismos de control descubrieron estas alteraciones biomecánicas, la crisis se desató. Lo primero que hizo la federación fue quitarle ese tercer campeonato mundial e inmediatamente después desafilió a la Argentina, quedando excluida de todo tipo de torneo oficial.

Aunque hoy parezca imposible, esos pobladores amaban el deporte, vivían a través del fútbol. Solo comprendiendo esto, se entiende que sufrieran un verdadero colapso nacional luego de tal hallazgo. Lo primero que los abordó fue la sorpresa. Pero, lentamente, esta se fue disipando para dejar paso a la indignación lógica que genera el engaño. No el engaño a los rivales (algo extrañamente aceptado en ese tiempo), el engaño a ellos mismos. A sus sueños. El engaño que vieron reflejado en los ojos de sus hijos. Pequeños niños traicionados por su propio ídolo. El panorama en la Argentina era devastador. Escasas veces en la historia, algo que no estaba relacionado con una guerra generaba el mismo escenario.

Poco a poco, el fútbol se despegó de la vida cotidiana de aquellos habitantes. El interés por esa actividad se fue esfumando. Si bien el epicentro de la crisis fue en aquel país del sur, rápidamente el desastre se propagó al planeta entero. Las investigaciones siguieron y aparecieron muchos más casos. Portugal. Alemania. Brasil. Casi todos los países tenían algún jugador alterado genéticamente. Los límites de la ambición habían sido cruzados. Los valores deportivos ya no existían. El afán mercantil los había destruido.

Acorralados en el intento de salvar el negocio, surgieron mercaderes que, durante un pequeño período, se adueñaron de un juego que había quedado a la deriva y lo convirtieron en un *show*. Un espectáculo que carecía de todo tipo de control. Fue grotesco y decadente. Un final que no merecía.

* * *

El fútbol fue símbolo de una era. Parte importante en la vida simple y básica de aquel momento. Sus protagonistas eran modelos a copiar por los más jóvenes. Como alguna vez, aún mucho más atrás en el tiempo, lo habían sido los guerreros en el campo de batalla. Esos héroes casi mitológicos que representaban el espíritu nacional

de los pueblos. A principios del siglo XXI, los futbolistas ocuparon ese sitio.

Ya solo quedan apenas rastros de aquel antiguo deporte en la Tierra. Dicen que algunos perdidos y olvidados pobladores que habitan en los Salares Orientales todavía lo practican. Casi como un antiguo ritual. Para no olvidar cómo fue su vida alguna vez en este mundo.

* * *

Escribo estas últimas líneas de mi informe camino a aquellas olvidadas tierras orientales. Debo ir allí. Estoy obligado a ir allí. Una fuerza que no puedo identificar me atrae inexorablemente. Viajo con la intención de encontrar a aquellos hombres que mantienen ese especial contacto con el pasado a través de un simple balón hecho de cuero. Durante el transcurso de esta investigación, mi forma de ver el mundo ha cambiado. La simple curiosidad que sentía en el comienzo mutó en algo mucho más complejo. Mi rígida y ahora modificada estructura de pensamiento ha sentido el desequilibrio... que, lejos de molestarle, disfrutó la inestabilidad.

Es peligroso, lo sé. Pero es algo nuevo para mí. Es una sensación que no había experimentado antes y ya no tengo posibilidad ni intención de detenerme. He hecho contacto con un sentimiento primitivo, arcaico. Vuelvo a sentir... a vibrar como lo hacían mis antepasados. Y es gracias al fútbol que puedo hacerlo. Por eso voy a buscarlo. Antes de su total extinción. Para rescatarlo del pasado.

Para que me rescate de este ya insoportable presente.



BONASCONI



EL JUEGO

NICOLÁS BURDISO

PRESENTADO POR:

ALEJANDRO DOLINA

ILUSTRADO POR:

MAX AGUIRRE

El pensador aficionado entiende que todo juego es una metáfora pero abandona enseguida el asunto, al ver las huellas de miles y miles de otras mentes que han holgazaneado en el mismo patio.

El fútbol resulta muy cómodo como alegoría de la guerra. Casi todas sus palabras provienen del lenguaje bélico: ataque, defensa, distracción, estrategia, táctica, valor, asedio.

Sin embargo, para muchos de nosotros, el camino de las similitudes se recorre al revés: el fútbol es la cosa y la vida es el símbolo. No es que un gol en contra se parezca a una desgracia inesperada. Es la desgracia inesperada la que se parece a un gol en contra.

Nicolás Burdisso ha visto con notable astucia la verdadera dirección de la metáfora y ha convertido su intuición en un cuento. Un cuento que parece relatado por un poeta que finalmente resulta un jugador de fútbol. O quizás al revés, el que parecía un jugador de fútbol viene a ser un poeta.

Ahora, en este último instante, en esta última jugada, me asalta una inspiración banal: el buen jugador siempre es un poeta. Todo poema, todo pase entre líneas, es una conexión de conceptos y simetrías pero también un juicio acerca de la condición humana.

Burdisso no podría encarar la escritura con todo su misterio y con toda su carga angustiosa de azar, si antes no hubiera transitado por la trama de destinos que el juego propone. Este prologuista tampoco.

ALEJANDRO DOLINA



Aquel sábado pasó de ser un final a ser un inicio.

—Me voy de acá, me las tomo —le decía el «Negro» Ruiz al «Cabezón» García.

—No aguanto más. Vuelvo a mi pueblo. Acá soy suplente, no juego y la pensión es de terror.

Era el último entrenamiento antes de la primera fecha del campeonato.

Facundo se inquietó al escuchar la charla entre sus compañeros. No era partidario de los engaños y, por eso mismo, no pretendía engañarse. También él tenía tomada la decisión de volverse. Guardó silencio unos segundos y dijo:

—Yo tampoco aguanto más, «Negro», pero si les digo eso a mis viejos los mato: confían en mí. No quiero seguir.

—Tenemos 14 años y somos suplentes del suplente —replicó el «Negro». Y agregó—: No me acostumbro ni a la ciudad ni a la pensión. Todo es difícil. Me vuelvo a mi pueblo.

Facu pensó en la edad, en su 14 años. ¡14 años! Y recordó cuánto había llorado esa semana, rezando para que la Providencia le mandara una señal. Mientras observaba el entrenamiento, repasó las emociones que lo habían llevado hasta ahí. Las emociones y el sueño: jugar, jugar y jugar al fútbol hasta ser un jugador reconocido.

—No sé qué carajo hacés todavía acá —le insistió el «Negro».

Y fue aún más fuerte: «No jugás ni con tierra y extrañás más que yo. Una locura, viejo. ¡Volvetelo!»

Las últimas palabras le giraron en la cabeza durante el viaje hacia la pensión. Lo acompañaban dos cosas: la mirada perdida y la sensación de que no había vuelta atrás.

Los últimos dos meses habían sido bravos. Facundo había llegado al gran club para cumplir un sueño pero día a día la ilusión se iba opacando. Los entrenadores eran exigentes y no podía mentirse: estaba incómodo en el lugar. No jugaba, era suplente.

Al retornar a la pensión, un lugar sórdido y triste, imaginó sus próximos días, sus próximas semanas. Casi no tuvo dudas: había llegado al punto final. Lo que siguió fue la secuencia que venía conteniendo hora tras hora: tomó unas monedas, también algo de coraje y corrió al locutorio. Llamó a su casa. Al oír la voz de su mamá, desató el llanto:

—No puedo más, vieja. No quiero esto. Todo es difícil.

Facu tragó saliva. Y continuó:

—No es el fútbol que soñé de chico. No juego nunca y estoy solo, muy solo.

Su mamá asintió en silencio y él retomó.

No, no retomó. Suplicó:

—En el colegio hay más gente que en todo nuestro pueblo. Extraño, me faltan ustedes y mis amigos. Decile a papá que me venga a buscar.

Una madre es una madre. Y su madre hizo más que escucharlo. Hizo lo que, ante un abismo como ese, frente a una angustia como esa, una madre puede hacer. Lo calmó:

—Mi vida, tranquilo, no llores. A casa podés volver cuando quieras.

Lo calmó y no solo lo calmó:

—Nosotros queremos lo mejor para vos. Nadie dijo que sería fácil. Todo te hará más fuerte.

Una madre es una madre: esas palabras lo serenaron. Facundo se sintió liviano.

Su padre se puso al teléfono, con una sugerencia en los labios:

—Hijo, esperá un poco, no te apresurés en tomar la decisión. Aguantá hasta el sábado, que comienza el campeonato. Después, vemos.

Facu suspiró: «Un día... apenas un día más». Advertía que era complicado cambiar su suerte.

El día del partido se levantó ligero. No estaba feliz, pero ya había tomado la decisión. Lo confortaba pensar así. Imaginó el regreso de la cancha, el llamado a su viejo, el relato de que no había jugado... Allí mismo terminaría la aventura.

Era un sábado invadido de padres. Todos acudían para alentar a sus chicos. Facu se unió a sus compañeros. Por un momento, fantaseó con los suyos ahí, orgullosos del gran volante central de quite y juego, de garra y buen remate. La esperanza de otra realidad.

Dentro del vestuario, un sacudón. Allí lucía: la camiseta lista para vestirla. La observó atónito y evocó las veces en las que anheló ese momento. Tremendo momento: ¡la camiseta del gran equipo! Palpó su textura, los colores vivos, el escudo estampado en su pecho. Y lo pensó:

—Por una vez me la voy a poner.

La voz gruesa del veterano DT irrumpió en el aire:

—¿Dónde miércoles está el «Negro» Ruiz?

El entrenador se desesperó al advertir que faltaba el único delantero que tenía en el banco. Facu sonreía por lo bajo. El «Negro» lo había hecho. Se había ido. Era el primero y él sería el segundo. Todo se pondría más fácil.

El escenario para la primera fecha no era favorable. Visitantes. En el corazón de una villa. Facundo encaró el túnel. Comenzó a sentirse extraño, sin peso y sin miedos, y pudo advertir la esencia. El juego.

«¿Cómo pude olvidarme lo que me trajo acá?», se lamentó. Una, dos, muchas

certezas se le vinieron encima: el potrero, la gambeta, un buen pase, un lindo quite, un gol.

Estaba sentado en el banco de suplentes, sumergido en sus pensamientos. El pitazo inicial lo despertó de golpe.

El partido empezó parejo. Nadie arriesgaba ni un cachito. Él observaba desde afuera. Posaba sus ojos sobre Ciro, el dueño del puesto que tanto ansiaba. A diferencia de otras ocasiones, no lo encontró fuera de serie, inalcanzable.

En el campo se veía poco y nada. El DT, inquieto, sumaba nervios. El «Negro» Zamora no levantaba un centro. Guido intentaba sacar la defensa del fondo y Nico, que se podía permitir algún lujo, trataba de no hacerle daño al balón.

El rival manejaba la pelota. Era dueño de las pocas situaciones de gol. Al final del primer tiempo, y de contragolpe, se puso adelante en el resultado. Pim pum pam, tres toques y adentro. Inexorable: 1 a 0 para ellos.

Facundo desplegó cuentas. Si se mantenían así las cosas, el técnico debería hacer cambios. Recapituló. Y recapituló bien porque quedaba claro lo que no pronunció, pero sí pensó: «En el banco hay dos defensores y yo. El único delantero, el “Negro” Ruiz, no vino. Me tendrá que meter».

Un sobresalto, un detalle que no constituía un detalle, una contradicción, un problema moral: no le gustó su calculo. Lo sorprendió, por primera vez, el lado áspero del fútbol. Qué cosa: la competencia, especular a su favor. La verdad: se sintió miserable por eso.

Mientras tanto, la gente enloquecía. Paladeaba cómo el pequeño equipo de la villa aplastaba al adversario grande.

Faltaban 20 minutos para que el partido se acabara. La voz del DT se coló en los oídos de Facu. Una orden, la orden:

—Andá a calentar, pibe.

Facu saltó del banco y pensó lo lindo que sería jugar unos minutos. Quería llevarse la sensación de transpirar la camiseta, de tocar la pelota antes de volver definitivamente a su casa.

Entró a la cancha. En el mediocampo, donde jugaba siempre. Tocó una pelota, dos, tres. Algunas bien, otras mal. Un quite, nada importante. Ahí adentro, sus compañeros le hacían espacio como a uno más, integrado, alguien en lo suyo.

El partido moría. Restaban dos o tres minutos. Se comprende: nada. Nada o todo. A veces ocurre: Facu descartó la nada y eligió el todo. Perdido por perdido, qué más daba.

Un relator experto lo hubiera narrado de lujo. Facu se adelantó en el campo y acompañó una acción de ataque. Nico iniciaba lo que desembocaría en una jugada inolvidable. Pasó a un contrario, al segundo, al tercero. Llegó al fondo y, como los mejores especialistas, tiró un centro atrás. En ese vuelo, hacia esa dirección, corría Facundo, sin saber que ahí arrancarían su historia.

La agarró de volea, unos pasos atrás de la línea del área. La impactó con

precisión, con fuerza, con emoción. Exprimió su desahogo con el tiro, soltó la rabia, descargó la ira, hizo flamear sus sueños y su ambición. Y, entonces, sucedió.

Impetuosa, la pelota se clavó en el ángulo izquierdo. Golazo.

Fue testigo de la alegría desenfrenada de sus compañeros, de los gritos de la gente. Quiso acelerar. La adrenalina organizaba una invasión hacia su sangre y se desplazaba sobre el cuerpo entero. Estaba en eso cuando una avalancha de abrazos lo frenó para hacerlo sentir único.

No estaba solo.

Festear, saltar, reír, gozar, jugar. Eso era el fútbol. Y solo eso importaba. Importaba el fútbol.

De vuelta a la pensión, Facu reflexionó. Se habló y se escuchó. Se escuchó decirse cómo puede un gol cambiar todo, cómo una jugada puede marcar el camino a seguir. Pudo percibir nítida la esencia que se le había ido esfumando luego de sufrir tanta incertidumbre. La esencia, lo relevante, lo que lo había empujado hasta ese club, hasta ese partido, hasta esa cancha, hasta ese gol: el juego.

Se lo tatuó en la mente, en la sangre, en los pies. Y se obligó a una promesa: «Que nunca me falte esta sensación, que disfrutar dentro del campo de juego sea el motor que me impulse hacia adelante».

Ese sábado tan intenso finalizó de la manera que en tantas oportunidades había deseado. Lo soñó y le pasó: comunicarle una gran noticia a su mamá y describirle con lujo de detalles el golazo a su papá.

Ese fue el comienzo de un interminable partido, de un juego maravilloso, único e infinito.

El juego de mi vida.





DE BARRIO

SEBASTIÁN FERNÁNDEZ

PRESENTADO POR:

DIEGO «CHAVO» FUCKS

ILUSTRADO POR:

FERNANDO RAMOS

«Ese es un maestro. No sabés la cantidad de pibes/botijas que sacó...»

El *physique du rôle* del descubridor de talentos futboleros es como cuenta Sebastián Fernández, delantero, goleador y campeón. Es un hombre solitario, con algún desengaño amoroso a cuestas, con una lejana familia y con hijos propios a los que cuida y protege menos que a los chicos que juegan al fútbol bajo su égida. Sus días suelen ser largos y sus noches están condenadas a una soledad que ni siquiera calman esos tragos servidos por el «Gallego» Santín. Estos tipos jugaron al fútbol en sus juventudes y se quedaron en el camino por lesiones rebeldes, por malas decisiones o por la falta de un tipo como ellos. Se desentienden de su cuidado personal porque todo lo que les importa es que los chicos del club coman, descansen y jueguen. Ellos se escudan en el «los saco de la calle», pero, en realidad, no podrían vivir de otro modo. Sin esos pibes/botijas —sin Marquitos— estos personajes no subsistirían, sus almas no tendrían paz. Los chicos del fútbol cubren espacios que no ocupará ningún otro camino de la vida, por más dulce y placentero que sea. Ni siquiera el viaje a París que les cuenta a los pibes/botijas todos los días se compara con el amor por esa canchita polvorienta y por la pelota desvencijada que sus chicos llevan de acá para allá.

Sebastián Fernández hace una descripción tan exacta y tan maravillosa del barrio montevideano, del viejo maestro que entregó su vida por los pibes/botijas y del fútbol de los comienzos y los finales prematuros, que vamos a estar todos ayudando a Marquitos Lamón para que cumpla su sueño de ponerse la celeste uruguaya cuando sea grande.

DIEGO «CHAVO» FUCKS



Caminando entre calles angostas y desordenadas va pensando qué les dirá a los muchachos. Calles que conoce aunque no haya nacido acá, las mismas casas, los mismos comercios, las mismas pintadas que nadie borró. Hoy no encuentra palabras y es también por eso que lleva una mueca de disgusto, está pesimista, cansado aunque no reconozca ni quiera aceptar, todo el día en la obra y encima el frío. Piensa que quizás hoy los chiquilines no vayan.

Frena y ve a los pibes de siempre charlando en la esquina, andá a saber sobre qué. Las caras pálidas, los gestos rápidos y ansiosos, las miradas vacías. Sabe que «La Dama» los mira, que ya los fichó, mientras ellos indefensos y sin temor, le dan la espalda y la llaman a gritos. Si es triste o está viejo no es siquiera una pregunta.

—Ojalá Marquitos zafe de esa, de esa esquina, de esa agonía y de esta vida.

Se acomoda la boina, escupe, mueve la bolsa de pelotas de un hombro a otro y ahí siente el día, en la espalda. Está cerca, si sigue bajando llegará a la cancha, al barro, los arcos herrumbrados, la cuerda marcando límites a los que miran y las casas rodeándola. Parece que el barrio nació ahí, es su centro, las calles surgen de ella y salen en todas direcciones. Es por eso que se inunda y demora tanto en irse el agua. Y hace días que llueve, llovizna más bien.

Piensa en tomar a la derecha, subirse a un colectivo y no volver más a este lugar donde siempre gana la miseria, donde todos pierden y nadie sabe a qué. Sigue caminando por inercia más bien, sin ver, solamente porque el camino lo hizo miles y miles de veces. Pero, al tomar la última curva, ve asomar la esquina de la cancha y ese palo que alguna vez tuvo un banderín y siente una ola de aire nuevo, fresco, que le aclara el corazón y las ideas. Y entiende por qué está acá, lo sabe con todo el cuerpo, vino hasta acá para acompañarlos y disfrutar con ellos. Porque jugar a la pelota es de las cosas más lindas que le pasaron en la vida, y aunque nunca haya hecho mucho, los está ayudando a ellos... y se está ayudando él.

Por suerte vinieron casi todos. Los reúne y con los ojos brillando les dice:

—Gracias, gurises, por venir y aguantarme, ahora vamo' a darle.

Después del entrenamiento, como siempre se quedó largo rato charlando con Marquitos, que había jugado bárbaro, como siempre también, cada día mejor, con más clase y con más fuerza, con gracia; solo por verlo hubiera ido caminando hasta el Verdún.

Hacía mucho frío y había entrado la noche, hacía rato ya que hablaban. El botija

se estaba enfriando y él también pero no querían terminar. Le contaba de sus años de soltero, de sus viajes, de sus hijos que eran su vida, de su compañera que lo había aguantado en todas. Lo hacía reír. Quería mostrarle todo ese mundo que había vivido y que latía lejísimos de aquel barrio. Aguantando el frío contó la vez que casi lo matan en París, donde era camionero y se había enredado con una mina del jefe. Mientras hablaba de amenazas —frío— empujones y el filo de las navajas Marquitos pregunta:

—¿Dónde queda París, es lejos?

Se quedó cortado. De a poco empezó a recordar cómo había hecho para llegar hasta allá. Le contó lo pelado que nació y que en realidad seguía, que empezó a trabajar en la obra con trece años mientras jugaba en inferiores de Nacional donde llegó a tercera pero no a primera:

—De ahí me fui a River —dijo mientras se le erizaba la piel—, jugué dos años en primera.

Pero solo con el fútbol no daba para vivir, eran otras épocas. Entre alguna changa en la obra y lo que ahorraba de boleto con largas caminatas pudo comprar el pasaje de ida a París. Nunca supo muy bien por qué, en esa época no conocía mucho y además siempre fue muy terco. Se le metió París en la cabeza y se fue. Le estaba contando que allá conoció a su compañera cuando sintió un aire frío que le entró por la espalda y entendió que debía arrancar la vuelta a casa. Pensando en lo difícil que es transmitir sentimientos le dio un abrazo fuerte al muchacho, le dijo que se cuidara, le mandó un beso para la vieja y al loco de Adrián, y que lo esperaba el jueves para seguir con la pelota y con la historia.

En el largo trayecto de vuelta sentado contra el vidrio húmedo, cansado, mirando por mirar nomás se acordaba de sus chiquilines, no los que entrenó sino los suyos, los que aunque no quisieran llevaban su sangre. ¡Mirá que eran duros esos guachos! Duros como el pasamanos del que se estaba agarrando. Se aferró con las dos manos. Levantó la mirada y fijó la vista en un perro muy pequeño que hamacaba la cabeza asintiendo de un lado a otro acompañando el andar del ómnibus. Ese balanceo le generaba de alguna manera inseguridad, lo hacía sentir que algo no andaba bien. Entre dudas se preparó para bajar, esperó a que el bondi frenara por completo y se dejó caer en la tierra de la vereda. Una vez erguido prendió un cigarro y se sacó la boina para rascarse la cabeza con el pucho entre los dedos. Largando el humo enfiló rumbo a casa. Sonrió de costado pensando en dónde y qué andarían haciendo sus hijos, mirando la tele, cenando, buscando alguna chiquilina o haciendo alguna cagada quizás.

Caminando despacio relojeó las luces del bar y aunque ansiaba llegar, entró. Las luces bajas, las paredes amarillas, el piso oscuro y el «Gallego» Santín que detrás de la barra lo veía entrar mientras daba la espalda a una repisa con unas pocas botellas y una copa de campeón de quién sabe qué. Cubriéndolo todo, una fina capa de polvo. Sintiendo los pequeños ruidos del bar casi vacío y un tango sonando bajo, tomó una

caña sin hablar ni sacar la vista al vaso, moviéndolo lento. Cuando pidió la segunda le dijo al «Gallego» que se sirviera también. Bebieron en silencio mientras uno secaba los vasos y el otro lo miraba hacer como tantas veces. Así terminaron y él empezó a acomodarse para marchar, cerró la campera, pidió que anotaran las copas, dijo hasta luego y enfiló hacia la salida. El «Gallego» Santín observaba su ritual en silencio, no le interesaba en realidad pero aburrido terminó por preguntar:

—¿Y, Mario? ¿Hay algún pibe que la mueva en el cuadro?

Al escuchar aquella voz ronca, Mario detuvo sus pasos, respiró hondo y giró la cabeza para contestar esa pregunta que ansiaba responder. Apuró las palabras y luchando con la emoción dijo:

—No sabés, hay uno...

Los ojos húmedos escondiéndose buscaron la puerta y retomar su camino.

—Acordate de este nombre, Marquitos Lamón, la va a romper, se va a poner la celeste ese pibe...





SUEÑO DE DEBUT

JORGE «PATRÓN» BERMÚDEZ

PRESENTADO POR:

JUAN JOSÉ PANNO

ILUSTRADO POR:

GONZA RODRÍGUEZ

Algunos futbolistas profesionales llegan a ser campeones mundiales; otros juegan finales importantes; están los que logran torneos regionales, los que obtienen títulos locales y los que nunca ganan nada.

Hay futbolistas que juegan cientos de partidos, decenas o los que cuentan sus apariciones con los dedos de una mano. Pero todos están enganchados por el mismo hilo conductor: tienen en común que una vez debutaron y que ese fue uno de los días más importantes de sus vidas.

Jorge Bermúdez cuenta desde adentro qué le paso a un pibe de 17 años al que le tocó entrar por primera vez a una cancha de fútbol a disputar un encuentro de Primera División. Bien de adentro lo cuenta, con el foco sobre el viaje en micro que lleva hasta el estadio, acompañado por los recuerdos de una infancia difícil, las ilusiones propias y los afectos de su familia y de sus amigos. En el cuento, casi no hay referencias al partido en sí porque justamente lo que le importa al «Patrón» es narrar las vivencias del antes y el después.

Los amantes del buen juego (y de las letras escritas con el alma) saben que hay veces en las que el resultado es lo de menos.

JUAN JOSÉ PANNO



Para Camilo, los segundos resultan minutos. Y los minutos, horas. Ha llegado el instante más deseado de su vida. Viaja en el micro conducido por el viejo Argemiro, que extrañamente ese día no está para chistes, tal vez por la dificultad que propone el rival. De a poco, se acercan al estadio y, en la calle, la mirada de Camilo, perdida en la inmensidad, se cruza con banderas verdes y amarillas de los hinchas del Deportes Quindío, que hacen la peregrinación de cada domingo en el que juegan en casa. Esas calles parecen raras pese a ser las mismas que habían sido testigos de su nacimiento diecisiete años atrás. Camilo viaja entre sueños y recuerdos: su inmenso deseo de grandeza, los amigos del barrio, las penurias recompensadas siempre por el amor de su familia, la ilusión de jugar un gran partido en el debut, el orgullo de estar ahí.

El día había llegado tras dos años de disciplina y de esfuerzo y luego de que el azar le abriera la gran posibilidad de que el DT del equipo, el doctor Castro, lo convocara. Camilo sabe que en la cancha están sus amigos y eso lo invita a evocar las tardes en las que ellos conseguían una pelota para poder patearla hasta que la noche impidiera ver las atajadas de Diego, siempre gritando como el «Loco» René Higuita. Momentos de dicha plena que se mezclaban con el escaso plato de comida y con la oración destinada a pedir ayuda al Altísimo para poder jugar profesionalmente y colaborar para que sus padres tuvieran un hogar digno.

Argemiro ya anda muy cerca del Centenario y por la ventanilla se ven las camisetas rojas con el escudo del diablo, símbolo del difícil adversario. «Vamos, Camilo, carajo», le dice Castro y él siente que no tiene saliva para humedecer su garganta, y que su respiración se hace más rápida, y que su mirada no se aparta del pasillo que lo conduce al vestuario: el máximo deseo parece a punto de hacerse realidad.

Su padre y su hermano se levantan muy temprano y, con su carreta en mano, van primero a la plaza de mercado. Es domingo, día con movimiento, y la chamba estaría a la orden del día, pero ambos atraviesan una cita especial en el máximo escenario deportivo de la ciudad de Armenia. Los dos buscan la manera de poner el cuerpo en el estadio: este juego no se lo pueden perder. Dominan la posibilidad de que un adulto ingrese a un menor sin cargo y ellos aprovechan: palpitan en la tribuna norte, cerca del grueso de la hinchada del Quindío, y escuchan muy bien a la voz del estadio cuando, sin saltarse el orden ritual, da la bienvenida a los 20 mil presentes y anuncia, primero, la formación del América de Cali y, después, la del equipo local.

En el vestuario, entretanto, se afinan los detalles. La medalla del Señor de los

Milagros de Buga, también conocido como el Cristo de las Aguas, no falta, no puede faltar. Tampoco la arenga de Darío Campaña, con todos apilados, que termina con un aplauso y el estridente «Vamos, carajo» para el debutante.

Camilo cierra la fila que lidera el capitán Augusto Vergaz y en la entrada escucha más la cálida voz de su madre que los gritos de la hinchada. O más la voz ronca del padre pronosticando que todo va a salir bien que la pirotecnia.

Camilo ve entrar al América de Cali, comandado por Julio César Falcioni, pero solo busca el número 9. Su responsabilidad, su misión, es que «no la puede tocar», tal el pedido del «Pecoso» Castro. Y ahí está, imponente, Ricardo Gareca, con su metro noventa de estatura.

Suena el pitazo inicial y la tarde se vuelve pasión, goles y alegría en el Centenario, en un domingo que no merecerá ningún olvido.

La noche llegará pronto. Camilo regresa a casa acompañado de su padre y de su hermano, pero, dos cuadras antes de desembarcar, sabe que lo esperan sus amigos del alma Carlos y Diego. Por eso, Camilo le pide a sus familiares que se adelanten. Por eso, también, se sienta en el andén de la tienda de Fernando para compartir los momentos mágicos de aquella tarde con sus amigos, que lo devoran con la mirada. Los dos goles del Deportes Quindío eran la noticia de la ciudad: el cabezazo de Valencia y el remate de Cadavid. Sin embargo, para ellos el triunfo es otro. Gran triunfo: están juntos de nuevo.

Están juntos y una voz suena para dejar en claro en qué consiste ese triunfo: «A ver cuándo consiguen una pelota para que la pateemos hasta que se haga de noche».





EL COLECCIONISTA

NAHUEL «PATÓN» GUZMÁN

PRESENTADO POR:

NORBERTO «RUSO» VERA

ILUSTRADO POR:

JORGE GUZMÁN

«El *rock and roll* se trata de no perder los sueños», le retrucaba el inolvidable Lemmy, de Motörhead, a un padre que muy tarde en la radio se comunicaba con el programa que entrevistaba al líder de la banda de *rock* más sincera del planeta. Sueños: de eso se habla cuando se piensa en un futbolista. En esos sueños tendrían que pensar quienes los entrenan porque entrenan a futuros hombres que no pueden dejar de soñar. Si no, el juego perdería el sentido. La jugada que lo define todo, el gol del triunfo, el penal decisivo que nos transforma en historia. Entrar en el corazón del cada vez más dubitativo hincha, que quiere seguir creyendo pero es arrastrado a la duda por acciones que rozan lo inmoral.

Imaginar un partido de fútbol es una de las situaciones más hermosas a las que podemos arribar, pero imaginar una jugada para darle la resolución más eficaz es solo obra de los que son elegidos. Muchos de esos «elegidos» hoy se animan a soñar con la comunicación. Con que esos ojos que domingo a domingo se llenan de imágenes hermosas, de movimientos impensados y de resoluciones deslumbrantes ahora se llenen de palabras que desde los sueños de un deportista de élite se transformen en una historia para seguir soñando con una vida. Sí, con una VIDA con mayúsculas que contraponga la espantosa idea de una vida cada vez más pequeña, chata, sumisa, a la que nos quieren llevar desde casi todos los estamentos que manejan el poder.

El fútbol, otra vez como ejemplo y como respuesta a los que dividen el mundo entre ganadores y perdedores, entre el existir o no, y el hecho estético de una jugada inolvidable para derrumbar la estúpida idea de «el cómo no importa». O la atajada descomunal para salvar a tu equipo que te permitirá inflar el pecho y será la respuesta perfecta a la frase «qué querés si es arquero» que hasta insolentemente han instalado en la verba popular, cuando muchos de los que la repiten no se animarían a pararse abajo de los tres palos y, mucho menos, por los puntos, por la plata, por la gloria y por esos sueños que, al fin y al cabo, son la razón de la existencia.

Un arquero que no quiere dejar de soñar los invita a soñar con él.

NORBERTO



El «Loco» Sarda venía de familia de artistas, gente culta que cultivaba el arte en todas sus expresiones, retratos, esculturas, música, hasta esos indescifrables cuadros que nadie sabe qué son. Su pasión por los cómics explicaba aquella colección de obras que guardaba de Roy Lichtenstein, el pintor pop norteamericano. Desde niño estuvo rodeado de bastidores, pinceles y colores, tal vez de ahí viniera su obsesión por la belleza. No solo la suya, sino también la belleza de todas sus cosas. No era un «loco» más, no era un loco cualquiera.

Quizás sea esa la explicación de su delicado placer por los goles lindos, esos que quedan en la retina de los espectadores y muchas veces son difíciles de describir, no solo por quien los convierte sino también por la elaboración, los detalles, las fintas, sin importar si tal vez fue decisivo o solo fue el descuento en 1-5 en contra.

El tema es que para muchos el destino lo había puesto en un lugar muy incómodo. Pero lo que nadie sabía era que el «Loco» Sarda eligió ser arquero. Claro, el puesto le permitía diferenciarse de los demás jugadores: podía agarrar la pelota con la mano, decidir su vestimenta, improvisar su *look*, pero por sobre todas las cosas había resuelto ser arquero porque tenía una perspectiva única de lo que él más adoraba: los goles.

Estar en el arco le daba la posibilidad de contemplar con claridad y con lujo de detalles esas bellezas que en ocasiones nos regala el fútbol. Además, muchas veces podía elegir. Porque no siempre la pelota entraba en el ángulo, pero, si la jugada había tenido más de veinticinco o treinta toques, el «Loco» automáticamente empezaba a aplaudir, como si estuviera en el teatro, emocionado, casi hipnotizado por la propia jugada. Y si para él valía la pena, hacía todo lo posible para poder sumar una reliquia más a su colección.

Sarda, como le llamaban en las Inferiores, era un verdadero personaje. De chico, usaba colores raros, buzos flúo y muy pocas veces combinaba los tonos. Pero decía que estaba imponiendo moda. Era muy prolijo en su juego y jamás olvidaba sus rituales previos al partido. Tanto en los entrenamientos como en cada fin de semana, usaba una especie de cera que le traían desde Italia para que el pelo no se le moviera hasta el final del juego.

Con el tiempo, se consagró en Primera División y aún mantenía algunas mañas. A esa altura, acumulaba como doscientos goles recibidos, pero decía que solo contaban cuarenta y tres, que de los goles feos ni se acordaba.

Hubo un momento crucial en su carrera. Su equipo consiguió clasificarse por primera vez en la historia para instancias finales del campeonato. El partido de ida lo habían ganado 1 a 0 y les tocaba definir de visitante. Enfrente estaba el mejor equipo de los últimos años, que, además, esa temporada se había reforzado con estrellas internacionales.

La vuelta se presentaba realmente complicada. Para colmo, a un compañero del «Loco» se le dio por declarar en la previa que se veían con un pie en la final. ¿Para qué? ¿Qué necesidad de hacer enojar a esos muchachos? Pero la realidad era que estaban a noventa y pico de minutos de hacer historia. La ansiedad se comenzó a sentir en la entrada en calor y la adrenalina por fin comenzó a liberarse cuando arrancó el partido. Las miradas se las llevaba el 10 de los otros, la figura del torneo y, hasta ese momento, goleador. Venía de meter uno de rabona que había sido una pinturita y que ya estaba entre los mejores gritos del año.

El ambiente era encantador y en las tribunas se vivía como una fiesta. El empuje de la hinchada local era ensordecedor. El rincón de los visitantes apenas podía escucharse si se prestaba mucha mucha atención. Cualquier avance parecía peligroso, pero insólitamente el trámite del partido se daba con cierta normalidad. Avanzaba el reloj, pero el «Loco» Sarda sabía que no se podían confiar. Miraba todo desde atrás, se escapaba el primer tiempo y el clima empezaba a ponerse tenso.

El segundo tiempo fue distinto. Los locales metieron dos cambios y se reorganizaron tácticamente. Fue ese el momento en el que «Loco» Sarda percibió que la cosa se iba a poner fulera, que esas bestias no se iban a quedar de brazos cruzados. Y así fue: la tribuna se caía y estos apretaban el acelerador. Se adelantaron varios metros en la cancha y plantaron dos extremos. Uno de ellos recién entraba, era un pibe del club, bajito y ligero, que había debutado en ese campeonato y ya llevaba siete goles.

Faltando un cuarto de hora para el final, los visitantes decidieron salir a presionar en un saque de arco. Necesitaban jugar un rato en campo rival, recuperar la pelota y tratar de liquidar el partido. Fue ese el momento exacto en el que sucedió lo que el «Loco» Sarda, de alguna manera, estaba palpitando. Desde el otro lado de la cancha, observó una serie de movimientos colectivos y coordinados que le daban la certeza de que algo genial iba a pasar, como cuando se prepara un truco de magia.

El arquero rival dio la orden. Como un maestro de orquesta con su batuta, acomodó a los dos centrales casi sobre la línea de meta, los laterales se mantuvieron bien abiertos y el 5 la fue a buscar con una marca encima. Los dos volantes creativos se acercaron para brindar opciones de pase y el 9, un grandote que habitualmente jugaba dentro del área, hizo un descenso rápido como para buscar un posible salto de línea. El pibe que estaba de extremo también se arrimó a jugar, pero lo más raro fue que el 10, el *crack*, al que cualquiera enfocaría para darle la pelota, se estancó solo arriba, sobre un costado, hasta de espaldas a la jugada. El «Loco» ya había entendido todo. Se venía lo que tal vez había estado esperando toda su vida: una jugada

preparada del mejor equipo, desde un saque de meta y con la figura del campeonato frente a él.

El césped era el lienzo y los artistas empezaron a crear. Cada pase era un trazo tan firme que parecía quedar pintado en el suelo. Las diagonales de los volantes generaban movimientos y abrían los espacios y el toque de color lo agregaba el 8, que con cada pisada hacía sonreír a la pelota. Desde su perspectiva estaba clarísimo: el 9 se había tirado atrás para pivotar y la iba a jugar de primera a alguno de los volantes que asomaban de frente. Eran mil cosas las que pasaban por la cabeza del «Loco» y era una sola la que podía elegir. Decidió arriesgar, adelantarse unos pasos y ganarle unos metros a la jugada. El grandote aguantó con el cuerpo la marca de uno de los centrales y, en un solo toque, se la dejó servida al 8, que filtró un pase rasante a la espalda del lateral izquierdo, que miraba cómo la pelota se escurría entre las piernas del 5 que había salido a presionar.

Leyó a la perfección que la obra de arte estaba lista para que el fenómeno le pusiera su sello y así fue. Aprovechando su capacidad para anticipar la jugada, salió a enfrentar lo que acaso sería el hecho de su vida. Estaba cuerpo a cuerpo, mano a mano, con y contra el mejor. En ese segundo en el que salió a achicar ya había pensado todas las variantes. Sabía que si llegaba tarde no podía barrer porque era penal, que si lo aguantaba seguramente el 10 se la tiraría larga por el costado para resolver en dos toques. Una vez, hasta lo había visto definir de caño, así que tampoco podía salir regalado. Pero la velocidad del «Loco» Sarda y el buen manejo de las distancias le dieron la confianza necesaria para salir a intentar y apostar a que esa pelota fuera suya.

La jugada realmente había sido maravillosa y la habían diseñado los mejores. Solo le faltaba la pincelada final. Si hasta el «Loco», por una fugacidad, quedó pasmado, bloqueado, porque para él, ser espectador y, a la vez, protagonista de semejante belleza era el mayor de los anhelos, una reliquia para su colección. Su inconsciente ya casi festejaba, pero reaccionó. Era la semifinal y se convenció de que ese gol, por más hermoso que fuera, no podía estar en su vitrina porque su equipo se había descosido el alma para escalar hasta ahí. Recordó en ese instante los larguísimos viajes en colectivo, los sueldos adeudados y el tiempo fuera de casa. Valía la pena dejar la piel en esa jugada.

Sin embargo, el mejor era el mejor en serio y no dependió de todo el esfuerzo que hiciera el «Loco». Solo le bastaron cuatro pasos, pasitos, de esos que solo él podía dar a una velocidad inusitada. Apenas eso le alcanzó para llegar una milésima antes al balón y colocar el pie suave, casi dormido, como un pincel que se hunde de acuarela, para levantarla por encima del arquero.

El «Loco» no se dio vuelta, puso la cara. Es más, le pegó en la cara, pero el balón, testarudo a veces, prefirió tomar su propio destino. Y ese balón hacía un rato largo que ya tenía destino.





EL MOZO Y EL SABIO

FACUNDO SAVA

PRESENTADO POR:

«NEGRO» MÁXIMO

ILUSTRADO POR:

MARTÍN TOGNOLA

Cuando Facundo Sava abrió una mochila cargada de cuadernos Gloria donde figuraban los escritos de largas noches de concentración, entendí todo. Había, en este inquieto personaje del fútbol, una necesidad de jugar en el papel con las palabras y los conceptos de todos los entrenadores que había tenido en su carrera de goleador. Había imaginación en apuntes donde, incluso, se pueden leer charlas técnicas completas, ejercicios y miradas sobre quienes estuvieron a cargo de conducir esos planteles. Ese diario íntimo y también inagotable insinuaba un viaje a un mundo que supo generar en su cabeza los personajes de este cuento donde un mozo, la leyenda de un sabio y el perfume de las pasiones en la primavera de la pelota sostienen un relato con la teoría del amor y de las voluntades que se ponen en juego.

El barrio de Caballito, la angustia del abismo que supone un descenso de categoría y un plan solidario para potenciar a Lumpen —delantero de noventa partidos y un solo gol— ingresan al campo de lo posible en una adivinanza de resoluciones abiertas donde el estado de una mariposa y sus fragilidades dependerá de los deseos. Después de todo tú eres la única muralla, si no te saltas nunca darás un solo paso, había escrito el «Flaco» Spinetta en la búsqueda de la estrella. Ese es el juego que propone esta historia donde Sava abre borradores inéditos y captura esencias para animar y darles vida a protagonistas gestados en tiempos de libretas que una tarde de domingo jugarán al delirio en la cancha de Ferro.

«NEGRO» MÁXIMO



—No van a jugar, los tipos no cobraron un sope. Al equipo le quedan noventa minutos para zafar del descenso y hace once partidos que no meten un gol. ¿Entendés? ¡Un gol!

Osvaldo dejó un billete de 20 debajo de la taza y se levantó de la mesa del bar de la esquina de Puán y Pedro Goyena. Se fue, entre alterado por las tensiones que suponen la previa a un partido que definirá el estado de ánimo por un buen tiempo y la resignación por saberse aferrado a un pacto divino como única solución para esa última fecha contra Talleres de Córdoba. Una servilleta con el logo de Seven Up y una formación de once titulares entre tachones de tinta azul había quedado hecha un bollo de papel que el mozo —al tanto de esa comunicación telefónica de Osvaldo— se encargó de guardar en el bolsillo trasero del pantalón mientras le pasaba la rejilla con un poco de detergente a esa mesa donde Osvaldo, vocal titular de la Comisión Directiva de Ferro, era habitué. Nadie más que él para ese palco de bar siempre tan reservado para esos escapes de oficina.

En ese televisor sin sonido y encendido en uno de los tantos canales de deportes el zócalo avisaba sin más detalles que «el plantel decide si juega el domingo». Le habían puesto esa categoría de «urgente» a la información algo que, en definitiva, les inflaba un poco el pecho a los pocos simpatizantes del verdolaga que ponían la ñata contra el vidrio y una mano por arriba de las cejas para intentar leer desde la vereda las últimas noticias de un tema que mantenía en vilo a todo un barrio. A esa altura, el «Negro» Norenberg —así se lo conocía al más fiel de los mozos del bar— ya estaba en el baño, con la puerta cerrada, intentando descifrar cuál era la formación que iba a jugarse cielos e infiernos en una tarde de sol. Preocupado, con los ojos húmedos y el trapo rejilla encerrado en el puño derecho, el «Negro» Norenberg se sacó el moño, lo dejó sobre el mostrador y salió disparado a la calle. Tanto, que la puerta que todavía conserva ese llamador de entrada que genera sonidos esta vez tocó una melodía interminable.

El olor a guardapolvos de primaria y a esos útiles escolares —inconfundibles perfumes de la infancia— ya llevaba unos veinte minutos cuando el «Negro» ingresó a su casa. Estaba algo agitado, la camisa blanca empapada y las gotas sobre el cuero cabelludo se deslizaban por la frente tanto como eso días de lluvia sin paraguas. María Teresa sacaba las tostadas de la cocina, Martín y Juana ocupaban el *living* con los dibujitos animados y Timoteo, el legendario perro de la familia, movía la cola

como cada vez que uno de los tantos amos cruzaba la puerta de la calle Rojas.

—Claudio, ¿qué hacés por acá tan temprano? ¿Qué pasó? ¿Qué cara? ¿Llueve afuera?

—Es que... Esteee... Me tuve que venir porque se cortó la luz en toda la manzana. Viste cómo son estos tipos, ya quedaba poca gente dando vueltas y el dueño quiso cerrar.

La mujer del «Negro» Norenberg —apodo que se supo ganar por su pronunciado bigote en tiempos del delantero de Ferro— confió en esa exposición breve sobre su salida inédita de ese bar donde siempre hubo tiempos suplementarios propios de las amistades pasajeras de sobremesa. Salió de la cocina y puso sobre el mantel de hule la panera repleta de tostadas y mermelada casera mientras el «Negro» se cambiaba de ropa como consecuencia de su mojadura por la lluvia interior y el fuego que generaba ese bollo de papel que volvió a sacar ya húmedo y del bolsillo del pantalón, esta vez en el baño de casa. «Martini; Bisco, Cameruto, Olazábal, Genaro...». El arquero y la defensa le eran casi desconocidos al menos en nombres fuera de los registros que siempre dan los partidos de Reserva donde solía llegar temprano para ver qué había en esa cantera que tantas veces alimentó ilusiones y hasta supo ser parte para tocar el cielo con las manos en el comienzo de la década del ochenta. Con la mirada puesta en un punto infinito del *living* y las muecas de atención en ese inesperado encuentro familiar, simuló una postura que María Teresa —después de diez años de casados— esta vez no compró. Le alcanzaba con un par de gestos para darse cuenta de que su marido transitaba el preámbulo de un problema.

Martín había dejado el guardapolvo tirado en el sofá y ya lucía, casi como un mandamiento diario y natural, esa camiseta de Ferro que le empezaba a quedar un poco apretada pero que tenía el gusto de esa primera casaca regalada por papá. Tomaba la leche con un pie puesto sobre la pelota. Lo hacía algo apurado, con la idea fija de esta vez aprovechar la presencia del «Negro» Norenberg para ir a patear unos tiros en una cortada donde no suelen pasar muchos autos aunque alguno se pueda mandar de contramano. Cada vez que se repetía esa escena, Juana, al tanto de la simbiosis que se genera entre su hermano y su padre con la pelota y una camiseta de Ferro, los iba a ver siendo la única espectadora y fana de ambos. Ya estaban las dos piedras perfectamente ubicadas para suplir los arcos de madera del estadio Arquitecto Ricardo Etcheverri cuando Juana llamó al «Negro» como un entrenador que da las últimas indicaciones antes de salir a la cancha.

—Pa, ¿vos sabés la historia del «Sabio»?

—¿Qué? ¿De qué «Sabio»?

—Del «Sabio». Hoy el profesor de música nos contó la historia del «Sabio».

—Ajá, ¿y de qué trata?

—De un hombre que andaba por la calle y paraba a la gente en las esquinas. Les mostraba las dos manos y les hacía una adivinanza: «En uno de los dos puños tengo una mariposa. Usted tiene que adivinar en qué mano y si la mariposa está viva o

muerta».

—¿Y lo adivinaban?

—Depende.

—¿Cómo depende?

Martín irrumpió en la charla. Estaba con los primeros dejes de transpiración y los cachetes colorados de ese precalentamiento interminable entre la excitación que genera jugar a la pelota y, más aún, hacerlo con su padre.

—Dale, papá, dejá de hablar y vamos a jugar antes que se haga de noche.

El «Negro» Norenberg intentó negociar con su hijo un tiempito extra a esa charla indefinida pero fue en vano. La pelota ya estaba en juego, Martín intentaba una gambeta y su padre todavía miraba a Juana, sentada en el cordón de la vereda y con una respuesta final que dar.

En las primeras horas de la mañana del miércoles, Claudio se levantó, como siempre, diez minutos antes de las 7. Les preparó el desayuno a los dos y salió de la mano con ambos rumbo a la escuela. Iban cantando algunas de las tantas canciones que suele entonar la hinchada de Ferro y que tienen su origen, composición y letra, de los buenos viejos tiempos. Había que, de algún modo, preparar el escenario para Martín, que a los nueve años podía llegar a vivir uno de esos golpes duros que suele dar el fútbol a cuatro días del partido definitivo. Juana saludó con un beso y un abrazo a su padre, arrastró la mochila con rueditas, caminó dos pasos y se dio vuelta para volver a mirarlo. Levantó la mano derecha y con el dedo índice señaló a un hombre que llevaba colgada una guitarra y andaba con la armónica a la altura de la boca, en una figura que deja al desnudo las influencias del tipo sobre la obra de León Gieco. Cuando el «Negro» Norenberg intentó visualizarlo entre tanto chiquilín y un mundo de familiares, andaba por los pasillos del colegio tapándose los oídos por ese feo y distorsionado sonido que tiene la campana.

«Malatuto, Esquivel, Noriega, Villagra...» La servilleta aún se conservaba y era algo legible como para interpretar que ese era el mediocampo que el dirigente de Ferro había escrito esa tarde del día anterior en el bar. No entendía, el «Negro» Norenberg, cómo todavía los canales de deportes no atendían una cuestión que para ellos bien pudiera ocupar un espacio en la Cadena Nacional para informar a todo el pueblo del Verde sobre lo que iba a suceder en este partido determinante. Otra vez con el uniforme de mozo, el «Negro» Norenberg fue hasta la primera de las mesas donde una mujer lo señaló con un dedo en el aire.

Hacía calor, de esos que empiezan a estar activos apenas el sol calibra y da señales sobre lo sofocante que puede ser la jornada. La ventana del bar permanecía abierta para que ingrese un poco de viento porque el aire acondicionado se había roto unos días atrás y los de la garantía oficial no habían pasado. Entraba luz, apenas aire y los sonidos de la calle penetraban con la nitidez confundida entre el ruido de las tazas y los cubiertos.

—Si sos mayor de 18 años y tenés ganas de ser parte de nuestra familia, acercate

hoy a las 17 en Avellaneda 1240 puerta 6. Vos podés ser nuestro nuevo «Beto» Márcico. No lo dudes, venite y meté un gol.

El parlante del camión que suele vender sandías esta vez había sido alquilado para la publicidad de un club que andaba sin más presupuesto para la convocatoria. El mensaje, grabado justamente por Osvaldo —el dirigente de la servilleta y la nueva formación aún no dada a conocer públicamente— también contemplaba esa ironía que en el partido anterior había sido motivo de una bandera. «Hagan un gol», tela blanca, letras negras, fue colocada detrás de la cabecera local en soledad y en uno de los gestos sin necesidad de canciones agresivas para con los futbolistas profesionales que durante esa derrota contra Huracán no habían podido sacar la vista de ese mensaje cada vez que tenían un córner a favor.

El impulso que le faltaba al «Negro» Norenberg para ir a probar suerte *amateur* y tal vez bajar de la tribuna al campo de juego llegó cuando después de escuchar la invitación popular a la gesta volvió a sacar el bollo de papel, a esa altura gastado y un poco más borroso. «Catenari y Lumpen». Los delanteros del once ideal que iban a poner en juego los estados de ánimo al menos por una temporada habían metido un solo gol en más de noventa partidos que llevaban disputados en la Reserva. Incluso, los más fieles seguidores de la jornada dominguera lo recordaban porque después de esa definición —que sirvió para el 1-5 ante Racing— juntaron las dos palmas de sus manos y les pidieron disculpas a los pocos simpatizantes que llegaban temprano, como el «Negro» Norenberg, para ver qué proyección tenían los chicos de las juveniles.

—Don Enrique, quería pedirle perdón por lo de ayer, pero no me sentía nada bien y me fui a casa. Además, le quería solicitar permiso para salir un rato antes hoy también. Vea, mi mujer no puede ir a buscar a los nenes al colegio y hoy tienen jornada completa. Sé que lo complico, pero...

—Claudio, yo no sé qué te anda pasando ni te lo voy a preguntar. Te noto preocupado desde ayer, cuando atendiste a ese dirigente de tu equipo que viene seguido por acá. Andá, está bien, después lo hablamos.

Todas esas tardes de fútbol callejero con Martín le habían dado al «Negro» Norenberg alguna técnica adquirida de grande. Hacer que la pelota viajara por el empedrado de esa cuadra cortada en Caballito era una tarea que, vaya uno a saber, tal vez solo Lionel Messi pueda sacar adelante. ¿Qué tan difícil podía ser esta historia de ir a jugar ese partido del anuncio si al cabo ya no había márgenes posibles para una aventura a la que le quedaban un puñado de días?

Camisa blanca, moño negro, *short* verde, medias de toalla al tono y mocasines marrones con hebilla pronunciada. El «Negro» Norenberg inició el precalentamiento apenas cruzó la puerta del bar de Puán y Goyena minutos antes de las 17, la hora señalada para el ensayo de los jueves que esta vez se había convertido en una práctica a puertas abiertas.

—Sí, dígame, ¿viene a ver la práctica?

—No, bueno, en realidad yo...

—¿Qué? ¿En realidad qué?

—Vengo porque me quiero probar.

—Mire, señor, no estamos para bromas. Hace once partidos que el equipo no mete un gol, el domingo nos jugamos la permanencia y usted viene así, vestido de mozo arriba y futbolista abajo porque me dice que quiere probar. Qué, ¿es joda?

—No, señor.

La escasa participación en la convocatoria repentina y la mirada noble de Claudio inclinaron la decisión final para una negociación que acabó pronto.

—Bueno, al menos póngase la camiseta dentro del pantaloncito. ¿No sabe que el árbitro no deja jugar con la camiseta fuera? ¿Y los zapatos? ¿Qué son esos zapatos marrones, por dios?

—Bueno, es que... ¿No era una práctica de fútbol formal? Así lo anuncian seguido los periodistas. Entonces, pensé que...

Si algo tenía el «Negro» Norenberg era la capacidad de convertir una situación incómoda y ridícula en un chiste suficiente como para aflojar tensiones.

—¿Nombre?

—Claudio.

—¿Apellido?

—Eeeh, mire, ya que estamos. ¿No me puede anotar como el «Negro»? El «Negro» Norenberg.

El tipo que inscribía en la planilla ya estaba convencido de que se trataba de una broma. Sin embargo, y ya sin medir las consecuencias del asunto, asintió con la cabeza, se mordió los labios y puso el sello: «“Negro” Norenberg, 30 años, defensor central, buen mozo».

El partido apenas había iniciado cuando el «Negro» Norenberg entró y se sentó a un costadito en el campo de juego del estadio de Ferro. De una lado y con el cien por ciento de los aciertos, estaba la formación de la servilleta que esta vez se había ocultado en la media junto al paquete de cigarrillos y al encendedor. La revisó, miró uno a uno y comprobó que su decisión de ir hasta la prueba no había sido en vano. «Mierda», dijo, y encendió un cigarro mientras algunos jóvenes con aspiraciones de futbolistas profesionales iniciaban la catarata de chistes por su vistoso *look*. «¿Qué sale primero jefe? Yo quiero una milanesa a caballo». Sonrió, dio una última pitada, dejó la colilla en el pasto y empezó un trote por detrás del arco donde todavía estaba sujeta la bandera del mensaje por la ausencia del gol.

El primer tiempo del partido entre los jugadores de Ferro que iban a disputar la gran final del domingo y los que fueron a la improvisada prueba había finalizado 0 a 0, algo que por contexto y escenario se tomaba con naturalidad. El técnico, «Cacho» Orozco, empezaba a mover las piezas de los *amateurs* aunque ya no le quedaban demasiadas opciones por ver. Tan solo un chiquilín de 18 años que lucía el olor a nuevo de los flamantes botines coloridos que usa Messi y el «Negro» Norenberg, que

le pasaba pomada negra a los zapatos marrones como para simular los Fulvence.

—A ver, que venga el mozo —dijo Orozco, con la ironía que desnuda las miserias de un equipo de fútbol tan cerca del abismo.

—Jugame ahí, encima de Lumpen. No lo dejes mover.

El «Negro» Norenberg largó una carcajada porque entendió que se trataba del cierre de las bromas del entrenador. Al cabo, Lumpen no se había movido en más de noventa partidos y un solo gol.

Algún que otro cruce y la pelota a la tribuna le habían engordado el ego al «Negro» Norenberg. El partido, sin goles, ya era parte de una historia inolvidable que le contaría a Martín apenas llegado a casa. Pensó, incluso, en hacerse una remera con la leyenda «yo te vi marcar a Lumpen», pero entendió que era demasiado. En definitiva, su misión dentro de este ensayo general estaba cumplida.

Era temprano cuando Martín y su padre salieron rumbo al estadio. Iban a pie, respirando los olores —podían ser los últimos por un buen tiempo— que ofrece el fútbol de Primera División. Martín estaba preocupado, al tanto de la formación de Ferro para este partido había intentado soñar un gol la noche anterior pero la imaginación le había jugado una mala pasada. Cada vez que Lumpen estaba frente al arquero, la pesadilla era recurrente: le pegaba a la pelota, se le salía el botín y terminaba el partido. El «Negro» Norenberg, que nunca le soltó la mano durante toda esa tarde de domingo, regalaba sonrisas y un optimismo que lejos estaba de esos días alterados hasta después de esa prueba en el estadio.

Al perfume de los chorizos de ese carrito ubicado detrás de la famosa bandera le quedaban apenas dejos de humo con el partido avanzado y sin apetitos posibles más que el de un gol capaz de sacarlos de una situación que a los 39 minutos del segundo tiempo no anunciaba un desenlace diferente. Cero a cero y Martín, que solía llevar las estadísticas del partido, había anotado tres córners a favor de Ferro. El «Negro» Norenberg, en cambio, cantaba y saltaba contra todos los pronósticos y con la seguridad de saber que todavía quedaba una carta por jugar.

Catenari, otra vez, fue corriendo hasta la esquina más cercana a la calle Avellaneda y se apuró para patear lo que sería el tercer tiro de esquina para el equipo. Todo un lujo.

—Jugala corta, jugala corta y buscalo a Lumpen.

El grito del «Negro» Norenberg retumbó en un eco interminable de un silencio de multitudes en Caballito. Si hasta la gente del edificio que mira los partidos desde el balcón se codeó para identificar la jugada tan anunciada. En esos segundos desde que Lumpen se suelta de la tierra y se eleva por el aire, aquella charla en un córner del famoso partido de prueba, se reeditó mientras el balón salía disparado desde la derecha del ataque.

—Che, Lumpen, ¿vos sabés la historia del «Sabio»?

—¿De qué «Sabio»?

—Del «Sabio». Un profesor de música de la escuela donde va mi nena.

—Ajá, ¿y de qué trata?

—Me lo contó el otro día, cuando fui a llevar a los pibes al colegio. Lo busqué en el patio de la escuela y me lo contó. Trata de un hombre que andaba por la calle y paraba a la gente en las esquinas. Les mostraba las dos manos y les hacía una adivinanza: «En uno de los dos puños tengo una mariposa. Usted tiene que adivinar en qué mano y si la mariposa está viva o muerta».

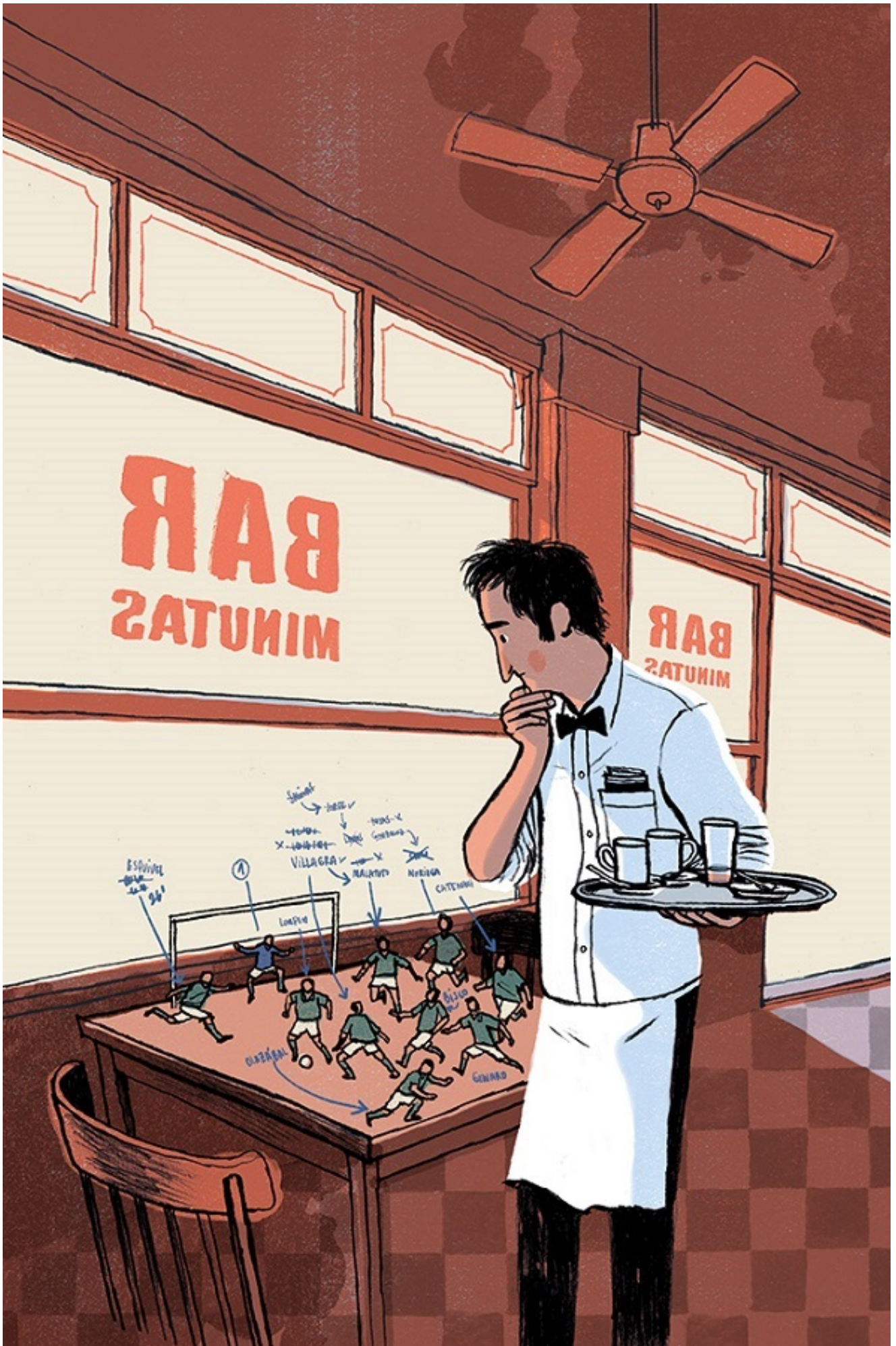
—¿Y lo adivinaban?

—Depende.

—¿Cómo depende?

—Sí, depende de lo que vos quieras. Porque todo está en tus manos. Ese es el juego.

Cuando Lumpen le dio el frentazo al balón, el «Negro» Norenberg apretó bien fuerte esta vez la mano de Martín, tanto como en esa sala de parto donde María Teresa había entrado dos veces y una mariposa viajó hacia el arco y tocó la red con pelota y todo.





CREO, VIEJA, QUE TU HIJO LA CAGÓ

JORGE VALDANO

PRESENTADO POR:

JULIO MARINI

ILUSTRADO POR:

«EL NIÑO» RODRÍGUEZ

El cuento en la realidad, o la realidad hecha cuento. O ambas cosas en la vida de Jorge Valdano, quien construyó una carrera de futbolista que entraría en la categoría de novela y que, terminada esa vida supuestamente útil con pantalones cortos, construye historias con la pelota y con la vida como sujetos indispensables el uno para el otro. Y que generan historias, reales o de ficción, para todos aquellos que lo leemos o lo recordamos en tantos 90 minutos de hermosos filmes de «fóbal». ¿Cómo, entonces, leyendo por enésima vez su cuento, no imaginar otro que lo tuviera a él como protagonista principal?

Por ejemplo, y solo por ejemplo y haciendo un ejercicio valdanístico, viajar a México, allá por fines de junio de 1986. Tal vez la noche del 28, igual que pasó con Juan Antonio Felpa, un muchacho de Las Parejas soñó algo, o no pudo dormir por algo. Claro, nada menos que una final del mundo, casi lo mismo que una final del pueblo, iba a jugarse en el estadio Azteca.

Si fue cierto, si la ficción supera nuevamente a la realidad y la hace más poética, más hermosa; cómo saber qué soñó ese muchacho santafesino. Sabemos lo que soñó el arquero Felpa, y cómo terminó la historia.

No sabemos si hubo sueño del futbolista, pero sí sabemos cómo terminó la historia. Y también todos sabemos que esas historias no pueden no estar construidas de hermosos sueños, de grandes ilusiones. Hasta de utopías que, en algunos casos, los propios protagonistas convierten en realidades.

La selección argentina vencía 1 a 0 a Alemania en la final. Y Jorge Valdano comenzó a darle forma física a un sueño. Quitó la pelota casi encima del banderín de su última línea defensiva, por el lateral derecho. Dejando alemanes atrás, empezó la diagonal perfecta. Le encargó la joya a Maradona, quien enseguida se la encomendó a Enrique, otro que, cual mensajero predestinado (él le entregó la pelota a Maradona en el gol a Inglaterra), alargó para alguien que debía surgir de un sueño. Apareció Jorge Valdano por la izquierda, tras el dibujo en diagonal. Y Valdano entró al área y definió. Humildemente, para este cronista hizo el gol más extraordinario jamás soñado, construido y definido nunca. Un gol que solo podría haber hecho el griego Leónidas.

Si ese sueño existió, si se cumplió, alguien en Las Parejas podría haber dicho:
«Vieja, me parece que tu hijo... la rompió».

JULIO MARINI



Juan Antonio Felpa era de talante tranquilo, pero resolvió asegurarse el sueño de la noche previa al día del partido con medio somnífero porque estaba inquieto, y no le faltaba razón.

El hábito lo despertó a las siete de la mañana, e instantáneamente un cosquilleo nervioso en el estómago le anunció que era domingo, día de fútbol, y decidió quedarse un poco más en la cama a pensar en el partido. Consumió varios minutos parando penales en idénticas versiones. Era su sueño favorito, su fantasía recurrente: 0-0 faltando un minuto y penal en contra; silencio expectante, miradas de ojos grandes, intuición exacta y él en el aire abrazado a la pelota y otra vez él en el suelo sintiéndose dueño de los aplausos, responsable de la catástrofe diminuta que sufrían las emociones de cientos de aficionados; 0-0 final.

A veces imaginaba lo mismo con ventaja de 1-0 para su equipo, pero esa historia le gustaba menos porque tenía que repartir la gloria con el compañero que había marcado el gol. A Juan Antonio Felpa, obrero de Fábricas Unidas y portero del Sportivo Atlético Club, se le dibujaba una sonrisa estúpida cuando paraba penales mentalmente aunque él no se daba cuenta. Se acordó del tiempo con la preocupación de un agricultor; saltó de la cama y se fue hasta la puerta rogando que no lloviera. Aquel 16 de septiembre de 1964, la primavera se había adelantado cinco días al calendario.

Era una mañana irreprochable. Ese sol que invitaba a vivir le recordó la enfermedad de su padre: «Día peronista», hubiera dicho él. Luego pasaría a visitarlo para hacerle olvidar por un rato la tristeza de perderse el clásico.

Entró a la humilde cocina a tomarse un té, como era su costumbre dominguera, sin poder sacarse el partido de la cabeza. Clavó la vista en un póster arrugado de Amadeo Carrizo que había pegado años atrás en la pared. Sin haberlo visto nunca jugar, había sido siempre hinchas de River Plate. Buenos Aires estaba a muchos kilómetros y a muchos pesos de distancia, pero él idealizaba la trayectoria del equipo capitalino y la de su portero legendario a través de la radio y de la revista *El Gráfico*. Como admirar es identificarse, Felpa se sentía el Carrizo del pueblo, le emulaba algunos gestos y hasta había conseguido una gorra a cuadros parecida a la que el portero riverplatense usaba para defenderse del sol. «Grande maestro», le murmuró Juan Antonio a la foto de Amadeo en el preciso instante en que su mujer, con ojos todavía dormilones, entraba en la cocina:

—Hablás solo.

—No, pensaba.

Recibió el beso cariñoso y joven de Mercedes y los dos hablaron durante largo rato de simples cosas suyas.

Juntos escucharon a Johnny Lombard anunciando el partido: «A las cinco de la tarde, en el campo comunal Sportivo y Argentino de Las Parejas se juegan el título de Liga en el partido más esperado del año». Esa voz emotiva, que paseaba en un coche lento y que era ampliada por dos grandes altavoces ubicados sobre el techo, lograba que Felpa se sintiera importante. Piel de gallina se le ponía.

Todavía faltaban cinco partidos para que terminara el campeonato, y los dos equipos que dividían el pueblo, los celestes del Argentino y los verdirrojos del Sportivo compartían el primer puesto de la Liga Cañadense de Fútbol. Esa tarde ponían el honor y la vergüenza en juego para definir de una vez por todas quién era quién en la Liga.

Desde hacía una semana no se hablaba de otra cosa. Circulaban las apuestas, se espesaban las bromas y los más impacientes ya se habían cruzado algún puñetazo. Estaba clarito en el ambiente que lo que se jugaba era el clásico más importante de los últimos tiempos.

—¿Qué tal en la fábrica? —preguntó Mercedes.

—Y... esta semana, ya sabés, los muchachos me volvieron loco.

Orgullosa, Juan Antonio le contó a su mujer; entre otras cosas, que el patrón, palmeándole la espalda le había dicho: «Juan, el domingo te tenés que portar, ¿eh?».

Felpa era un buen tipo, de veintiséis años, casado no hacía mucho tiempo y con un niño de meses. De gustos sencillos, querido y popular, era de esa clase de hombres que teniendo poco no necesitan más. Se vistió con ropa de domingo, revisó la bolsa de deportes, olió con ganas y sin ruidos la habitación del hijo dormido y se despidió de su mujer sin mucha ceremonia.

En el sanatorio San Luis, sentado en la cama donde convalecía su padre de una operación estomacal, recibió con paciencia consejos futbolísticos. Recordaron aquel día que habían ido a cazar y Juan Antonio, con diez años, salió corriendo y se tiró de panza sobre una liebre a la que el padre había apuntado y pretendía disparar con su vieja escopeta. La liebre se escapó y el imprudente proyecto de guardameta, que vivía abalanzándose sobre cualquier cosa, recibió una paliza de la que no se olvidaría nunca más. En esa época lo empezaron a llamar «Gato». Su padre, hombre de carácter fuerte, que amaba al Sportivo con la misma intensidad con que odiaba al Argentino, nunca estuvo de acuerdo con que su hijo fuera arquero, y no solo porque le espantaba las liebres, sino porque siempre había pensado que los arqueros eran medio imbéciles.

Pero quería tanto a su único hijo que mudó el prejuicio y terminó mirando los partidos desde detrás de la portería, aunque era más lo que molestaba con sus gritos que lo que respaldaba.

En la cama del sanatorio, don Jesús Eladio Felpa se sentía mejor; pero no poder ver ese clásico lo tenía algo excitado. Iba a tener que conformarse con abrir las ventanas de su habitación para interpretar los gritos que llegaran desde la cancha.

A doscientos metros de distancia era capaz de identificar, aguzando el oído, las jugadas peligrosas, el equipo que dominaba y, sin dudar, a qué equipo pertenecía el gol que se marcaba. Treinta y cinco años viendo al Sportivo le habían enseñado mucho. Su pobre mujer tenía que soportar en silencio el relato aproximado que don Jesús hacía de las jugadas.

Juan Antonio se fue a la sede del club llevándose una última recomendación paterna:

—Métanle cinco goles, así no hablan nunca más.

En el camino volvió a fabricar un penal en la cabeza. Siempre se tiraba hacia la derecha y apresaba entre sus manos el balón que llegaba a media altura. «La esperanza es el sueño de los despiertos», escuchó un día.

En la sede encontró más gente que nunca y un clima prebélico. Las manos se le posaban en los hombros como mariposas brutas y contestó con una sonrisa los comentarios de siempre: «No te preocupes, que hoy ni se acercan...». «A las cinco cerrará las persianas, ¿eh?...» «¿A quién le ganaron esos...?» Llegó a la tranquilidad del restaurante y saludó a sus compañeros, la mayoría de pueblos y ciudades cercanas a los que no veía desde el domingo pasado. Eran buena gente, pero él envidiaba la capacidad que tenía el Argentino para formar jugadores del pueblo.

El «Tano» Perazzi lo explicaba bien: «Los del pueblo juegan por la camiseta, y los de afuera juegan por la plata». Pero siempre había sido así, y, la verdad, mucha plata no había.

Comieron carne asada con ensalada, y después la «Bruja» Mirage, exjugador y en aquel momento entrenador, dio la alineación y dijo las cuatro tonterías de siempre con tono de haber inventado el fútbol.

Los Felpa, padre e hijo, no lo tragaban porque nunca había defendido el fútbol local. Cuanto de más lejos le traían los jugadores, más contento estaba. Además, jugaba sin wínes, y tácticamente se equivocaba mucho. Los dos solían acordarse del día en que el «Negro» Moyano lo saludó a los gritos en mitad del bar Victoria:

—¿Cómo te va, embrague?

—¿Por qué embrague? —preguntó el entrenador con poca prudencia.

—Porque primero metés la pata y después hacés los cambios —le soltó el «Negro» para que se riera todo el mundo.

Cómo sufrió el odio Mirage esa vez.

Los jugadores decidieron irse para la cancha distribuidos en cuatro coches particulares de directivos de la comisión de fútbol. Salieron por la puerta trasera para no darles oportunidad a los pesados. En el vestuario empezaron a respirar el clima del partido. Ahí adentro olía a fútbol. El partido estaba cerca, y afuera crecía el ruido. Apretados por los nervios, se vistieron, se masajearon e hicieron movimientos de

calentamiento como si se tratara de un ritual.

El «Gato» Felpa, en un rincón, solo movía los brazos y de vez en vez tiraba algún golpe al aire como los boxeadores. Se ponía rodilleras y unos pantalones cortos acolchados en las caderas para amortiguar los golpes de las caídas. No usaba guantes ni entendía cómo se podía atajar con ellos.

Si alguien se lo preguntaba, había aprendido una frase que le gustaba repetir: «Me quitan sensibilidad». Los hierros entre los que trabajaba durante la semana habían modelado manos fuertes, y a él le gustaba sentir la pelota entre sus dedos. El equipo, como era su costumbre, hizo un corro y todos encimaron las manos sobre las del capitán para dar tres gritos de guerra que contribuían a darles confianza y a hacerlos sentir más juntos. De rebote, también valía para asustar a los del vestuario contiguo.

Se fueron para el túnel, con música de tacos de cuero sobre el suelo y cuidando de no resbalarse en el cemento. Cuando asomaron la cabeza, estalló la mitad roja-verde del campo. Los celestes ocupaban el lado opuesto y homenajearon a sus jugadores tres minutos después. Ahí estaba todo el pueblo.

Era día grande, de esos que dejan hablando al pueblo durante semanas; banderas, papeles picados, bombos, matracas gigantes, cantos; no faltaba nada.

El sermón arbitral fue breve: «A jugar y a callar», dijo a los capitanes en el centro del campo antes de sortear las porterías.

El griterío de la gente y la emotividad de lo que estaba en juego dignificó en parte el fútbol pobre que se jugó en la primera mitad. Los dos equipos trataban de aprovechar el descuido del adversario, pero, eso sí, sin descuidarse. Se tenían miedo y estaban tensos, y eso, procesado futbolísticamente, da como resultado un partido trabado e impreciso.

Acertó don Jesús Eladio Felpa, en el sanatorio, cuando le resumió el primer tiempo a su mujer:

—Partido malo, vieja, ni ocasiones de gol crearon.

Se jugó mal, es cierto, pero se jugó en serio. Las piernas se metían fuertes y entre los jugadores se escucharon palabras duras.

El segundo tiempo pareció un poco más abierto, pero pisaron poco las áreas. Los dos equipos malograron alguna oportunidad, pero no fueron fruto de balones claros, sino de rebotes afortunados o de errores cometidos por piernas cansadas.

Pero de un clásico de pueblo nadie se va antes de tiempo. Certero otra vez don Jesús, le advirtió a su paciente mujer; faltando unos quince minutos, que «todavía podía pasar cualquier cosa». En ese segundo tiempo, Juan Antonio se calzó la gorra, porque el sol estaba bajo y pegaba de frente.

Sus pocas intervenciones las había resuelto con sobriedad, salvo aquella pelota que llegó combada y despejó por encima del travesaño tirándose para atrás. Una parada más espectacular que difícil. Desde atrás dio órdenes, animó a sus compañeros y en ningún momento perdió concentración. Hasta el momento de la jugada que nunca más olvidarían quienes estaban ahí, el partido no se había dado para que él se

luciera.

Faltaban cuatro minutos para el final cuando el «Gringo» Santoni, siempre tan apresurado, despejó al córner sin necesidad. Había llegado ese momento en el cual los menos interesados miraban el reloj con ganas de que aquello terminara de una vez, los borrachos hablaban solos y los fanáticos estaban trepados a las vallas totalmente desencajados. El córner venía fuerte y el «Gato» Felpa, todo hay que decirlo, dudó en la salida y se quedó a mitad de camino. El «Oso» Antuña, defensor central del Argentino, no necesitó saltar para cabecear seco al ángulo cruzado. El «Enano» Zárate, que con esa altura no podía marcar a nadie por arriba y que en los córners era el encargado de cuidar el primer palo, supo instintivamente que con la cabeza jamás podía llegar a esa pelota, y la despejó de un manotazo. ¡Penal!

Aquello calentó a los indiferentes, congeló a los fanáticos y hasta calló a los borrachos. El lado celeste de la cancha se puso de fiesta y la gente del Sportivo esperaba, inmóvil y muda, a que los dioses del fútbol les dieran una mano. Todo lo que estaba pasando se parecía mucho a la fantasía de Juan Antonio Felpa.

El sol, del otro lado de la cancha, se había caído detrás de los cipreses, y Felpa, parado en el centro de la línea de meta, se quitó la gorra muy resuelto y la tiró adentro de la portería. Sintió un frescor agradable en la cabeza sudada y quizá por eso experimentó la fe de los héroes.

A once metros de distancia el «Befo» Nieva ya estaba frente a la pelota. Se cruzaron una mirada huidiza; medio cómplice y medio asesina.

Juan Antonio Felpa flexionó levemente las rodillas y con los ojos fijos en el lanzador escuchó la orden del árbitro. Ya tenía la decisión tomada. Cuando el «Beto» golpeó la pelota, Felpa ya volaba en la dirección del sueño. Al lado del palo derecho, se abrazó a la pelota en el aire, y antes de caer al suelo sintió, como un relámpago, la alegría más grande de su vida.

Ahora era la mitad rojo-verde del campo la que se había puesto de fiesta al grito de «Felpa», «Felpa», «Felpa». Yo no sé lo que le pasó en ese momento, porque en veinticinco años nadie logró hablar con él del tema sin que se enfadara, pero para mí que esos gritos lo confundieron y eso lo llevó a tomar el camino más absurdo de su vida. Lo cierto es que se levantó del suelo endiosado, y queriendo prolongar ese momento mágico, cometió el error de ir a buscar la gorra dentro de la portería con la pelota debajo del brazo.

El árbitro dudó antes de dar el gol, y el campo entero tardó en echarse las manos a la cabeza entre eufóricas risas celestes y sorprendidos lamentos verdirrojos. El extraño coro de murmullos que quedó flotando en el ambiente desconcertó a don Jesús Eladio Felpa, que había sufrido con el penal («hay que reconocer que fue justo, vieja») y se había alegrado con el paradón. Intuyó que algo malo había pasado, y con una mínima esperanza de haberse equivocado, miró a su santa mujer y le comentó entre triste y preocupado.

—Vieja, creo que tu hijo... la cagó.





BOTINES ROTOS

GUSTAVO LÓPEZ

PRESENTADO POR:

DÉBORA D'AMATO

ILUSTRADO POR:

EDUARDO MAICAS

Gustavo López, el «Cuervo» para los amigos, es sinónimo del club de sus amores: Independiente. Sabe de qué se trata eso del sentido de pertenencia. Lo pregona. Por eso, en el preciso instante en el que le propuse sentarse a escribir un cuento, algo que nunca había hecho, asumió el desafío con la misma pasión con la que pateaba la pelota. No bien comenzó a escribir, quiso transmitir todo: que su amor por el Rojo sea parte de la historia. También quiso que esa empatía eterna por los colores sea esencial y destacable y, por supuesto, no negoció con la posibilidad de la falta de protagonismo fugaz, pero no por eso menos importante, de su abuelo: ese que le inculcó todo y el mismo que le había regalado sus tan preciados «Botines Rotos». Asumió la escritura con la misma pasión con la que encaró, en sus años mozos, la camiseta de su club. Con la picardía del potrero y el profesionalismo de jugar en Primera. Enfrentó una hoja en blanco con una lapicera, a la vieja usanza y con cientos de pensamientos alborotados que contar. No quiso que le faltara nada pues buscó que su cuento, su primer cuento, llegara a los chicos con la misma alegría que llegaban sus gambetas, sus goles. Sus hijos formaron parte de este desafío, corrigiendo su cuento, traduciéndolo a su «idioma». Claro, el sentido de pertenencia se hereda, se adopta, se trabaja y Gustavo tuvo otra oportunidad para compartirlo con sus tres hijos: María Celeste (15 años), Lucía (11 años) y el más benjamín, Lucas (6 años), que también tuvo su participación. Y con la seriedad de un verdadero mago del balón, transitó su nuevo desafío vestido de gala, con sus botines aggiornados, sin parecerse a los que le había regalado su abuelo, y con su amada «Pelota de Papel». Algo más, algo imprescindible: Concepción, su mujer, siguió sus pasos a la par, orgullosa del desafío de su marido. Una española que toma mate y que la única foto que tiene con Gustavo en un estadio es nada menos que en la vieja «Doble Visera» de cemento. Vaya si entiende lo que siente su compañero de ruta.

Es la historia de un niño al que nunca le faltó nada pero tampoco le sobró. Una historia como la de tantos niños, casi calcada. Su amor por los colores, su pasión por la camiseta, su orgullo por esos «Botines Rotos» que todavía siente palpables transportaron a Gustavo a jugar con las palabras para contar su primera historia. Esa con la que, apenas al leerla, no solo me sentí identificada sino de la que también me adueñé, en el preciso instante en el que me emocioné. De goles a palabras, Gustavo logra, como en sus años de gloria, que grites goles soñando en Rojo.

DÉBORA D'AMATO



Deben de ser las siete de la mañana cuando suena el despertador y no se me ocurre otra cosa mejor que tirarlo contra la pared. No sé si serán las ganas de ir a entrenarme que tengo hoy o se debe al grito que me ha dado mi padre, pero consigo levantarme de la cama e ir al baño en menos de un minuto. Me ducho (sorprendentemente con agua medianamente caliente, cosa poco habitual ya que aquí, en mi barrio, no es frecuente que pase de los 20 grados) y me dirijo a nuestra pequeña cocina familiar, para desayunar con mi hermano pequeño Christian.

Cuando llego me encuentro a mi padre, leyendo el diario mientras toma café, y a mi madre, calentando leche en una cazuela para que la tomemos mi hermano y yo.

Tras una productiva charla familiar en la que nadie participa debido a la soba que llevamos todos encima, me preparo para el gran día que me espera. Agarro el bolso de entrenar y me subo al coche con mi padre para ir al entrenamiento, pensando en que hoy podría ser mi última práctica con Los Diablos de Avellaneda, ya que jugamos la final del campeonato estatal contra Los Tigres, y por lo que le he escuchado decir al entrenador, vendrán ojeadores de algunos equipos de primera división para fichar a los mejores del equipo, y a mí me gustaría estar en el punto de mira de alguno, así que me pienso emplear a fondo hoy, además de darlo todo en el campo.

Tras cruzar literalmente Buenos Aires, consigo llegar al entrenamiento a eso de las 11. Salgo del coche lo más rápido que puedo y llego al vestuario, donde me encuentro con mis compañeros de equipo:

—¿Qué pasa, «Cuervo»? ¿todo bien? —me pregunta Valen, el capitán del equipo.

—Todo bien, ya con ganas de que llegue la tarde —contesto entusiasmado.

Ya vestido, me pongo los botines, y veo cómo todos mis compañeros llevan los botines nuevos, mientras que yo llevo con los míos prácticamente desde que empezó la temporada.

Salgo a la cancha y veo al técnico. Lo saludo y me reúno con mis compañeros.

—Que Lopicito, ¿usando aún las botines de tu abuelo o son de la época de los dinosaurios? —Ya está, cómo no, Mateo el anotador de turno, intentando llamar la atención.

—Bueno, Mateo, yo no tendré botines de último modelo, pero por lo menos juego bien y tengo algo que parece que vos no tenés: cerebro. Así que despertá, mongui,

que te quedás atrás.

Después de ver la cara de pescado con la que se queda, comienzo a calentar, pensando en que tiene razón: estos botines ya no dan más de sí, pero no puedo pedirle otros a mi padre, ya que en mi casa no sobra el dinero que digamos, y bastante que hace mi viejo trayéndome hasta la otra punta de Buenos Aires a entrenarme cuatro días a la semana, y luchando contra las mil y una adversidades del tránsito: «Ya les pondré más cinta de carroceros cuando se rompan».

En dos horas estamos yendo todos en el micro del equipo en dirección a Quilmes, donde nos enfrentaremos a Los Tigres. Comemos en el hotel en el que nos concentramos y nos vamos a dormir una siesta para estar descansados para el partido.

Después del madrugón y de la práctica, no hay nada más reconfortante que dormir en el catre un rato.

Estoy en mitad de mi maravilloso sueño. Me encuentro en un asiento de piel blanca, con un refresco bien frío en la mano, acompañado de una espectacular azafata. Ella me sonrío y se acerca lentamente cuando Marcelo, el fachero del equipo, ¡me despierta!

—Dale, «Cuervo», levántate. Vamos a hacerle una broma a Mateo mientras duerme —me dice, divertido.

—Voy, voy, esperá que busco la filmadora de Edu y lo grabamos —digo.

Mateo duerme como un bebé cuando vamos a verlo a su cama. Marcelo, Pedro, Lucas, Edu, algunos más del equipo y yo nos desplegamos alrededor de donde está acostado. Marcelo le pone espuma de afeitar en la mano mientras Pedro le mete migas de pan, que encontramos en el suelo, en su boca abierta. Lucas, suavemente, cosquillea un lateral de su cara y Mateo, en un acto reflejo, rasca su mejilla con la mano que tiene llena de espuma. Comienza a gritar pero lo que dice no tiene sentido. No es capaz de intercalar palabra ya que las migas de pan que tiene en la boca se lo impiden.

—¿Pero estamos todos locos?, ¿qué les pasa? —grita, mientras los demás lloramos de la risa.

—Tranqui, Mateo, el pan era fresco del día, pero eso sí: seguro que tenía un sabor entremezclado de lavandina y suelas de zapatilla —le dice Pedro, que se ríe.

—¡Se van a enterar todos! Y vos, Lopecito, apagá la cámara si no querés que acabe igual que tus botines —me brama, pero estoy demasiado ocupado riéndome en su cara como para contestarle.

—¿Qué está pasando acá?

Todos giramos cuando vemos a Valen entrar por la puerta.

—¡Son todos unos... mirá como me han puesto! —exclama Mateo, pero ya no nos reímos tanto viendo la cara de nuestro capitán.

—Vos, Mateo, dejate de quejar y andá al baño a lavarte que en media hora nos piramos al partido. Y ustedes recojan todo antes de que se entere el técnico y prepárense también —dice con autoridad. Mateo obedece, el silencio es sepulcral.

En media hora estamos todos reunidos en la parte de abajo del hotel, listos para subir al micro. Nos sentimos muy nerviosos y cansados de escuchar a Edu que repite que su novia va a venir a vernos jugar.

Cuando llegamos al estadio, no tengo palabras para describir lo que en esos momentos pasa delante de mis ojos: la cancha es grandiosa, con banderines enormes de Los Tigres. La tribuna es tan enorme que podría meter a toda mi familia, la de mi padre, la de mi madre y el barrio completo en el que vivo y aún sobraría espacio para incluir a más gente. El césped es de un verde brillante y está perfectamente cortado y cuidado. Me ha dejado impresionado.

Entramos al vestuario y nos asombra ver lo lujoso que es: las duchas, las canillas, los bancos... Es simplemente impresionante.

Nos ponemos la indumentaria roja y blanca de nuestro equipo, Los Diablos de Avellaneda, y estamos listos para salir a darlo todo, a demostrarle al mundo de lo que somos capaces.

Salimos del túnel del vestuario a la cancha y puedo jurar que nunca he atravesado algo como lo que estaba viviendo. Esa tribuna repleta, con banderas de Los Diablos y de Los Tigres, con aplausos por todas partes. Al avanzar, pienso en todo lo que había tenido que sufrir y todo lo que me había tenido que perder para estar allí en ese momento, compartiéndolo con mis compañeros y planeando nuestra victoria.

Todos ocupamos nuestras posiciones, en condiciones de empezar. Suena el silbato que indica el comienzo del partido. Saca Lucas, nuestro delantero, que se la pasa a Mateo, el volante derecho. Mateo hace un intento de pasármela cuando el puntero izquierdo de Los Tigres lo intercepta. Tras varios toques de ellos, la pelota vuelve a nuestro dominio, siendo Valen, el puntero derecho, quien la recupera entregándomela. Me voy abriendo paso por el campo cuando veo que Marcelo, el mediocentro, está desmarcado, se la paso, se cuela entre dos defensas del equipo contrario y me la vuelve a pasar, pero, de la nada, aparece el tercer defensa que faltaba en la jugada anterior y me la roba.

Tras dos intentos fallidos de Los Tigres de meter gol y uno nuestro, suena el silbato, indicando el final de la primera parte. Entramos al vestuario como si una manada de elefantes nos hubiera pasado por encima y de inmediato ingresa Osvaldo, nuestro entrenador.

—Bueno, muchachos, lo hicieron bastante bien en la primera parte, aunque hay aspectos que mejorar. Ustedes, los defensores, pueden hacerlo mejor. Así que ¡vamos, chicos!

—¡Pero, Osvaldo, es que estos Tigres salen de debajo de las piedras! —dice Pablo, uno de esos defensores.

—Entonces, intenten que no salgan, cubran más los espacios. La pelota no puede entrar al arco, ¿entendieron? —subraya Osvaldo.

—¡Sí! —respondemos.

—Vamos, demuestren lo que llevan dentro. Son Los Diablos Rojos, ¿se acuerdan?

—dice, grita.

—Lo somos. ¡A esos Tigres les vamos a quitar hasta las rayas! —suelta fuerte, bien fuerte, Valen, el capitán.

Y así salimos de nuevo a la cancha.

Vamos por la mitad de la segunda parte y el cero no se rompe. Y, encima, uno de los extremos del otro equipo cae al suelo lesionado por una supuesta patada en la canilla que le da Ramiro, quien, tras mucho discutir, sale del campo expulsado: solo somos diez jugadores. Los ánimos de mis compañeros comienzan a bajar. Porque, está dicho, somos diez contra once, pero los once de ellos son muy buenos. Y apenas quedan veinte minutos para que se acabe el partido.

Aguantamos patadas y casi nos anotan dos goles. Y, de repente... De repente veo mi oportunidad.

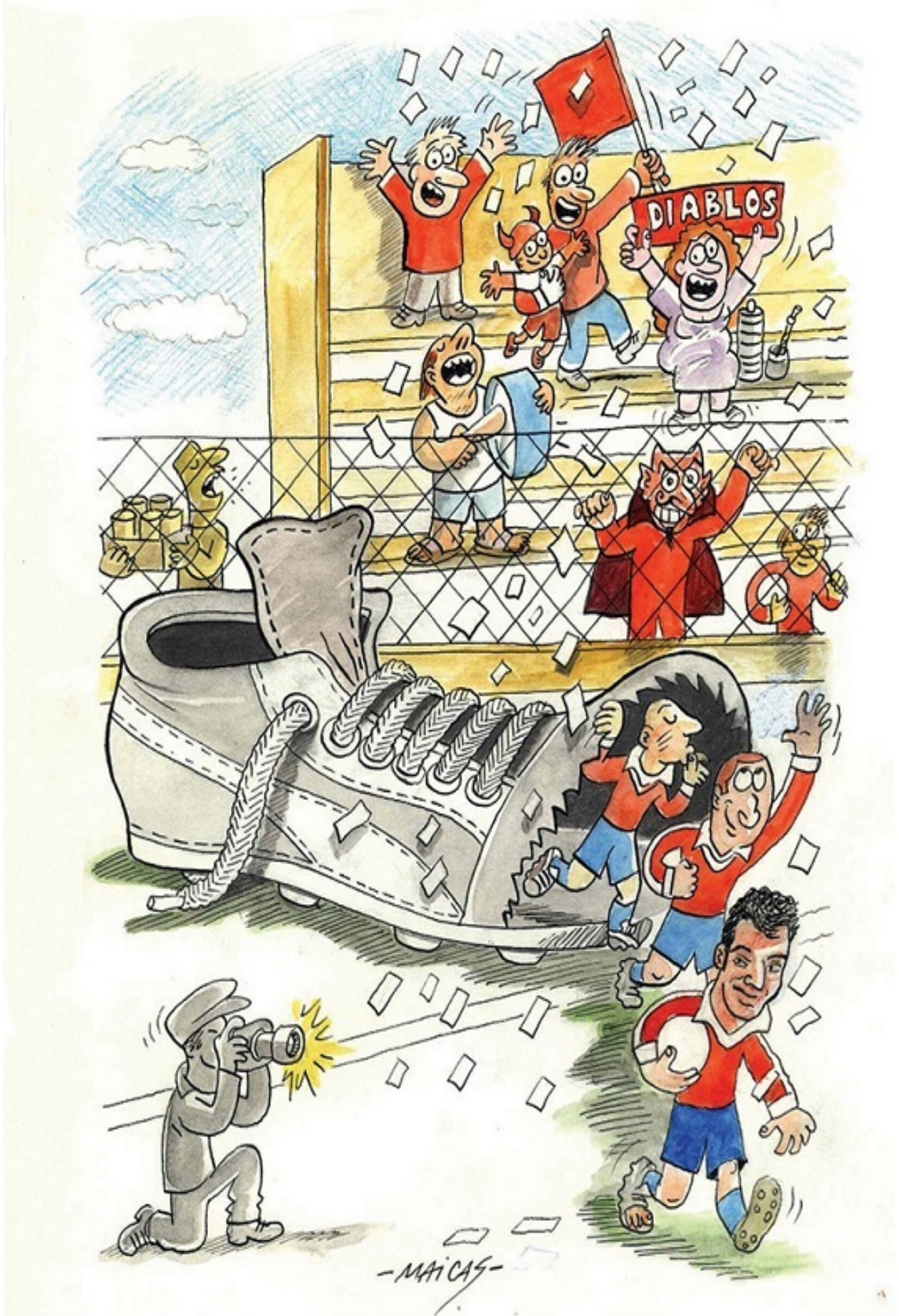
Pablo se le escurre al mediocentro de Los Tigres. Me desmarco, me la pasa, eludo a dos rivales y percibo el momento: estoy cara a cara contra el arquero. Siento como si se parara el tiempo, lo que está a mi alrededor desaparece.

Pateo, cierro los ojos pensando en que de ese gol dependerá nuestra victoria. Escucho los aplausos y la alegría de la gente antes de extender las pestañas y ver si es verdad: es verdad. Es gol.

Y, por fin, se oye el sonido que marca el final. Mis compañeros se me suben encima y celebramos juntos nuestra victoria.

Desde ese momento, entendí que todo lo que había hecho, todo lo que me había esforzado y todo lo que me había perdido había valido la pena. Me acordé, en un segundo, de cuando otros jugadores iban a la playa tras entrenarse y yo me quedaba golpeando la pelota, y de las horas que hacía en coche todas las mañanas para ir a practicar, y, también, de los cumpleaños que aplacé o dejé de celebrar.

Y en ese instante terminé de saber que la humildad y el trabajo constante son los argumentos que permiten llegar a lo más alto, ahí donde quería llegar, allá arriba, costara lo que me costara. Me daba igual no tener los mejores botines, los botines rotos.





BICAMPEÓN

SEBASTIÁN DOMÍNGUEZ

PRESENTADO POR:

REYNALDO SIETECASE

ILUSTRADO POR:

COSTHANZO

Fútbol y literatura se mezclan. De qué otra manera se puede definir el segundo gol de Diego Maradona a los ingleses. Dura once segundos. Es un poema. El mínimo común denominador de la belleza. Lo saben los sensibles. Lo intuyen los amantes del juego más injusto y maravilloso del mundo. Lo entienden todos aquellos que, a pesar de los tramposos y los mercaderes, viven en estado de pasión por los colores que los marcan desde la infancia. Y esa lealtad, que no conoce de agachadas, tiene relación directa con el toque de imprevisibilidad que todavía tiene el fútbol. En un campo de juego, once contra once, todavía el más débil tiene alguna chance de vencer al poderoso. Y aunque la necesidad solo apueste a los buenos resultados, es la habilidad la que nos regala los momentos más hermosos.

Fútbol y moral se mezclan. El gran escritor Albert Camus es el autor de la frase más citada por aquellos que suelen defender al fútbol de sus detractores: «Después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol». En 1930 Camus era el arquero del equipo de la universidad de Argel. Y atajaba no por vocación sino por extrema necesidad. Su familia era muy pobre y desde niño se acostumbró a jugar sin patear para no romper los zapatos. Cada noche su abuela se los revisaba cuidadosamente. No estaban en condiciones de comprarle otros.

Fútbol y alegría se mezclan. Porque un pibito en el lugar más pobre del planeta solo necesita de una pelota para poder ser feliz y esa felicidad, para ser completa, necesita de un otro.

Fútbol y deseo se mezclan. Eso aprendió Sebastián Domínguez desde muy pequeño. Él tuvo la suerte de no tener que cuidar el calzado cada vez que se prendía en un picado pero como el gran Camus aprendió a ser generoso. Corrió, saltó y cabeceó en función de ese deseo que lo llevó, con el paso de los años, a ser campeón en casi todos los equipos donde jugó.

Sebastián Domínguez es buen jugador y buena persona. Hoy se impuso un nuevo desafío. Contar historias vinculadas al juego que más conoce y disfruta.

Yo estoy aquí, un lector más en esta inmensa tribuna, para alentarlo.

REYNALDO SIETECASE



Recibe el balón perfilado, como siempre.

Puede cerrar sus ojos en este instante y adivinar exactamente qué posición ocupan los veintiún jugadores restantes.

En milésimas de segundo, quedan atrás el «Galgo» López y el «Diablo» Herrera. Enfrente, el único jugador que se interpone entre los centrales y él es el «Perro» Rodríguez. Sabe dos cosas sobre este experimentado volante tapón: una, es lento, y dos, está amonestado. Deben ganar y restan solo tres minutos. Justo ahí, en esa certeza, chifla el «Hueso» con su siete flameando en la espalda. Juntos, ensayan una combinación de pases perfectos, dejando al «Perro» como una estaca, mirando cómo la camiseta número diez se aleja a toda velocidad. Sin embargo, lo más difícil aún no está resuelto. Cerca del área, los sanguinarios hermanos Ledesma aguardan pacientes. Ambos se relamen esperando su oportunidad de hacerse del balón y, si es posible, de alguna tibia.

Por suerte, el «Hueso» no se desentiende jamás de la jugada y, otra vez valiente, corre a la par del «Diez». Hace de señuelo y acelera tanto como puede. Manuel evidencia por qué es el «Diez», amaga el pase y se guarda la pelota. Inmediatamente, el más joven de los Ledesma interpone sus noventa kilos y se lleva puesto al pobre «Hueso» tras la falsa pared ensayada.

Ahora, más lúcido que nunca, Manuel pisa el área, elige un palo y una tribuna donde festejar. De repente, un estallido se lleva pierna, pelota, todo. El más grande de los Ledesma nunca lo había perdido de vista... penal.

Da dos giros completos sobre sí mismo. Permanece inmóvil. A catorce mil kilómetros de distancia, su madre, la «Vicky», se pega al televisor. Sube al máximo el volumen y le pide que se levante como si a través de la pantalla él pudiera oírla. El miedo la abraza, pero sabe que su hijo es fuerte.

Cuando el carrito finalmente se dispone a entrar, Manuel trata de erguirse. El aroma a césped húmedo lo inunda y una electricidad atraviesa su cuerpo. En un instante, comprueba que está perfecto y que ya nada le duele. Ajusta la cinta a su brazo izquierdo y mira hacia el banco. Con el pulgar hacia arriba, avisa que puede continuar. La popular, mientras, estalla.

Con sus manos empapadas de responsabilidad, acomoda la pelota como siempre, con el pico hacia adelante. Cuenta tres pasos hacia atrás y dos a su izquierda.

Detrás del arco, el ayudante de campo rival ensaya todo tipo de señas intercaladas

con una previa y corta lectura de un papel minúsculo. Luego, intercambia una palabra con el arquero.

Intenta relajarse. Puede sentir el peso de las noventa mil personas eufóricas sobre sus hombros. Algo gritan sus rivales detrás. No alcanza a interpretar qué. No importa. En ese momento ya ingresa en el trance propio de su concentración. No obstante, en un raptó de temor, hace foco en las cábalas que había recordado para llegar a esta final. Todas están en perfecto orden: bajar último del bus, ingresar con su pierna derecha al campo en ambos tiempos, envolver su dedo anular izquierdo para evitar sacarse su anillo que tanta suerte le trae siempre.

Perfecto. Todo está chequeado y listo.

El pitido del juez activa su instinto. Corre desandando los cinco pasos previos en tan solo dos. Golpea el esférico a tiempo y con la violencia justa. El arquero sale disparado al mismo palo que había señalado anteriormente. La pelota flota sin turbulencias y entra mansita por el medio del arco. El uno rival mira desparramado desde un palo cómo el balón lo engaña y se posa suavemente en la red. El estruendo inmediato del público hace que la foto esté completa.

Una marea humana atropella al héroe. En segundos se transforma en una montaña y él está en el centro. Apenas puede respirar. Escucha llorar al incondicional «Hueso»:

—¡Estás loco! ¡La picaste! —celebra su amigo.

Alguien lo golpea en la mejilla. No distingue quién. Le pregunta si se encuentra bien. Otro *shock* eléctrico, casi idéntico al anterior, lo sorprende.

De a poco, sus compañeros comienzan a incorporarse. Él se pone de pie último, mira el estadio repleto, piensa en su madre y, humilde, regresa trotando hasta el círculo central con su mano en alto como si haber convertido lo llenara más de vergüenza que de orgullo.

Las sensaciones de ahogo y de náuseas no cesan. Se reanuda el juego y, tras un par de toques intrascendentes, se desata la locura. El Real F. C. es campeón.

Manuel rompe en llanto. Primero se arrodilla, pero a continuación se desploma sobre el colchón de grama verde intenso. Por segunda vez, el olor a césped húmedo lo empalaga y otro sacudón súbito lo trae del goce a la preocupación. Insistentemente, el malestar caprichoso lo acorrala. Una mano en la espalda lo ayuda a levantarse.

—¡Vamos, capitán! —Lo alienta el «Hueso»—. ¡Vamos que falta lo más lindo!

Los agasajados llegan al escenario de premiación y reciben su medalla sobre una estructura, similar a un pasillo, montada cerca del círculo central. El equipo subcampeón, abajo, y con los hermanos Ledesma a la cabeza, aplaude a desgano. Poco a poco, sus compañeros van haciendo espacio para formar una especie de corredor. Manuel, como capitán, debe alzar el trofeo.

Con las manos aún hechas sopa, toma la copa. Siente su peso y hace una pausa. Después, la eleva lo más rápido que puede. El ruido es ensordecedor. Dos cañones inmensos disparan papeles de distintos colores metalizados. El trofeo va de mano en

mano y miles de *flashes* iluminan el camino del campeón. La vuelta olímpica se queda con el último resto físico de los jugadores que, entre risas, lágrimas y abrazos, encaran el túnel con su capitán a la cabeza.

Ya dentro del vestuario, Manuel se encarga de felicitar uno por uno a sus compañeros, a los utileros y, finalmente, al cuerpo médico y técnico. Otro espasmo de dolor idéntico a los anteriores lo alerta. Trata de ignorarlo y, en segundos, las náuseas se detienen. Van llegando los directivos, todos sacando pecho como si ellos hubiesen jugado el partido.

Tras unos minutos, el capitán decide reunir a los presentes y les agradece el empeño, el valor y el coraje con los cuales transitaron todo el camino hasta este partido. Los festejos parecen interminables, aunque, de a poco, fatigado por el esfuerzo y por la celebración, el plantel encara hacia las duchas. Todavía faltan la atención a la prensa y la clásica recorrida en colectivo por la ciudad.

Manuel se toma su tiempo: entre el cansancio y la sensación de haber cumplido el objetivo, ya nada le importa demasiado. Su ritual es siempre el mismo. Se retira último del vestuario sí o sí. Mientras se termina de poner las zapatillas, el «Hueso» lo apura:

—¡Dale, hermano! ¡Mirá que nos vamos en el micro y te dejamos! Después te quejás de que no estás en ninguna foto.

El capitán abandona los vestidores y se dispone a realizar la rueda de prensa. Se para frente a las cámaras y está listo para responder a la primera pregunta... Pero no lo logra.

Instantáneamente, cae como si su cuerpo fuese de gelatina, sin huesos ni músculos. Cae, sigue cayendo.

El aroma del césped húmedo entra por cada poro de su piel. Otro golpe idéntico al de la montaña humana (postgol) lo pone en alerta nuevamente. Está en el campo de juego.

Una voz conocida pregunta.

—¿Estás bien?, ¿pido el cambio? —dice el doctor.

—¿Dónde estamos? —interroga Manuel, aturdido.

—¿Sabés dónde estamos? —Repregunta el doctor.

—Mmm... sí. ¡Es la final del mundo y somos campeones! —contesta, disimulando el dolor en todo el cuerpo.

El doctor hace una pausa en el examen. Manuel, de nuevo, pregunta qué pasa. Mientras tanto, ve cómo se aleja por la línea final el mayor de los Ledesma.

—Ese burro te cruzó, tarde para variar —dice el «Hueso» mientras agarra una botellita del bolso del médico y señala al jugador que se aleja del campo.

—¡Lo echaron! —Le aclara su socio y amigo con la boca llena de agua, tras hacerse un buche.

Manuel, aún confundido, intenta levantarse. El doctor lo ayuda a recuperar la vertical, la tribuna lo recibe con un estallido. A catorce mil kilómetros de distancia, su

madre, la «Vicky», suspira aliviada...

—¡Me hiciste asustar, che! —Confiesa el doctor antes de dejar el campo de juego para volver al banco.

—Tranquilo —responde el capitán, ya un poco mejor.

Manuel mira a su alrededor. Todo le parece familiar. El «Perro» Rodríguez le incrusta los ojos con furia. El arquero le hace un ademán y le avisa que ya sabe dónde va a patear. Detrás del arco, un ayudante de campo rival hace gestos mientras mira un papelito minúsculo y cada tanto le grita algo a su arquero.

Tiene las manos empapadas y la boca seca, a pesar de que bebió agua mientras lo atendían. Sus nervios pasan solo por haber vivido ese momento hace nada y por estar ahora exactamente donde todo comenzó.

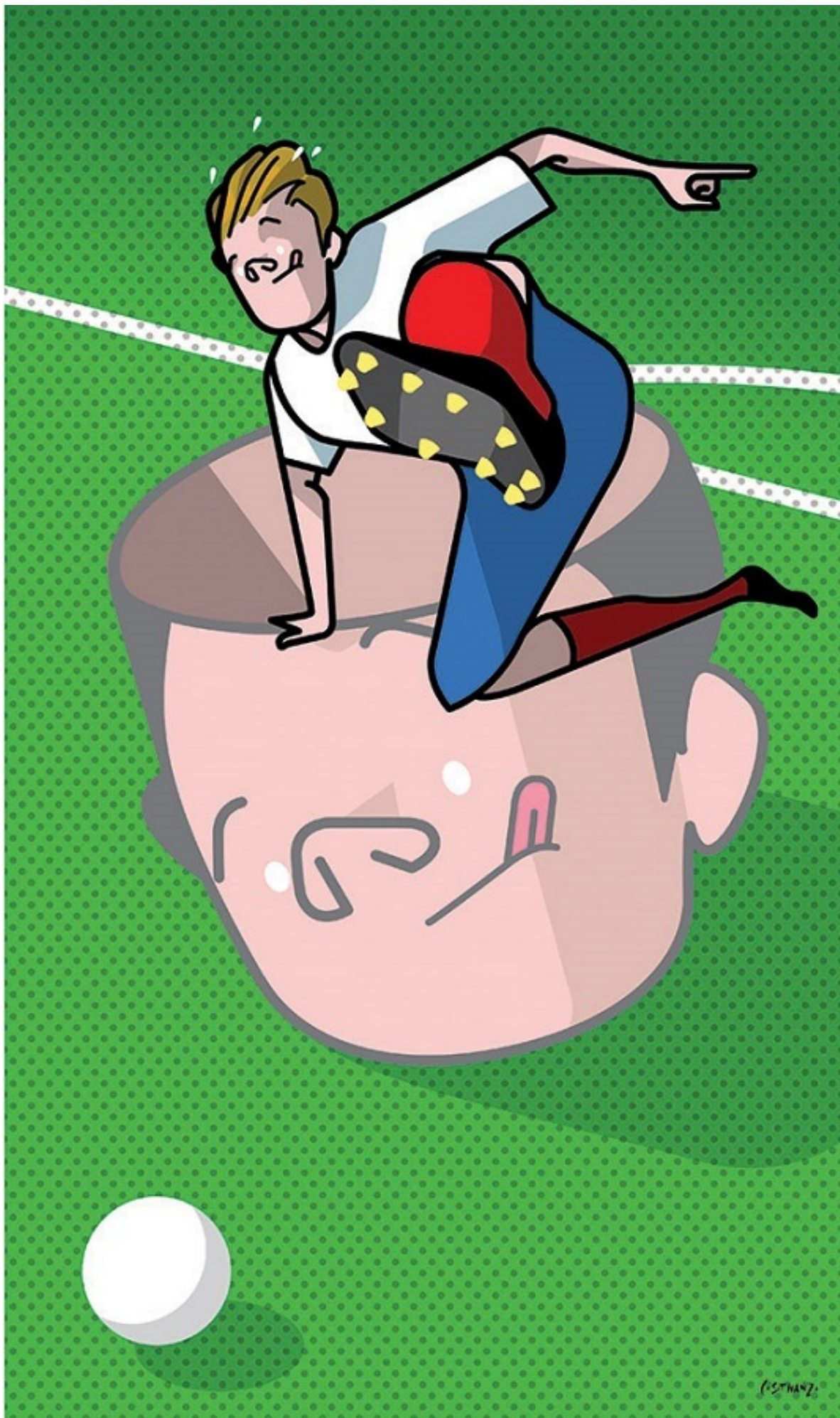
El «Hueso» se acerca con la pelota y, al dejársela en las manos, le cuenta que se dio un golpazo tremendo. Que estuvo casi un minuto grogui pero que «al toque» se repuso.

Ya dispuesto a ejecutar el penal, puede escuchar algo que gritan los contrarios desde más atrás.

Acomoda el pico de la pelota para adelante y respira hondo. Hace tres pasos hacia atrás y dos a su izquierda.

El pitido del juez libera a la bestia. Con dos pasos cubre los cinco previos. Golpea la bola a tiempo, con la mezcla de suavidad y violencia adecuada. Mientras el balón viaja a gusto por el aire, su madre reza entre lágrimas, el «Hueso» se contiene para no invadir el área antes de tiempo. En las tribunas, ambas hinchadas ahogan el grito en un instante. El arquero se desparrama contra un palo.

Manuel cierra sus ojos. Sabe que en una misma noche puede ser bicampeón.





OPYO

AGUSTÍN LUCAS

PRESENTADO POR:

MINTXO

ILUSTRADO POR:

BRUNO FOSSATTI IGLESIAS

Con la personalidad de un back, muchas ocasiones devenido en férreo volante central, con la cinta de capitán como señal de mando abrochada a su brazo izquierdo, Agustín Lucas, caudillo oriental en este partido con pelota de papel, narra una historia que nos permitirá recuperar el asombro. Su prosa, siempre al compás de la libertad expresiva por su condición de poeta, (re)construye las tensiones existenciales entre la vida y el fútbol, entre las oportunidades y la fantasía.

Compone desde lo subjetivo. Ahí está el poeta, el hombre. Pero también cuestiona, fuerte como un tranque que no se puede escapar, y pone al lector en situación de juego. Es un relato sobre gente común que dejará, de principio a fin, la libre interpretación de cuando la historia no escatima en deseos, en pieles frescas, adolescentes. ¿Quién les da destino a las chances desperdiciadas cuando el joven corazón se activa en todos lados: en el área chica, en la grande, en la medialuna de la comisura de una sonrisa, en el palpito de los sentimientos inexplicables, en la ansiedad del penal y gol? ¿Es gol?

Con puentes que unen las dos orillas, Lucas, fiel a la escuela de barrio, devuelve una pared mágica que inició Osvaldo «Gordo» Soriano: los jóvenes ponen la atención en dos cosas: en las alineaciones completas de cualquier equipo, suplentes incluidos, y en el desesperado amor por una chiquilina. Es decir, en el primer corazón que nace, en el primer aspirante al querer. Cuando adolescente, en el borrador de la vida, siempre se es todo.

A dónde mirará el *crack* cuando despierte es difícil de aventurar. En el camino, los monstruos de mil cabezas con sus nostalgias o sus gozos. La mejor forma de proteger lo que se desea, ¿es compartirlo? De eso se trata, de rastrear un lugar donde poder soñar.

MINTXO



¿De qué hablamos cuando hablamos de fútbol?

Es cierto que las historias de amor son la sal del hombre. ¿Es cierto que las historias de amor son la sal del hombre? De todas maneras esta no es una historia de amor, es una historia de fútbol. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de fútbol? ¿Y de amor? El casamiento resulta ser una barbarie. O sea, el protocolo nupcial al que se somete el ser humano es en general una barbarie, un desperdicio de dinero o un dinero malgastado. Un juego de caprichos y rituales religiosos, ceremoniales, de ancestros. Somos bárbaros sin embargo, y sin embargo ahí en esa ceremonia eclesiástica y farandulera estaba ella, que a los diecisiete pensaba muy distinto a mí (y yo en ese entonces también pensaba muy distinto a mí ahora).

La bola de espejos gira lerda. Allí se reflejan nuestros derroches en la pista como en un mosaico que nadie alcanza a descifrar, por las luces, la cumbia y el alcohol. Las bolas de espejos son como los ojos de las moscas. Casi con el mismo asco. Las luces se refractan hacia un mundo de sombras y humo. La gente delira, los trajes se repiten, los vestidos se escotan. La gente suda. Los vasos se rompen y Gilda revive una vez más.

Pero antes del jolgorio de la jauría entrajada y luego de los padrenuestros, está todo aquello de ubicarse en mesas que alguien predestinó para ti junto a una decena de tipos y tipas que pueden ser conocidos, hasta amigos, pero que también pueden ser desconocidos, agrios, imbankables. En este caso ella y sus amigas revoloteando tras el *champagne*, ella y sus diecisiete en el balcón lujurioso del escote, con su adolescencia en los cachetes blancos dispuestos a enrojecerse y a esconder el rojo de la vergüenza con la vergüenza misma, con la ternura del platonismo más puro, con las ganas de amar enrojeciendo también los ojos, tanto, como los paraguayos prensados que perfuman el patio.

Por esas causalidades de las mesas, él se refirió a ella con ingenuidad. Le había llamado la atención que fuera uruguaya, cuestión que había tocado de oído en una conversación difusa, aturdida por parlantes y saladitos con pretensiones de exclusividad. Ella asintió con una sacudida de melena mezcla de hippismo y aristocracia de izquierda. Sus amigas rieron y escucharon atentas la superflua conversa. La codearon sin disimulo. Le hicieron gestos que sacados de contexto podrían parecer obscenos, pero que en la realidad respondían a la histeria que generan los jugadores de fútbol en las mujeres (y también en los hombres). La buena onda y la

ostentación tiran paredes por la noche. Los gatos pardos se parecen a nosotros mismos. Hay cada vez más muertos en el ropero, y hay noches, las más negras, en las que ahí dormimos directamente. Se enteró de que el pibe jugaba en San Lorenzo de Almagro sentada en el asiento delantero de lo más parecido al Batimóvil que vio en su vida. Sus amigas bajaron nerviosas apenas la nave aparcó, y ella le negó minutos después, sin demasiada sutileza, un intento por besarla en la boca que hubiese derretido a más de una. Sus amigas no encontraban consuelo. La escasa sutileza que rozó la brutalidad tuvo que ver con el prejuicio: una chica como ella, de un liceo inglés de Pocitos, con inquietudes artísticas y casa en Piriápolis, no podía darse el lujo de perder el tiempo en las conversaciones vanas de un futbolista.

El timbre sonó tres días después cuando los vestigios de la noche aún eran novedad en los recreos largos. Ella atendió el portero eléctrico de una casa ajena y sola en Buenos Aires con la extrañeza de quien no espera a nadie, y la ansiedad de recibir un ramo de rosas caras de manos de un empleado fragante de florería, con una tarjeta aniñada y una invitación con su nombre del pibe famoso que todos veneran. Bajó las ganas por Ruffini y aceptó confusa y acelerada con certidumbres y dudas propias de los diecisiete, con las ganas del entorno más que de ella misma y contando las horas para volver al paisito, al siempre certero 121, a la rambla y la puerta del liceo, esos mundos ingobernables donde empiezan a liberarse el sexo, los vicios y la amistad.

No sabía nada de fútbol, menos aún de autos, pero el Batimóvil estaba reluciente aquella tarde y el pibe de barrio que la descose por TV le fue entrando con tierna ingenuidad y pasta de campeón. Pasearon en el Batimóvil hasta una canchita donde los amigos de ella peloteaban. El partido se frenó sin más, se olvidaron de los descuentos, de que el que metía el gol ganaba, y se abalanzaron los pebetes sobre el *crack* con el amor de un hincha que es un amor verdadero. Ella no salía del asombro. Era la única de todo el enjambre enérgico a la que aquel pibe no le generaba más que el rubor inminente al que sus mejillas estaban dispuestas porque el cuerpo reclama. El miedo a lo desconocido del cuerpo del otro puede paralizar, hacer temblar, divagarse por un rato en una conversa nerviosa que no va en los hechos a ningún lado, pero que viaja por el abanico de chances de la fantasía, ese invento creativo que está desde el huevo o la gallina, que a veces nos enferma, pero que es también el motor del alma.

Una vuelta más. Buenos Aires es una mezcla tanguera entre las luces del centro y las lunas del suburbio. Montevideo es un poco más húmeda. Él se obsesiona buscando emisoras que la satisfagan (los discos de cumbia prefiere ni sacarlos de la gaveta), habla del partido que pasó o del que viene. Ella relata una obra de teatro que está leyendo, de vez en cuando interfiere con el índice el tablero del Batimóvil y encuentra eso intermedio que amaina la incomodidad de algunos ratos: un rocanrol popeado que empieza a cruzar el charco en son de trascender, una cumbita alegre, alguien que vocifera sobre Dios. Afuera el ruido de la calle, adentro el perfume de ambos como el bálsamo que quedará después de la despedida. Como gambeteando en

un rincón del Nuevo Gasómetro, él le roba un beso con osadía que afloja las barreras mentales, destraba los barrotes del cuerpo, abre las celdas de las comisuras. La lengua recorre la lengua del otro con timidez. El habla con distinto canto calla. Ese ruido de achuras frescas invade la nave hasta que uno de los dos sube el volumen de la radio. Son minutos donde las bocas hablan sin palabras, tan cerca, tan adentro del decir del otro, divulgando entre alientos intensos lo que canta el cuerpo. Ella se estremecerá cuando las manos de él asalten su blusa. Él la tranquilizará con carpeta. Ella se dejará ir con la humedad y sostendrá la escultura de sus piernas deportivas, luego su entrepierna creciente. Él la desnudará a medias, el aire acondicionado hará el resto. Ella envolverá aquel miembro lampiño con sus dedos, sacudirá las vergüenzas llegando a la cima, se trepará atrevida al asiento reclinable del Batimóvil. Él será un superhéroe con cierta inseguridad. Cuando la penetre no podrá evitar el canto de la tribuna en su mente. Los cuatro ojos penderán del techo del auto, y será un ratito nomás, con la intensidad necesaria para no verse más nunca. Ambos mentirán en los cuentos de vestuario y camarín.

Están acostumbrados a diferentes escenarios, ambos teatros, uno silente, el otro eufórico y gritón. Uno para entendidos o inquietos, el otro para las masas en pos de un pretexto para reír o llorar cada domingo y echarle la culpa al árbitro de todos los quilombos cotidianos. Ella saliendo de los quince, anhelando los veinte. Él criado en vestuarios, acostumbrado a los cuerpos, cortejada su juventud por hembras hambrientas de gol. Ellos dos, los reyes de la cumbia^[1]. La cumbia une. El fútbol ¿también?

Las flores pasaron el control de la aduana tan solo porque él puso cara de figurita. El álbum se llenó de fanáticos y ella se deslizó confundida con la parsimonia mecánica de la escalera. Buquebus anuncia la partida. Él, entre *flashes* y manoseo, la ve irse, piensa que es tristeza pero es melancolía. El obsequio conquistador previo a la partida fue un disco de Pablo Milanés que ella hasta el día de hoy —saliendo de la crisis de los treinta— aún escucha. «Espero que te guste el presente y mucho más el futuro que tengo para darte», escribió él en el dorso del disco. A los pocos días debía partir a Alemania a vestir una casaca en otro idioma, a seguir gambeteando universal. A estar solo. A no entender más que el gesto de las puteadas, la sonoridad del «te llevan», «pasala», «salimos».

¿Qué necesita un hombrecito de veinte años que es ídolo en su club y toma por primera vez un avión para seguir deleitando en otro idioma a otra gente lejos de casa? Quizás una madre. Una madrecita digamos. Una compañera en el mejor de los casos o el cable a tierra de una joven mujer que sabe poco de fútbol y algo de arte. Pero no. Ella dirá no. Él la seguirá llamando desde la pulcra soledad de un apartamento a estrenar, un *shopping*, un nuevo Batimóvil made in Germany. Hasta que un día ella no lo atiende más. Y la soledad sea aún más negra, curada en tribunas coreando su nombre, en camisetas con su apellido en las espaldas de los pibes rubios del viejo continente. Él seguirá entonces su rumbo de fama y dinero. Seguirá siendo el pibe de

barrio en un mundo de gente seria, de empresarios y agentes, contratos hechos y deshechos, millones que ni siquiera sabe escribir. Extrañará su casa, la esquina, el potrero. Ella crecerá sobre las tablas del Río de la Plata, metiéndose en nombres y gestos, parlamentos y guiones, amores siempre. Recordará los rostros de los que hubiesen sido sus suegros, tatuados en el pecho de él. ¿Habrá zafado de gozar mirando los ojos de ellos desde la jineteada voraz de los casados? ¿Habrá dejado ir a la estrella que completaría con simplezas famosas su carácter pasional tras bambalinas? Él crecerá por televisión. A ella nunca le perdonarán haberlo dejado ir casi sin conocerlo. Sin un autógrafo siquiera. ¿Qué importan los sentimientos cuando hay autógrafos?





EL LOCO DEL PUEBLO

FERNANDO CAVENAGHI

PRESENTADO POR:

WALTER VARGAS

ILUSTRADO POR:

TUTE

Con menudos temas se ha metido Fernando Cavenaghi.

La noción del loco que trasciende las categorías psiquiátricas y cobra complejidad y nitidez según prescriben cada geografía y sus convenciones. En el pueblo que describe el cuento que nos ocupa, el loco, más bien el «Loco» devenido nombre propio, contiene la presunción de rareza pero también la mirada integradora, piadosa, cariñosa. La capacidad de soñar. La fuerza del sueño como fecunda medida de integración entre dos mundos: el que se abre paso entre las brumas del pasado y el que pulsa en la certeza del presente. El Hombre es el único animal que sueña despierto y cada hombre es la medida de sus sueños, sea en la alfombra mágica de un deseo escrito en el horizonte, sea en el tamizado eco de un tiempo que fue hermoso.

Entre el «Loco» y la gracia del sueño, del soñar, del volar en el vuelo enamorado de la vida, el fútbol, pero no ya el fútbol como mero ritual subordinado a un puñado de normativas, sino el fútbol como antídoto del dolor o, lo que es lo mismo, como suelo, pulpa y sustancia de la alegría: el colmo del amor.

Debo confesar que el célebre enunciado de que se juega como se vive me ha sabido menos consistente que poético. Sin embargo, ¿de qué estamos hablando sino de una historia poblada del indispensable néctar de la poesía? Del decir poético que parte por la mitad el fruto de los sentidos y sale a compartirlos a manos llenas. Me rindo: he aquí, sí señor, una luminosa expresión de concordancia. Fernando Cavenaghi siente y escribe como juega y nos regala un hermoso pase a la red.

WALTER VARGAS



¿Quién iba a imaginar que el «Loco», como lo llamaban en el pueblo, guardaba un secreto? ¿Quién iba a suponer que ese hombre entrado en años, alto, elegante, de una mirada triste, con su cara arrugada de tantos otoños atravesados, con su ropa de trabajo tan desprolija como la barba que cubría su rostro, escondía algo que para muchos de los jóvenes habitantes de ese pintoresco y tranquilo lugar era desconocido? ¿Quién iba a intuir que esa vida cambiaría inesperadamente de rumbo?

Igual que en miles de pueblos, en ese, en el del «Loco», cuando las campanas de la iglesia sonaban seis veces se desarrollaba un ritual. Esas seis campanadas indicaban la hora en la que los trabajadores de la fábrica regresaban a sus hogares después de una larga jornada de trabajo. Algunos caminaban, otros avanzaban en bicicleta. Salían uno detrás del otro, en grupos grandes o de a dos, charlando, sonriendo, a través de un trayecto idéntico hasta llegar a la plaza, el punto en el que se desparramaban hacia cada casa.

Esa tarde, la llovizna apuraba los pasos. Era uno de los días más fríos del otoño, un día que se esmeraba en anunciar el invierno que vendría. Con ese clima, ni los perros andaban. La pintoresca placita había quedado rápidamente desolada. Pero ahí estaba el «Loco». El «Loco», que cruzaba por el medio de la plaza para acortar la vuelta a su vivienda, en un viaje diferente que el de siempre. Porque el «Loco» tenía un «siempre» en ese andar: siempre su recorrido incluía hacer las dos cuadras y no acortar nada con el cruce. Quién sabe: tal vez siempre pretendía estirar el tiempo.

Mientras caminaba, pisaba las hojas de los árboles que el viento había desprendido de sus ramas. Algunas, húmedas por la llovizna, hacían un ruido particular, que asustaba a los pájaros que habían buscado refugio entre los troncos desnudos. Marchaba con pasos lentos, cansinos, los pasos de un individuo resignado, con pocas esperanzas. Se movía tan abatido que sus piernas y su cintura hasta le avisaban que, a pesar de lo poco que le faltaba, necesitaba un descanso.

Levantó la vista y enfocó, cerca de la antigua calesita en la que tantas vueltas había dado de chico, al banco de madera que en mil ocasiones había funcionado como su escalera para treparse a los árboles y para sorprender a los pájaros en sus nidos. No lo pensó dos veces. Se dirigió hasta ese sitio, aunque no para sentarse ni, mucho menos, para utilizarlo como escalera sino para recostarse y poder tomarse ese reposo impostergable que le exigían los músculos. Bastaba con mirarlo para captar que se sentía en el ocaso de su vida, sin ilusiones y con la tristeza de creer que todo

estaba perdido. Más o menos tan perdido como desde el día en el que una tragedia familiar, un accidente de los peores, lo había dejado huérfano de todo. Difícil que a alguien se le pasara por la cabeza que alguna vez había cumplido un sueño.

Y en ese momento sucedió lo que nadie hubiera ni imaginado ni supuesto ni intuido. Al «Loco» le alcanzó con un acto corriente para conseguir lo inesperado: cerró los ojos. Los cerró para ver. Y se vio.

Vio claramente a aquel niño que era jugador del equipo del barrio, al mismo que brillaba detrás de un sueño que lo mantuvo vivo en la infancia entera, al chiquito que, justo por ese sueño, se sentía contento en cada minuto. ¿Cómo olvidar a los amigos, los torneos, los viajes interminables hacia otros pueblos y hacia otras ciudades? ¿Cómo no recordar toda esa felicidad?

Le pasaron tres cosas.

Primero, lloró.

Enseguida, quiso regresar el tiempo atrás.

Y después no lloró y sí se hizo dueño del tiempo. Porque su sonrisa se empezó a dibujar más allá de todo, porque ya no había lluvia, porque el sol comenzaba a asomar, porque el frío desaparecía, porque los pájaros encantaban el paisaje con sus trinos. Porque ni sus piernas ni ninguna de las partes de su cuerpo tenían cansancio. Porque, aunque estaba en la plaza, ya no estaba más en la plaza.

Corría el «Loco», aceleraba para el centro de la cancha. Vibraba y hacía vibrar en esa final en la que se convertía en partícipe del primer y único título de su querido equipo de pueblo. Maravilloso equipo ese, con sus camisetas rojas, negras y blancas, una identidad para él y para sus compañeros, Tito, Rolo, Juanjo, Lucas y Ramiro, que ya no solo iban y venían cerca suyo entre un arco y el otro. El «Loco», con los ojos cerrados, sentía la frescura de poder abrazarlos y revivía esos momentos como si transcurrieran en el presente.

Eran abrazos que hacía mucho mucho, no sentía. Allí gozaba de su hazaña: un gol de taco tras eludir a un defensor y al arquero, el grito y todos los abrazos de sus compañeros, los aplausos de la tribuna plena que acompañaba al equipo y, sobre todo, ser el jugador más decisivo y levantar la copa de aquel anhelado torneo de barrio.

No permaneció recostado demasiado tiempo, pero para el «Loco» eso duró una vida y seguro significó el encuentro con los momentos más luminosos de su niñez.

Sintió una mano que lo tocó. De un salto, se puso de pie. Era un compañero de trabajo, que, al tropezarse con esa escena y en ese lugar inhóspito, se arrimó para ver qué le ocurría. El «Loco», ahora con los ojos abiertos, lo miró tranquilo y le habló:

—Lo mejor de la vida es soñar y, a pesar de que los años se van, los sueños nos acercan en tiempo y en distancia.

El compañero lo miró asombrado. Quizás no comprendía lo que el «Loco» decía. «Será alguna más de sus incoherencias», interpretó. Los dos continuaron su camino.

Cuando llegó a su casa, se topó con su realidad habitual. Sin embargo, esta vez a su corazón no lo invadió la tristeza. Pensó de otro modo sobre ese sueño que la vida

le había arrancado de pequeño, cuando las desdichas del destino desplazaron a la fantasía de ser jugador de un equipo de los grandes. O sea, cuando el «Loco» se transformó en un hombre incoherente, en un loco, para aliviar su dolor.

¿Quién iba a imaginar que el «Loco» guardaba un secreto, ese secreto? ¿Quién iba a intuir que su vida cambiaría de rumbo? Pero eso fue lo que aconteció. Las memorias y las alegrías de la niñez, tanto tiempo reprimidas, reaparecieron. Y reaparecieron bien.

Eso sí, desde entonces, quienes desfilan por la plaza del pueblo se encuentran con la misma imagen todas las tardes. Es el «Loco», que se acerca hasta el banco de madera y se recuesta un rato. El secreto dejó de ser un secreto. Ahí vence al tiempo y a la distancia. Sueña y es feliz.





HOLA Y ADIÓS

ÁNGEL CAPPA

PRESENTADO POR:

MARIO DELGADO APARAÍN

ILUSTRADO POR:

SERGIO LANGER

A quienes amamos el fútbol, nos encantan (del verbo fascinar o algo por el estilo), las historias de los viejos *cracks*, en particular las de aquellos que han protagonizado — como ocurre con algunos boxeadores legendarios— una historia triste que los llevó una madrugada a pegarse un tiro en el círculo central de una cancha desierta, a hundirse en un mar de alcohol en la periferia de una ciudad desconocida o simplemente desaparecer en el último tren de la noche para no volver nunca más, como ocurrió con el «Chiche» Espejo en el magnífico relato de Ángel Cappa, contado con un tan secreto sabor a autobiografía fallida, que dan ganas de llamarlo por teléfono a donde quiera que esté, para preguntarle al veterano jugador del Villa Mitre qué hay de cierto en todo esto. En realidad, no importa. Consciente de que todos los veteranos de guerra tienen una buena historia para contar sobre sus antiguas batallas, Ángel Cappa no solo ejerce el hábito de leer sino que tiene descubierto que todos podemos escribir una buena historia, como ocurre aquí con la conmovedora revelación de lo poco que se sabe de la existencia del «Chiche» Espejo.

MARIO DELGADO APARAÍN



Que el letrista no se olvide de cantarle a los *cracks* que no llegaron.

JAIME ROOS

Cuando esa noche el «Chiche» Espejo entró al boliche de siempre en Parque Patricios para comer algo, era otro tipo. Por la tarde le había cambiado la vida. Había debutado en la primera de Huracán enfrentando a Boca y marcando a Cucchiaroni. Se sentía feliz. Se sentó solo en la mesa de siempre y los mozos lo rodearon para preguntarle cosas del partido. No era de hablar mucho el «Chiche» y apenas contestaba con monosílabos. Le daba un poco de vergüenza verse tan halagado. Pidió un bife con ensalada y el vino de la casa. Estaba comiendo y leyendo el diario que le había acercado uno de esos mozos, donde había una fotografía suya tapándole un pase a Cucchiaroni, cuando escuchó la voz del «Cata» Domínguez.

—«Chiche»..., ¿qué hacés acá?

Los dos amigos se saludaron con un abrazo largo, contentos de encontrarse.

—Llegué hace un rato —explicó el «Cata»—, mañana descargo el camión y me vuelvo a Bahía.

Se conocían de pibes. Los dos jugaban en las inferiores de Villa Mitre, pero el «Cata» lo dejó para laburar en Rutamar, donde ahora era medio capo.

—Contame —pidió el «Cata»—; venía escuchando el partido en el camión. La rompiste, dijeron los periodistas.

El «Chiche» le contó todo. Con detalles. Cada jugada. Ahora sí. Había debutado en el fútbol grande y tenía un amigo enfrente para compartir semejante alegría.

—De entrada, estaba un poco nervioso —dijo el «Chiche»—, pero después fui agarrando confianza y al final es igual que en Bahía. Hay más gente, nada más.

El «Chiche» Espejo era un lateral fino, elegante, vivo, rápido, que manejaba la pelota como un delantero y que vivía amagando. No daba una patada. Quitaba con limpieza y salía jugando con una calidad increíble. Los de Huracán lo vieron en un partido que jugaron en Bahía contra la selección de la Liga del Sur. Al principio no quería ir. Después lo convencieron y estuvo como dos o tres meses jugando en Reserva. Decían que lo estaban poniendo a punto físicamente y, de paso, se iba adaptando. Vivía en la cancha. En la concentración. Ahí tenía una piecita.

—Me quería volver —confesó el «Chiche»—, nadie me daba bola. Aparte, ¿sabés lo que es vivir en esa pieza? Menos mal que la cosa fue cambiando poco a poco. En

los entrenamientos anduve bien. Jugamos un par de partidos amistosos y también me fue bien, pero me ponen de 4 y vos sabés que yo soy 3.

Ese día que debutó también jugó de 4. En Bahía estaba todo el barrio prendido de la radio. Fioravanti dijo «el joven de Bahía Blanca tiene un gran futuro» y lo dio como uno de los mejores del partido.

—Che, «Chiche», ¡qué grande!, mirá vos... —decía el «Cata», admirado y feliz por la suerte del amigo.

Después hablaron de todo y especialmente de Villa Mitre, del barrio, de los amigos. El «Chiche» quería saberlo todo. También le preguntó por la «Titi».

—No sé, hace mucho que no la veo —mintió el «Cata», porque sabía que la «Titi» se había puesto de novia con un coso del centro, pero no le quiso decir nada.

Terminaron de comer y salieron a tomar un café en otro lado.

El «Cata» le dijo que tenía que irse a dormir temprano porque al otro día descargaban el camión a primera hora para seguir viaje.

—¿A qué hora te vas? —le preguntó el «Chiche».

—Y... a las 10, más o menos... no más tarde. Tengo que volver a Bahía, que hay mucho laburo.

Después del café se despidieron y el «Cata» le dijo que la próxima vez le avisaría por teléfono antes, así se encontraban y lo llevaba a algún partido.

Al otro día, sobre las 10, el «Cata» terminó de descargar, arregló los papeles en la oficina y, en la puerta del camión, se encontró al «Chiche» Espejo empilchado y con una valija en la mano.

—¿Me llevás? —le preguntó.

Y nunca más volvió a Buenos Aires.





EL PORTÓN DE LELIO

RUBÉN «MAGO» CAPRIA

PRESENTADO POR:

PAULA RODRÍGUEZ

ILUSTRADO POR:

ALEJANDRA LUNIK

Un portón con destino de museo es el protagonista de este cuento. Con —contra— él, Rubén Capria ensayó de chico los tiros al ángulo que —entre otros talentos— lo definieron como jugador. El relato imita una habilidad del fútbol, parece ir para un lado y define para el otro. Es un recuerdo de infancia, sí. Pero un toque al pasar, apenas, con el empeine (zurdo, claro), le da una dirección diferente a la evocación clásica, nostálgica, de un paraíso perdido.

Escribo estas líneas durante una práctica de treinta chicos sobreinformados de fútbol global hasta el detalle de soñar —una vez los escuché hablar del asunto— casarse con una modelo rusa con la que ir a recibir el Balón de Oro. Uno de los temas más transitados de las narraciones futboleras es que las metas de ahora no tienen el romanticismo de los sueños de entonces, cuando el futuro *crack* de Estudiantes, Racing, Chacarita y Newell's reventaba a pelotazos el portón del vecino. Pero aquello que sutilmente evoca el cuento sigue estando aquí mismo, donde desde hace horas unos pibitos no pueden resistir la tentación de pegarle a una botellita de plástico, tratando de embocarla no sé dónde. No lo sé porque mientras esquivo botellazos y les grito —como el vecino del «Mago»— que vayan a patear a otro lado, estoy tratando de concentrarme en lo mío. En descubrir la jugada oculta de Capria. El ángulo al que va a patearle con esta historia, que no es sobre el pasado, ni la nostalgia, ni el paraíso perdido. Al contrario. Este cuento es sobre la fuerza irresistible del desafío, sobre el deseo que nos impulsa al futuro.

PAULA RODRÍGUEZ



Se considera que las potencialidades en las personas son innatas y adquiridas. Partiendo de esa base, como muchas veces, el contexto ayuda a que las cualidades se potencien o no. ¿Por qué este razonamiento? Les cuento...

En mi querido General Belgrano, cuando a la mañana temprano me levantaba para ir a la escuela, mientras desayunaba el riquísimo café con leche con tostadas y mermelada que me hacía mi mamá, si bien la obligación de cumplir sin fallas con las tareas del cole era la tarea más importante, no puedo negar que mi cabeza siempre tenía un lugarcito sagrado que pensaba fútbol permanentemente. Así éramos, como tantos pibes de General Belgrano y de la Argentina: nos dormíamos con fútbol, nos despertábamos con fútbol, respirábamos fútbol.

Desde la cocina de mi casa, en diagonal, veía el portón de Héctor Guillén, el vecino de enfrente. Lelio fue una persona sensacional, autodidacta, supercálido y con una predisposición incansable para llamar una y otra vez a mi padre por temas del trabajo, por ser el privilegiado de la cuadra en tener línea telefónica. Un hombre de extrema amabilidad... hasta que escuchaba algún pelotazo en ese portón que transformamos en un hermoso arco con mi hermano Diego, mis primos y mis amigos.

Lo particular que tenía el portón-arco eran unos hermosos herrajes negros en los ángulos, ideales para apuntar claramente, para tener una referencia a la hora de ejecutar. Recuerdo el sonido de los hierros cada vez que le acertábamos, luego de tirar una y otra vez, y el dibujo con marcas imborrables de los gajos húmedos de la pelota en la pared blanca. Claro que cada acierto nuestro encendía la alarma para que Lelio saliera enojado de la cocina de su casa —que estaba al costado del garaje—, gritando que dejáramos de patear. Para nosotros, la señal de que él venía era el sonido del golpe del mosquitero castigando contra el marco de la puerta. Si escuchábamos eso, la consigna era clara y urgente: había que rajar o esconderse.

Técnicamente podría decirse que la situación nos desarrolló la parte sensorial, porque teníamos que salir rápidamente corriendo hacia el fondo de la casa de mis tíos, que estaba justo enfrente. Mis padres, tratando de ayudar en la situación y de evitar eventuales problemas con el vecino (que jamás existieron), nos pedían que fuéramos al paredón de atrás de mi casa a patear. Pero no era lo mismo. Ahí no veíamos el arco, los ángulos. La tentación de volver al portón y darles a los benditos herrajes era irresistible.

Ahí está la clave del asunto. Porque acaso alguien, inclusive alguien con buena

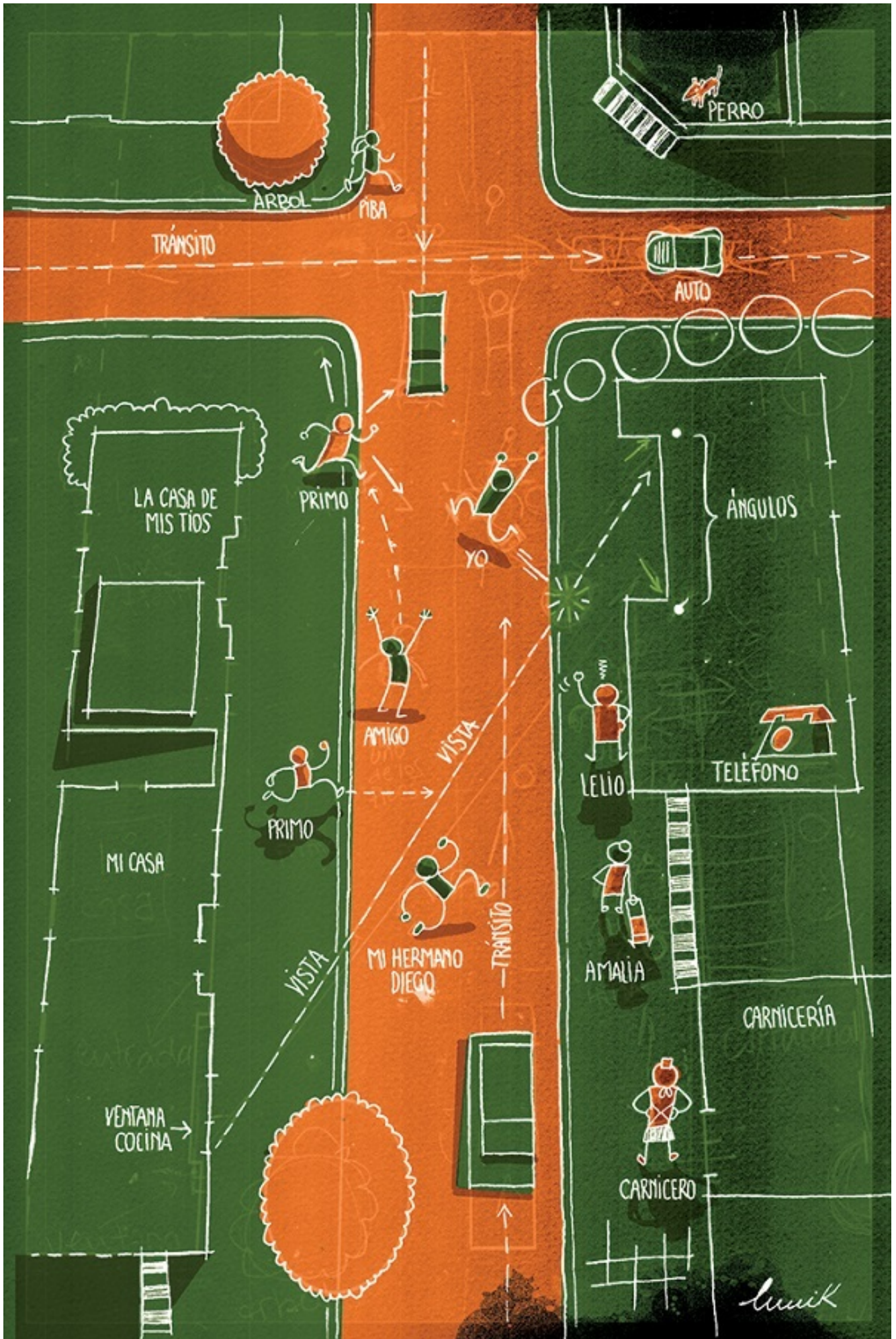
intención, interprete que molestábamos por molestar, que, de verdad, deberíamos haber ido a patear a otra parte y dejar de joderle el portón y la calma a Lelio. ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cómo evitarlo? Lo comprenderá cualquiera, chico o grande, que alguna vez haya tenido adelante ese paisaje y haya aprendido que no hay un paisaje mejor en el planeta: una pelota, un ángulo, un desafío, una fiesta posible. Realmente, si el fútbol durante un ratito no es eso, si la vida durante un ratito no es eso, ¿qué son, al cabo, el fútbol y la vida? Por eso, va de nuevo: la nuestra era una tentación irresistible.

Por suerte, no estábamos solos en nuestra causa. Teníamos la ayuda, mezcla de reto cómplice, de «Lolo», el carnicero que vivía en la mitad de la cuadra, y de Amalia, la esposa de Lelio, que nos decía con la calidez de una abuela que no hiciéramos tanto ruido. No reclamaba que dejáramos de jugar, tal vez porque los abuelos, se sabe, vuelven a sentirse jóvenes cuando ven a un niño jugar apasionadamente y disfrutar de ese juego. Las dos cosas se daban en este caso.

En aquellos tiempos no tan lejanos —quizás sí en el almanaque, pero de ninguna manera en mi memoria, que los atesora, los cuida y los distingue—, la gran ventaja era jugar literalmente en la calle. Y aquí va otra referencia inevitable, casi un modesto aporte a las teorías sobre el fútbol: tal cuadro de situación nos dio la posibilidad de desarrollar la visión periférica, ya que había que parar de jugar cuando venía un auto, una moto o un camión, con la consiguiente amenaza de que nuestro bien máspreciado (la pelota) muriera abruptamente aplastado. Y me pregunto entonces: ¿potencialidades innatas o adquiridas? Algún profesional seguramente encontrará la respuesta precisa. Yo simplemente digo que en el grupo habíamos aceitado los movimientos y el protocolo de «*stop*» cuando escuchábamos el ruido de algún motor. Es como aseguran los mejores pedagogos: el aprendizaje tiene muchos caminos.

Con el tiempo, los niños crecieron y terminaron siendo futbolistas. En mi caso, en el final de algún partido importante intenté compensar varios de esos enojos totalmente justificados de Lelio con el «gracias» a través de la prensa. A él, por la paciencia y por el aguante. Y a su portón, porque no tengo dudas de que, aun con esa apariencia fría e inmóvil, ayudó a calibrar la mira y la puntería de mi pie izquierdo.

Y, por si no hubiera resultado suficiente, va otra vez. Va todas las veces que haga falta. Desde el corazón y justo al ángulo: gracias portón, gracias Lelio.





ÁNGEL PARA UN FINAL

JORGE CAZULO

PRESENTADO POR:

RODOLFO SANTULLO

ILUSTRADO POR:

DIEGO BONILLA

No conozco personalmente a Jorge Cazulo, pero guardo dos frescos recuerdos futbolísticos de él. El segundo es muy reciente en mi memoria y en el tiempo. Habiendo ya leído —y quedado muy impresionado— «Ángel para un final», pesqué en la tele el partido por Copa Libertadores entre el Sporting Cristal y Peñarol (empate 1 a 1 para los que son estadísticamente curiosos) donde Cazulo jugó los 90 minutos. Tengo la manía de buscar jugadores uruguayos en equipos extranjeros y además acababa de leer su cuento, así que lo seguí cada vez que las cámaras tuvieron a bien mostrarlo. Fue un buen partido (de Cazulo, el partido en general fue poco más que regular) y ahí mismo —viéndolo marcar, subir, bajar, dejar todo en la cancha— me remitió a mi primer recuerdo, que es su temporada en Miramar Misiones en el 2005, cuadro del que soy hinchista. Miramar estaba en la A (cosa que no he visto con demasiada frecuencia) y venía de su mejor momento histórico dirigido por Ronald Marcenaro en 2003. Un par de años después de eso, no era el mismo equipo, pero era una temporada donde coincidieron en el club Sebastián «Papelito» Fernández, Álvaro «Palito» Pereira y el mismo Cazulo, un equipo que jugaba mucho mejor que lo que los resultados indicaban.

Porque muchas veces eso también es el fútbol. Un buen partido que termina en derrota. Un buen desempeño que no se refleja en el tanteador. Una carrera pareja sostenida en años y años de trayectoria, que sin embargo no termina pagando las cuentas cuando uno se acerca a los cuarenta.

Y aunque esta no es la carrera de Jorge Cazulo —nacionalizado peruano, su nombre suena siempre para esa selección, es un deportista completamente vigente— está visto que conoce del tema. Porque de eso trata «Ángel para un final».

No voy a contarles el cuento, para eso basta con saltarse estas inútiles palabras e ir a por él. Pero sí me permito recomendárselo entusiasta. Cazulo cuenta tan bien como marca. Narra con la misma potencia que corre. Y conoce el tema con una sensibilidad propia de aquel que ha jugado un gran campeonato, pero mira desalentado la tabla (como aquel Miramar del 2005) preguntándose cuándo podrá dejar de calcular promedios para el descenso.

RODOLFO SANTULLO



¿Quién le quitó de un golpe el hechizo mágico del balón? ¿Quién le enredó en la sombra la pierna, el flanco y el corazón?

«GARRINCHA», ALFREDO ZITARROSA

El despertador le puso fin al insomnio. Desde hace un tiempo no logra dormir bien como en su juventud, cuando habitaba la pensión del Patrick y desparramaba las horas lentas de los días tirado en la cama. Al principio fue el nacimiento de Celeste, le causaba terror que se le ahogara o se olvidara así sin más de respirar; cosas de padre primerizo que le cambiaron el sueño. Luego, la recta final hacia el retiro. La incertidumbre de su primer día como exfutbolista lo desvelaba por las noches tanto como soñar con su madre —muerta hace años— con aquella sonrisa compasiva, arrastrando con la mano inerte una soga de color dorado de la que salía un perro blanco. Cuando lo soltaba, sin resistirse, este corría con la lengua al aire, balanceante y roja, para de un salto caerle arriba despertándolo con palpitaciones, sin entender el enigma.

Andaba en la cocina cuando sintió los golpes secos en la puerta, prepotentes y descoordinados en el compás como para augurar algo grato. Sin esperanzas, arrimó unos pasos cortos para bajar con cadencia el pestillo. Abrió la puerta y vio a Estela —su hermana— más vieja y más cansada, pero con el apuro de siempre, abrazada a unas carpetas. Sin levantar la mirada lo saludó escuetamente. Segundos después soltó el anacrónico discurso contemporáneo, lo importante que era para ella y su marido que él —Sergio— deshabitara el departamento.

—No quiero incomodarte, pero ya no damos más. Ruben no engancha nada después de lo que pasó con el taxi, y necesitamos el departamento para poder alquilarlo y tener un ingreso. Yo sé que esta casa nos la regalaste vos a mí y a Claudio, pero viste como es Ruben, se la pasa diciéndome y no aguanto más. Incluso ya tenemos unos inquilinos interesados en entrar cuanto antes.

—Tranquila, Estela —interrumpió Sergio—. Yo ya sé cómo es todo. Tengo pensado ir a pedir laburo al club, dame unos días y lo resuelvo.

Un silencio espeso los fue cubriendo, como el de un vestuario que acaba de perder el partido final, ese que soñaron toda su vida.

—¿Qué pensás?

Inquirió ella con algo de vergüenza y culpa.

—Pienso en Claudio. En cómo se fue, sin decir nada. A veces cuando tocan el portero tengo la fantasía de que es él, que me pasa a buscar para irnos juntos como cuando jugábamos.

—Así es, pero la vida sigue. Ni vos jugás más, ni él está.

Dijo Estela tragando saliva como queriendo tragarse la última frase.

—Sí, claro. Bajo a buscar el diario y sigo de largo para Dolores, así hablo en el club.

—Dale, no te olvides, no quiero tener problemas con Ruben.

Dicho esto, los dos bajaron en silencio, para perderse en el trajín de la avenida.

Sergio Walter Ochoa viaja ahora en el segundo asiento del lado derecho del ómnibus. Va como hipnotizado, como desgranando el paisaje abúlico. Mira hacia adentro y hacia atrás, a los comienzos en las inferiores del Patrick, la pensión, el debut, el pase a una liga menor de Europa. La lesión rebelde que transformó el sueño en pesadilla, el peregrinaje por equipos de países tercermundistas, aquellos buenos años en Honduras y el regreso al club, a su casa. Hay una dulce tristeza hasta ahí, una nostalgia que cambia repentinamente cuando piensa en el último tiempo: el querer y no poder con la camiseta que tanto amó y amará, el cu«Chiche»o de la tribuna que se fue comiendo al gutural grito de la masa, la misericordia de los compañeros, del entrenador, y el final. Estos cinco años de desocupado lleno de derrotas que lo doblaron hasta besar la lona, como la partida de Celeste que emigró hace un tiempo ya con su madre y su marido a Costa Verde.

Aquella dulzura anodina lo abandona, y la angustia se va derramando mansa y musical hasta colmarlo de amargura, cuando la primera lágrima le surca el rostro avejentado cayendo fugaz, hasta la comisura de sus labios. Aprieta fuerte los párpados queriendo suturar el llanto, borrando con la mano el rastro que no logra evadir la vigilia del guarda, que anuncia:

—¡Los Dolores, primera parada!

Los Dolores es un barrio tranquilo y familiar tal vez por el enorme zoológico que habita en sus entrañas, y es pintoresco, uno puede ver a los vecinos sentados en la vereda viendo pasar los transeúntes. Los colores blanco y rojo van atiborrándose conforme uno se acerca al estadio, donde también están la sede y la cancha de entrenamiento. Sergio saborea el paisaje viajando en la quietud del asiento, adivinando el perfume del verano que florece en los paraísos fatuos, erguidos e indiferentes. Cuando se acerca al destino bajando por la avenida y ve el antiguo edificio donde se levanta el Patrick con su historia, un ejército indómito de hormigas le recorre el pecho y el estómago. Toca el timbre. La puerta se abre con una exhalación maquinal. El ejército de hormigas es ahora imparable.

Ve lo que esperaba ver al cruzar la enorme portería. El Feli, histórico equipier que trabaja y vive en el club hace más de treinta años, es quien barre la vereda rítmicamente ajeno al calor y pone el grito en el cielo cuando algún jugador, por despiste o por fastidiarlo, pisa el suelo mojado y lo embarra un poco.

—¡Se ve que hoy vienen los dirigentes!

Comenta Sergio en voz alta sin dejar pasar un segundo. Ve cómo el Feli levanta la vista con la boca fruncida preparando el insulto, clava la vista en la figura del exjugador, del amigo, y cambia la pose y la mueca, regalándole una sonrisa desordenada, junto a una mirada que brilla con el azul profundo de sus ojos. Sergio llega a su encuentro y le da un abrazo fuerte, apretado, como antes, como después de cada partido en su época de cortos.

—Ni me lo digas, me perdí un poco, he andado entreverado Feli y cuando estoy así prefiero estar solo hasta ordenarme, no me gusta estar complicando a la gente, ni llorando la milonga.

—Ninguna milonga, mijo, usted sabe que acá estoy siempre y que a mí me hace bien saber de usted y de todos los que he tenido por aquí, ¿viniste a ver el entreno?

—No, no, vine a conversar con Raúl, tengo una propuesta para él.

Sergio le contó sobre su plan de trabajo exclusivo para delanteros, con una nueva metodología que le había llevado un par de años desarrollar, y que calzaba justo con la falta de respuesta de cara al gol que tenía el equipo. Hubo un silencio entre ambos que Feli se encargó de romper.

—Ganar; lo único que puede interesar al «Míster» en estos momentos es que le ofrezcan la receta para ganar y no irnos a la B.

Sacudió contra el piso la escoba mojada y la recostó en la pared.

—Pasá nomás que ahí le aviso que llegaste.

Raúl Toscani es el actual entrenador del Patrick. Gloria como jugador y como director técnico, también viejo amigo, ahora fuma de espaldas a la puerta mirando el ventanal que da a la cancha, donde el sol se posa con un brillo tibio que va palideciendo mientras trepa el mediodía. Sergio empuja levemente la puerta entornada. Raúl gira en la silla, apaga el cigarro, y le hace un gesto. Su asistente está zambullido en la pantalla congelada en pleno ataque hacia el arco contrario. Como parido por la máquina, asoma la cabeza de pelo enmarañado, observa a Sergio, le acerca una silla, pide permiso y desaparece por completo dejando torpes, sin albedrío a los pobres jugadores que soñaron el gol en esa jugada trunca.

La reunión dura algo más de una hora. Sergio presenta su método para trabajar en el ataque con jugadas organizadas y sectorizadas, con líneas de interacción y tareas para inducir a los delanteros al estrés competitivo necesario para familiarizarse con la presión al momento del partido, para que puedan de manera natural tomar mejores decisiones. Plantea la necesidad de tener especialistas así como los hay en el arco, y un montón de ideas más que fueron brotando ordenadamente al principio, y galopando frenéticamente desde su sonrisa creciente junto al entusiasmo de convencer a su interlocutor.

Mientras la reunión se esfuma, Sergio ha sacado una conclusión, aquello que lo rondaba esporádicamente en los últimos meses y persistentemente en las últimas noches, se iba a concretar. Después de muchos años, le pidió en silencio a su madre

que le diera una señal.

—Seguís siendo un romántico, no hay caso. Lo más importante en el fútbol es el cero. De esto salimos con huevo, no con fútbol. Eso que me ofrecés solo funciona en las pizarras y en los libros.

Eso y un montón de frases hechas que ahora repican en la cabeza de Sergio mientras baja la escalera agarrando la baranda, con las piernas flojas y la mandíbula tiesa de bronca. Abajo lo espera el Feli empuñando una pala oxidada:

—Acompañame a la cancha. Ya me imagino todo, pero igual contame.

Y mientras cargaba con cuidado la primera palada de tierra para devolver al hueco, siguió:

—Me va a volver loco esto, cada vez que jugamos de visita la cancha queda sola, entonces viene un perro y me hace este pozo. Donde lo agarre le doy, tengo el revólver ahí adentro. ¡Es cosa e' mandinga! ¡Siempre viene cuando no hay nadie!

Dicho esto soltó la tierra que cayó ligera y negra al foso.

—Tenés revólver —reafirmó Sergio, y para no levantar sospechas preguntó—: y de quién es el perro, ¿sabés?

—Dicen que es del «Loco» Omar que desde que faltó anda como perdido el perro, y viene a la cancha a ver si encuentra a su dueño. Contame vos, ¿cómo te fue ahí arriba?

Conversaron un rato. Sergio le contó todo lo que hablaron en la oficina, lo que habló con su hermana esa mañana y mucho más; todo lo que le oprimía el pecho desde hacía un tiempo. Luego siguieron un rato parados sin decir mucho. Feli metió la mano en el bolsillo y sacó del paquete el último cigarro. Tapó su cara con la mano para mermar el viento, y encendió el fuego. Aspiró seco y fuerte la primera bocanada.

—Te podés quedar en mi pieza, para mí sos una gran compañía.

Sergio demoró unos segundos con la mirada perdida y con una voz tenue contestó:

—En este arco siempre hice goles.

Domingo 10 de diciembre, el sol cuelga limpio en un cielo con nubes. Mira el reloj y acomoda la silla junto al palo del arco que más le gusta. Lleva el revólver que Feli dejó por si el perro reincide en arruinarle el área. Lo apoya en el posabrazos, encima de un sobre amarillo del que sobresale con letra azul y prolija el nombre de su hija. Sergio mira el estadio donde jugó tantas veces. Sube la radio. Entre rugidos agudos el comentarista analiza sin decir nada lo que puede pasar cuando San Francisco y Patrick se jueguen su suerte. El local debe ganar para ser campeón, la visita con un empate se salva. «Pero ya sabemos que el que sale a empatar termina perdiendo», dice, ayuno de ingenio, y luego de una catarata empalagosa de elogios presenta al relator estrella. Sergio se pone cómodo y se persigna sin saber por qué. A unas cuerdas de allí «comienza a rodar la pelota, es a matar o morir», remata el relator con un grosero dramatismo.

Los minutos transcurren entre el relato de un partido trabado y los pensamientos desordenados de Sergio, que acaricia el arma sin darse cuenta de que la dureza fría e irregular del objeto toma ahora una tersura cálida, que lo atrae, hasta empuñarla sin titubeos, adhiriéndose como una prolongación de su mano bisoña. Piensa en lo cansado que está de los discursos magistrales, de las recetas para ser feliz. Como si en el desierto alcanzara la palabra agua para saciarse la sed. Ahora juega con el revólver mientras divisa a lo lejos un bulto gris, fantasmal, que avanza con la cabeza pesada olfateando el pasto sin apuro.

Como rastreando un perfume añorado. Guiado por una convicción que le marca el sendero. Cuando está cerca levanta la mirada y observa, manso. Sergio le devuelve el gesto, y se queda detenido, recordando algo. Curioso revisa el pelaje. Concluye que en otro tiempo fue blanco. Le incomoda no estar solo para cometer su cobardía, pero ya no importa demasiado. Va subiendo el brazo. Cierra los ojos. Como si con eso hiciera ajeno el trance. Pasan los segundos. Un estallido rompe el silencio:

—¡Penal! Penal clarísimo que el referí marca a favor del Patrick, ¡grosero error del defensa en tomar tan torpemente al atacante en una jugada que tenía controlada el goalkeeper!

Sergio apura un suspiro denso, sin cambiar la pose. El relator enloquece mientras cuenta los quince minutos que faltan, y la oportunidad del Patrick de liberarse de esa maldición llamada descenso. Abre los ojos y ve al perro con las patas delanteras sucias, en plena faena. Su curiosidad futbolera retrasa lo inevitable. El delantero del Patrick toma una larga carrera según el comentarista, emprende camino hacia la pelota que es su destino y el destino de muchos. Sergio apoya el revólver en la cabeza. Llena sus pulmones con aire nuevo, impregnado del aroma a césped recién cortado.

—¡Lo erró, lo erró! ¡No se puede creer! El arquero le adivinó la intención y se quedó parado, rechazando con las piernas un balón mordido que ahora se escapa por la línea de banda.

Tensa el gatillo.

—¡Hasta el tiro más fácil puede ser fallado cambiando el destino de un partido, de un jugador, de una vida!

Duda. Traga saliva dos veces. La mano rígida, los ojos cerrados que se adentran en la nada. Pasa como un *flash* la película de su vida: la primera pelota, el primer beso a la novia que sería la madre de su hija, a la que ve dando sus primeros pasos. Aquel penal errado en la fatídica final. Todo a una velocidad frenética. Luego una luz que va creciendo hasta ser una esfera luminosa. Sospecha haber disparado y duda si aquello es la muerte, pero siente el peso del arma y el miedo que le muerde el corazón. Aflora una silueta en la luz fulgurante. El reflejo mengua y la forma de su madre ahora es nítida. La mano muerta sostiene la sogá que yace en espiral, sin perro. Siente que la señal llega con la locura y una lucidez le revela el misterio de lo onírico. Cree entender todo. Se va despegando de la silla con las piernas como piolas, y ve al

animal jugando con la inocencia de un cachorro, en un pozo hecho a la medida de su destino. Con los ojos nublados va calibrando el brazo hasta apuntar al vientre. El fogonazo anuncia una estampida que retumba en las cuatro tribunas. La panza del animal se pincha como un globo, brota un chorro negro que sale a borbotones, dibujando líneas rojas en el pelaje y las patas. El perro se va abandonando sin quejarse demasiado. Los últimos segundos son de la muerte, metiéndose por los ojos que el animal se niega a cerrar, como esperando ver al dueño, con un temblor que mueve la tierra suelta y sube de la profundidad hacia el pasto, por los pies de Sergio hasta los huesos y la carne, dejándolo de rodillas, llorando como un niño, como cuando fue padre, o como cuando jugó su último partido. Lloro como llora el relator, mientras anuncia que el Patrick, a pesar de todo, sigue en Primera.





AL MAESTRO CON CARIÑO

ADRIÁN BIANCHI

PRESENTADO POR:

MARCELO GANTMAN

ILUSTRADO POR:

JORGE DONEIGER

Usted. El mundo del fútbol es el reino del usted que jamás llegará al vos. Detrás de ese saludo coronado con el usted se descubren relaciones entre chicos que recién comienzan y entrenadores, con suerte maestros, que serán los encargados de guiar y dejar desparramados una serie de conceptos que, también con suerte, formarán a nuevos «usted» que continuarán la historia en otros campos de entrenamiento.

El relato de Adrián Bianchi es el de dos personas que se tratan de usted con calidez. Con la dulzura justa, porque saben que lo que viene será difícil y determinante. La potencia del texto radica en que describe un instante que se proyecta al futuro. Habla de un momento puntual que, sin embargo, tendrá el alcance suficiente como para definir una postura frente a la vida, o frente al fútbol, que al fin y al cabo pueden ser la misma cosa.

La escena que cuenta Adrián Bianchi me remonta a mi adolescencia futbolera, en la que el fanatismo existía pero sin murallas. Ser hincha no significaba estar en una trinchera y se podía apreciar virtudes vecinas allí donde las hubiera. Bianchi cuenta una historia en Ferro, la cancha siempre cercana para cualquier habitante de la ciudad de Buenos Aires un domingo con sol. Bastaba con eso, que hubiera sol, para acercarse a Ferro y ver un partido de fútbol, por el simple gusto de hacerlo. Bianchi, además, habla del predio de Pontevedra, en su momento tan mítico como La Candela para Boca. Un lugar donde la excelencia era el soporte para armar equipos de fútbol que quisieran dejar una huella.

La historia de Adrián Bianchi tiene como telón de fondo la generosidad de dos personas que se eligen para mejorarse. El fútbol, sabemos, usa el usted para demostrar cariño y el vos para el maltrato. Ustedes comenzarán a apreciarlo ya mismo.

MARCELO GANTMAN



Sobre un bendito amanecer, el milagro de los pájaros me despertó muy temprano. No eran más de las 6 de la mañana cuando mis ojos desobedientes comenzaron a contemplar la salida del alba.

Un dulce aroma a café con leche se presentaba tenue sobre la inmensidad de una inmemorial y desgastada casona llena de historias de potrero al momento en el que la voz arrugada de mi compañero de cuarto, el «Gringo» Cristofanelli, me decía «loco, levántate que ya está por llegar el “Gordo” Bonini. Dale, cambiate y vamos a desayunar, que el “Viejo” espera».

Era mi primer día de entrenamiento y ahí me encontraba yo, a la espera de conocer al maestro, envuelto entre las sábanas de una cama dura y crujiente, en la lejanía de una remota y apartada Pontevedra que se desviaba en soledad hacia el más aislado rincón del universo, entre largos y sinuosos caminos que en silencio parecían suspenderse en el tiempo.

Ya me habían contado todo sobre las historias de la vuelta chica y de la vuelta grande, de una cancha que más que cancha parecía una estancia, de las interminables horas de patear, de correr, de saltar y de tirar centros entre la temprana y fría escarcha matinal y la caída de un sol cansado de tanto entrenamiento, de las noches de truco en la concentración, de las locuras de Agonil, del «Mago», de los guantes de Teresa y de las increíbles fábulas que contaba Carpecho.

De todo eso y de mucho más ya me habían advertido mis nuevos compañeros, de la habilidad única de un tal Daniel Miranda, de las *pizzas* que amasaban las manos del eterno y simpático Doctor Rotemberg y de alguna que otra inocente ventajada que podría sufrir de la humanidad de un ilustre número 2 apodado el «Negro».

Ya era hora de levantarse y el solo hecho de no escuchar tan temprano el sonido estridente de un silbato que debilitara aún más mis ganas de ponerme de pie, decidí sin pronunciar palabra alguna seguir los sabios consejos de esa voz de ida y vuelta que parecía conocer demasiado cada uno de los secretos que encerraba esa lejanía mágica y extraña. En definitiva, sería yo también quien, en poco tiempo más, comenzaría a ser parte viva de cada una de esas historias. De pibe y en cada uno de mis sueños de potrero, me veía vestido como jugador de fútbol, gritando un gol entre los cantos de la hinchada, con las medias bajas, la melena al viento y la número 7 pegada en mi espalda. Soñaba con jugar entre los más grandes y con ser dirigido por los mejores.

Lo que jamás hubiera pensado era que Dios me iba elegir entre tantos para ser bendecido de tal manera. Desde pequeño concurrí a misa religiosamente cada domingo a la espera de que algún milagro ocurriese en mi vida, pero hasta esa bienaventurada mañana de frío y escarcha nada había sucedido en forma milagrosa.

Si bien la mano de Dios se había posado sobre mí y cada uno de mis sueños comenzaba a hacerse realidad, nada fue igual hasta que la palabra santa e inmaculada me llegó justo cuando me disponía a sumergir una tostada con dulce en la profundidad de mi taza llena de mate cocido.

—¿Cómo le va, pibe?, ¿durmió bien?

—Sí —contesté en forma serena—, gracias.

—Me alegro, entonces. Soy Timoteo Griguol. Después de que se cambien todos en el vestuario, voy a dar una charla previa al entrenamiento y, como usted es nuevo, le pido que preste mucha atención porque cada precepto que escuche seguramente le va a servir para lo que reste de su carrera futbolística.

—Muchas gracias. Le agradezco por haberme elegido para ser parte de su equipo.

—Las elecciones son mutuas. Usted también nos eligió a nosotros. Bienvenido.

Asentí con la cabeza y, por un momento, me quedé pensando en las palabras de aquel hombre que, vestido de profeta, me había hablado como un libro.

El «Viejo» Griguol, trabajador hasta el cansancio, estratega, metódico, avezado, práctico y efectivo, quien bajo el naciente de una aurora me abrazó en su infinito, quien me invitó a escuchar con atención fragmentos que nacían de su corazón. El hombre que, a partir de esa bienaventurada mañana de frío, me enseñaría que la dinámica de lo impensado comenzaba a tener un sentido y un porqué, que el fútbol era simple, fácil, integrador y asequible para todos, que más allá del talento, ejerciendo el cuidado, el respeto, la concentración, la cooperación, la confianza, el esfuerzo y la funcionalidad, el éxito está asegurado en un partido de fútbol y en la vida.

Y, entonces, el maestro habló y su voz fue un águila desafiando al sol y su canto se elevó entre las cumbres más altas... Hoy muchos son sus hijos y es su alma la que desde el fondo grita «mi espíritu estará siempre entre ustedes».

El «Viejo» Griguol, un apasionado y enfermo hombre de fútbol, el hombre que a través de la simpleza fue un maestro, el hombre que a través de su vida fue un ejemplo, el loco de las palmadas en el pecho. El «Viejo» Griguol, el maestro que hoy recuerdo con cariño, el hombre que Dios puso en mi camino siendo jugador para que, después de mi primer día de entrenamiento, saliese del vestuario siendo técnico.





LA PREGUNTA NO RESPONDIDA

JUAN MANUEL HERBELLA

PRESENTADO POR:

EZEQUIEL FERNÁNDEZ MOORES

ILUSTRADO POR:

MARIANO LUCANO

A Juan Herbella, está claro, no lo invade la parálisis del jugador que se retira. La parálisis que sí afectó en cambio a Leo, personaje central de su cuento. Herbella se rebeló a un DT que alguna vez le dijo «fútbol o estudio». Dentro de la cancha siguió siendo un 2 clásico. En Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, Jujuy, Brasil, Ecuador y Venezuela. Siempre de 2. Afuera, en cambio, jugó de polifuncional. Se recibió de médico en la UBA con diploma de honor. Estudió periodismo deportivo. Es docente. Escribe libros. Vive inquieto.

Siempre recuerdo una frase del actor británico Jim Fox con la que Herbella abre *Futboloscopia*, el primero de los tres libros que ya lleva publicados: «Mi padre siempre me decía: “encuentra un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar un solo día”». Herbella encontró el fútbol. Pero, como si fuese Juan Román Riquelme, supo levantar la cabeza y advertir que la pelota era un universo mucho más amplio que una cancha. La medicina lo ayudó a conocer posibilidades y límites del cuerpo humano, el periodismo a explicar su pasión por el deporte y los libros, su amor por la escritura. Y todo, en un ejercicio también amplio de su libertad, como cuando era jugador y no tenía representante, porque era él quien decidía dónde quería jugar. Y también dónde viajar, para «conocer otras culturas», como me dijo hace ya muchos años, la primera vez que nos conocimos.

Tanta curiosidad, tanto amor por el conocimiento, sirvieron también a Herbella para no sufrir lo que le pasó a Leo. Para saber decirle no al Doctor Cureta de turno. Y para poder contarlo.

EZEQUIEL FERNÁNDEZ MOORES



Leo no dejó el fútbol, el fútbol terminó dejándolo. Desde pequeño había soñado con convertirse en profesional, al igual que muchos de los jóvenes de San Fulgencio. Todos compartían el mismo objetivo que el «Peque» o «Messi» (así le decían los pibes del barrio por su baja estatura, la similitud en el nombre y el amorío con el gol), pero ninguno lo vivía como él. Las de Leo eran ideaciones vívidas, movilizantes, sensorialmente perfectas. En sus sueños (y también en el día a día) era capaz de intentar imposibles y conseguirlos. Sin otra idea o anhelo que cruzara por su mente, estaba dispuesto a todo por el fútbol y se soñaba haciendo cosas que nadie había hecho. Goles bellos, goles perfectos, goles en partidos definitorios. Goles con su equipo y con la selección. Goles, goles y más goles.

Y, como era de esperarse, llegó el día en el que cumplió el sueño y debutó en Primera. Después vinieron el reconocimiento y la transferencia a Europa. En total, fueron quince años de carrera profesional, más de veinte títulos en distintos continentes y condecoraciones varias. Fue una especie de montaña rusa que lo llevó a recorrer el mundo y a vestir algunas de las camisetas más importantes.

Pasó todo muy rápido y Leo debió empezar una nueva vida. Una vida que no había soñado y para la que no estaba preparado. Una vida nueva: la del exjugador. Una vida nunca prevista y recién imaginada cuando ya está muy cerca de ser una certeza. Una vida incompleta o completamente diferente, depende de cómo se quiera mirarla. Una vida de menos adrenalina y repleta de circunstancias desconocidas, humanas, monótonas e intrascendentes, que forman parte de la rutina de todos pero no de la de un futbolista.

Leo casi no llegó a acostumbrarse a esa vida porque unos meses después de colgar los botines aparecieron otras sensaciones. Brotaron de manera progresiva. Era una especie de escozor generalizado, pero más puntual alrededor de la lengua. Primero pensó que se trataba de un herpes, uno de esos que le salían habitualmente cuando se exponía demasiado al sol o cuando estaba tenso. No quiso alterarse, supuso que consistiría en algo pasajero.

Pasó el tiempo y las sensaciones dejaron de ser solo sensaciones. Ahí empezó a asustarse. Comenzó con una dicción rara, algo más lenta, como si se le trabase la lengua al pronunciar ciertas palabras. Se convenció, a su pesar, de que debía concurrir al médico. Leo, como jugador, había sido uno de esos futbolistas que cumplía y respetaba a rajatabla las máximas del vestuario. De chico le habían enseñado que

«cuanto más lejos estuviese del consultorio, más cerca estaría del campo de juego»: él siguió el precepto durante toda su carrera. Precepto inútil, ahora, en su nueva vida fuera del fútbol.

En el hospital lo revisaron, sin encontrar nada raro. Igual, por precaución y para disipar dudas lo mandaron a hacerse unos estudios, de nombre complicado. Los médicos interpretaban que, por el momento que atravesaba, era un tema más psicológico que médico. Al fin de cuentas, no tenían evidencia concreta que supusiera alguna enfermedad.

Leo no tenía bien claro qué le mandaban a hacer y tampoco entendía el jeroglífico escrito por el médico. Por lo que le habían explicado, serviría para hacer un diagnóstico de descarte. Cuando abrió la puerta, vio cómo la sala de espera se había revolucionado. Leo seguía siendo una figura, pese a estar retirado, y tanto personal de salud como pacientes aguardaban en la puerta del consultorio para pedir su selfie.

Los días después del fútbol eran eternos. Sin nada para hacer ni de qué preocuparse, excepto su salud (el cuadro seguía agravándose). Pensar en volver al médico resultaba una tortura. Se había ido muy enojado cuando le sugirieron que, además de hacerse los estudios, le vendría bien buscar algo de ayuda psicológica. Él entendía que no era una cuestión mental. Si bien era verdad que estaba deprimido, por dejar el fútbol, lo que le pasaba no estaba relacionado con el retiro.

La dificultad para comer que al comienzo quiso esconder ya era ostensible cuando llegó el momento de buscar los resultados. De golpe, en el trayecto al hospital, cruzó por su mente el recuerdo de uno de los mejores goles de su carrera: lo había convertido en una final, para la victoria del equipo y tras un bello pase de Ariel Valdez. Le llamó la atención. Ya no soñaba goles, ni siquiera los recordaba, y menos de aquella época.

Ariel había muerto hacía unos años, postrado en una cama, sin poder hablar ni moverse. En el inicio de la enfermedad, Leo iba seguido a verlo. Salía del entrenamiento y se hacía una escapada rápida, casi una visita de médico: le quedaba de paso en el trayecto de regreso a casa. Charlaban un rato, se contaban las buenas nuevas y cada uno continuaba con su vida. Leo sentía un gran cariño y mucha gratitud por Ariel, lo consideraba un hermano mayor. Desde su primer día en el club, Ariel lo había cobijado como uno de los suyos, le brindó confianza y también asistencias.

Leo se acordaba de cómo los signos de la enfermedad de Ariel fueron surgiendo de a poco, en un lento avance, que permitía avizorar un futuro negro. Llegado un día, cuando le costó demasiado charlar y ya no podía levantarse de la cama, Ariel entre lágrimas le pidió que no volviese. No deseaba que el padecimiento triunfara; quería permanecer en la memoria como aquel enganche atrevido, ganador y temerario; capaz de enfrentar gigantes y de encontrar el hueco para filtrar un pase, entre medio de una marea de piernas. Ariel, dentro del campo, jamás se había rendido: muchas veces fue el artífice principal de remontadas heroicas y autor intelectual de varios

goles de Leo. Ante la enfermedad, no dejaría de luchar pero sabía que la batalla estaba perdida.

Aún permanecía fresco e indeleble, en su memoria, el día en el que Ariel murió y cómo el club le dedicó un homenaje pocas veces visto en el fútbol. Valdez, el enganche temerario, había pasado sus últimas semanas conectado a un respirador, alimentado por sonda, entendiendo todo, sintiendo todo, pero sin poder comunicar nada. Esa enfermedad maldita, conocida como ELA, se lo había llevado en tres años, cuatro meses y veintisiete días, desde la fecha de diagnóstico hasta su deceso.

ELA es la abreviación de «esclerosis lateral amiotrófica». No se conoce su origen, tampoco qué la desencadena o si está vinculada directamente al consumo de una sustancia. Lo único claro es que fallan las «motoneuronas»: los nervios encargados de estimular al músculo para que se contraiga. Leo, erudito en goles bellos, desconocía por completo la enfermedad y tampoco quería averiguar de qué se trataba. Solo le había quedado claro que, hasta el momento, no tenía cura y que solo existía un medicamento (riluzol) que, en algunos casos, parecía retardar su avance.

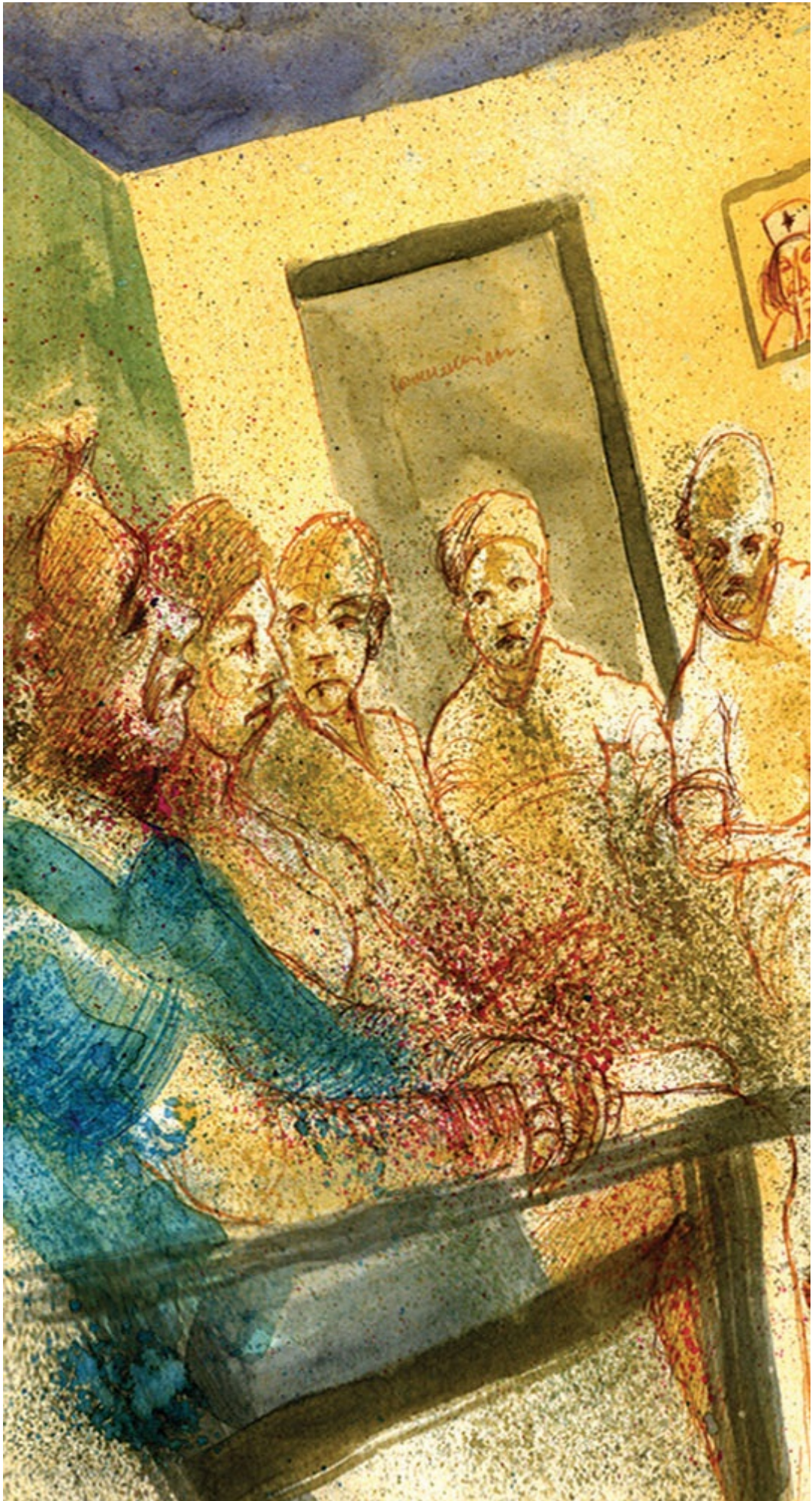
Vaya saber por qué motivo, sentado en la sala de espera del hospital aguardando para ser atendido, Leo no podía dejar de pensar en Ariel. Se preguntaba por qué lo había elegido justamente a él. Podía ser porque compartían la pasión por el juego, el convencimiento de transformarse en los mejores en su puesto, la osadía para asumir cualquier riesgo y, también, un origen común de contextura endeble. Jamás se le dio por plantearse específicamente pero ahora, ahí en la sala de espera, aguardando para ser atendido, se lamentaba por no haberlo hecho.

En esa lluvia de imágenes recordó cuando aceptó entrar al sector secreto del vestuario, el lugar de las «vitaminas» para crecer que no hacían jugar mejor pero sí recuperarse más rápido. Leo nunca preguntó qué era lo que le daban. Siempre estaban ahí, disponibles, receptivas para quien quisiera «adoptarlas». Las autoridades nunca se dieron cuenta o nunca quisieron darse cuenta de lo que pasaba. Ahora, supuestamente, hay una relación vinculante: después de Ariel, muchos futbolistas enfermaron de ELA.

—Leonel —dijo la recepcionista, simulando una formalidad innecesaria pues sabía perfectamente quién era Leo.

—Sí —respondió el «Peque».

—Aquí tiene los resultados...





¿ESE ES EL «TERROR» GUTIÉRREZ?

JUAN PABLO SORIN

PRESENTADO POR:

SEBASTIÁN WAINRAICH

ILUSTRADO POR:

MARCOS IBARRA

Le dije a Seba Domínguez: «Mandame el cuento de Sorin, yo soy 3 como él».

Seba se rio. Pero yo no. Yo también fui número 3. Lento, dudoso en la marca, sin fuerza en la proyección. Pero fui lateral, nadie me lo puede discutir. Habré sido el 0,00000000000000000000000001% de lo que fue Juampi Sorin o del «Terror» Gutiérrez, protagonista de este cuento, pero también siento nostalgia. Hay noches en las que pienso en que salvo una pelota en la línea o que hago el gol en la final. Y, por suerte para todos, no me dediqué al fútbol. Entonces imagino qué sentirán los que sí lo hicieron y a los treinta y pico, cuando muchos estamos empezando, están terminando.

Ese vacío, ese silencio, ese tiempo libre. Cómo estar preparado para todo eso. Cómo combatirlo. Cómo hacer el duelo y ganarle. Sorin es sabio y sensible para explicarlo en este cuento. Y sin querer, nos enseña que escribir siempre es una buena manera de sobrevivir. Y leer, seguro que también.

Bienvenidos los futbolistas que escriben y que leen.

SEBASTIÁN WAINRAICH



—¿Ese gordito es el «Terror» Gutiérrez? —preguntó el padre del niño que obedecía a un hombre rechoncho que se las daba de entrenador.

—¿Qué gordito? —respondió interrogando la madre curiosa y el DT se dio vuelta.

El padre se asustó pero Gutiérrez contestó con una sonrisa:

—Pasan los años señora, pasan los años.

Y el nene acarició el balón con el interior de la zurda como le había dicho el gordito y la clavó en el ángulo. Era otra lección ganada por un futbolista que estuvo al borde de la internación depresiva en tiempos pasados.

Cinco años atrás

El tipo no abría más el periódico en la sección de Deportes, acongojado. Prefería el café con leche y unas medialunas a las vitaminas, el jugo de naranja y el yogurt con cereales. Y su única felicidad matinal era llevar a sus hijos al colegio. Con ellos bromeaba, sonreía con sus quejas remolonas y los despedía con el corazón hecho trizas en la puerta de la escuela. Luego venía lo peor. El agujero, la desolación, el abismo de no saber qué hacer ahora que era un ex, un jubilado, un hombre retirado.

Las mañanas lo encontraban sin prisas, sin obligaciones ni horarios. Sin la adrenalina acostumbrada bombeando los músculos.

Probó con el golf y se aburrió, probó con la cocina y casi incendia la casa. Entonces siguió su instinto. Ese que nunca le había fallado, el mismo que lo convirtió en un goleador temible. Sin embargo, el instinto en los negocios devino en un fracaso rotundo. Nadie le facilitó las cosas por ser Gutiérrez «El Terror del Área» y tanto la peluquería, primero, como la panadería, más tarde, quebraron como una canillera de cartón. Los ahorros iban bajando pero Gutiérrez aún estaba a salvo por algunos años. Además tenía una familia preciosa que solo veía a primera y a última hora, o en las fotos del *living*, ya que durante el día desaparecían. O, mejor dicho, él había dejado su carrera y ahora aquel tiempo libre se había transformado en un monstruo. Era una sobredosis de tiempo neto, lento y abrumador que lo devoraba. Lo atontaba. Y el «Terror», en su segundo año como exjugador, solo vivía de recuerdos.

De goles inolvidables, jugadas espectaculares y ovaciones de piel de gallina que

aún lo desvelaban en las madrugadas. Ahora eran solo sueños, pero tan reales y palpables que le hacían trasladarse otra vez a su hábitat natural, rectangular, a un césped recién regado. Y añorar quizás lo más cotidiano y sencillo, pero a la vez entrañable: el clima de vestuario. Del cual no podía despegar ni su cuerpo ni su alma. El ambiente de la convivencia, con momentos dulces y otros duros, con las jodas y los problemas resueltos mirándose de frente en medio de la tensión. Los compañeros, los amigos, los utileros, los masajistas y el olor. No a sudor ni a huevos, no. El olor a la emoción, al vértigo, a lo más increíble del mundo esperando ahí, al otro lado del túnel. A las doce, cuando ya no aguantaba más, se acercaba a su última camiseta, que lucía enmarcada en la sala, y le limpiaba el vidrio, como protegiéndola, como no queriendo que ella envejeciera.

Fue el peor momento de su vida. Sumido en una depresión tan profunda que no lo dejaba ser feliz ni siquiera con sus seres queridos. No encontraba el rumbo, parecía un perro viejo peleado con el mundo e incomprendido. El sentido de su lucha individual se había esfumado y, con él, su poder de reacción. Actuaba, fingía estar bien y cada día que pasaba su dignidad se desgarraba. Y fue el mismo día en el que pensó en recluirse en un hospicio cuando su vida dio un vuelco para siempre.

Aquel 3 de agosto a Gutiérrez todo le salió mal. Y el olvido exitista le pasó factura. Despertó sin escuchar la alarma de fin de siesta y cuando miró el reloj salió disparado. Sus hijos saldrían en diez minutos del cole. Puso primera y arrancó, pero enseguida la policía lo paró por exceso de velocidad y lo basureó sin saber cómo definía en los clásicos. Antes de llegar, un colectivo le hundió la trompa del coche y vio cómo el chofer huía riendo. «Si te hubiera encontrado en un córner...», pensó, pero sus hijos lo esperaban. Así que aguantó la calentura, estacionó y llegó con la lengua afuera. En la vereda solo estaba el portero con su escoba y fue quizás el más sincero y el puñal que más le dolió cuando este le avisó de que era día de fiesta de disfraces pero que era solo para chicos, «a menos que usted necesite llamar la atención, vístase de futbolista y vaya je...» Tragó bronca y se marchó.

Todos sus movimientos acababan en el mismo puerto. Estancados en un remolino de desgano al no tener un eje al cual responder. Nada tenía tanta brillantez ni valor al perder su función, su misión, su lugar en el mundo. Era un jubilado con solo 36 años y su ego y su vanidad le reclamaban, le demandaban después de tantos mimos, tantas críticas y tanto peligro asediando. Sabía que no tenía por qué quejarse y hasta le daba vergüenza hacerlo. «¿Entonces?», se preguntó sentado en el banco de una plaza mientras esperaba a que terminara la fiesta.

Entonces, como si se tratara de una publicidad para alcohólicos anónimos, entre su cabeza que miraba el piso y sus piernas abiertas, rodó ella, salvadora, silenciosa, fiel amiga, primer amor. La pelota quedó ahí al alcance de su pie derecho mientras unos chicos esperaban a que ese tipo se la pateara. Pareció como si lo interrogase, como si le dijera «¿Qué carajo estás haciendo así?» Como si le diera la solución que no podía encontrar en ningún otro sitio. Era su destino.

Se paró, levantó el balón y lo llevó hasta los niños haciendo jueguito. Ahí fue cuando uno lo reconoció. Entonces, el «Terror» volvió a respirar, les enseñó un par de gestos y los chicos comprendieron y se entusiasmaron. Gutiérrez empezó a dirigir el equipo de la plaza Torres y más tarde a su equipo de la infancia.

Las mañanas comenzaron a ser distintas, la alegría había vuelto y con ella la panza del gordito aquel que supo ser «El Terror del Área», un goleador impresionante, un hombre vulnerable, como cualquiera.





TRAGARSE LA LLAVE

KURT LUTMAN

PRESENTADO POR:

INGRID BECK

ILUSTRADO POR:

«FEFO» MARTORELL

En principio, Kurt Lutman no es nombre de jugador de fútbol. Me siento engañada aun antes de empezar a leer el cuento. Pero resulta que sí, que Kurt Lutman, así como se escribe, jugó al fútbol. Y bastante bien. Rosarino, leproso desde la cuna, con un debut en la primera de Ñuls en 1993, previo paso por el Sub 17 que jugó el Mundial en Japón.

Admito, entonces, que a pesar de su nombre y apellido, Kurt Lutman es jugador de fútbol. Pero de qué va a escribir, pienso, prejuiciosa, como tantos. Entonces busco y me entero de que Kurt es fanático de Almafuerde, valiente defensor (no por su posición en la cancha) de sus compañeros y de la honestidad, militante por los derechos humanos, entrenador de chicos de la calle.

Así que Kurt Lutman es un tipo interesante, nomás. Ahora, claro, hay que ver si lo que escribe también es interesante. O al menos me interesa a mí. Yo no sé jugar al fútbol. No tengo pasión por ninguna camiseta (me hice de Boca por mis hijos). Me explicaron la ley del orsai mil veces sin éxito. Ni siquiera sé hacer una pelota de papel.

Entonces leí el cuento de Kurt Lutman y lloré.

INGRID BECK



El «Pipi» corre atrás de la pelota. Se desafora y la velocidad que trae en el cuerpo lo hace pasar de largo, caer y raspase todo. Lloro. Cuando me acerco, se para y me abraza. Siento que no está llorando la jugada sino alguna otra cosa. Siento que no me está abrazando a mí sino a alguien que no está.

Al barrio Bella Vista lo pisé por primera vez allá por el 2001. La idea era poder plasmar un taller de fútbol en la parte de adelante de la capilla Nuestra Señora de la Consolación. Me reuní con el mítico Padre Joaquín, cura villero arraigado al sentir del barrio desde hacía décadas. Su casa, situada en el corazón de la villa, era una habitación y una cocina separadas por un tabique de chapa donde colgaban la foto de Evita, un dibujo del Che y un Cristo tallado en madera, supuse, por alguien del barrio. Puso la pava y se sentó despacio, con la tranquilidad de los que aprendieron a esperar. Intentó explicarme que la gente estaba muy golpeada y que sus hijos necesitaban jugar, disfrutar y pasarla bien, volver a reírse. Que lo demás se da solo y que la gente sabe cuándo.

Para mi cabeza, lo que me decía era inexacto. Los chicos del barrio necesitaban reflexionar sobre el contexto histórico, sociopolítico, convertirse en sujetos de cambio. Y para eso había llegado yo.

Al mes, nomás, fui percibiendo que los libros que había leído —junto con mis expectativas— me los iba metiendo en el ojete de a uno, sin prisa y sin pausa.

A los sesenta días, el «formato taller de fútbol» se había evaporado y nos juntábamos a jugar a la pelota. Eran unos 15 pibitos: «Chuqui», el «Narigón», el Diego, el «Monito», Sebastián, los dos hermanos, el «Pipi» y como ocho más que el tiempo me olvidó los nombres pero no las caras. Las edades oscilaban entre los 6 y los 10 años, y todos los sábados nos encontrábamos en la canchita que habíamos improvisado en un terreno baldío. Detrás de un arco pasaba la calle Servando Bayo. Detrás del otro, como a un metro y medio, el portón de entrada de la capilla, donde se distinguía la imagen de la Virgen María con los brazos abiertos como si fuera el «Loco» Gatti haciendo «la de Dios».

Los arcos estaban armados con piedras y, cada vez que la pelota pasaba cerca, yo tenía que decidir si había sido gol o fuera. Así, después de mi veredicto me ganaba la bronca de un equipo entero. Me acuerdo de un día en el que, de tanto que me gritaron en el oído para que decidiese si era gol o no, me sorprendí al escucharme diciendo: «¡Pegó en el palo y se fue a la concha de mi madre... y el próximo que habla no

juega más!». Me pregunté para adentro si Paulo Freire, al escribir *Pedagogía de la libertad*, habrá tenido que hacer de árbitro alguna vez de atorrantes como estos.

Y así siempre. Yo elegía dos equipos para hacerlo parejo. Oficiaba de árbitro de fútbol y otras veces de box, cuando alguno le arrimaba un patadón a otro y se iban a las manos. Luego de algún episodio así, yo sentía que era el momento justo y, con la pelota bajo el brazo, hacía un discurso sobre la solidaridad y el respeto. Discurso que siempre era interrumpido por alguno que me arrebatava la pelota para seguir jugando mientras el resto gritaba de alegría.

Y en ese berenjenal, con el «Pipi», siempre la misma secuencia. Él caía, yo me acercaba para levantarlo y él me abrazaba llorando mientras que con las dos manos me agarraba fuerte la ropa. Esperábamos un ratito y yo le decía al oído: «Ya pasó, ya pasó». Y él desprendía los dedos, se secaba las lágrimas y, entonces sí, volvía a jugar.

Recuerdo allá por noviembre de 2001. El hambre tarasconeaba, la tensión y el dolor en el barrio —y en toda la Argentina— se hacían presentes. La misa del Padre Joaquín explotaba de gente. Él, parado en el estrado, contaba un párrafo de la Biblia según San Lucas. Mirando a los ojos de los vecinos, les decía que había que garantizar el alimento como sea, que el infierno no estaba tan lejos y que al cielo hay que construirlo, en la Tierra, sin pedirle permiso a nadie.

Una tarde, el Héctor —el más grande de los cinco hermanos del «Pipi»— me quiso enseñar a conducir el carro con el que cartoneaba y sentí ese gesto como una forma de agradecimiento que no quise despreciar. Me dio tal cagazo llevar las riendas que, apenas el bicho cabeceó, me tiré y los chicos se rieron a carcajadas mientras me gritaban: «¡Tiene que agarrarlo fuerte, profe, no sea maricón!». El «no sea maricón» terminaba de desmoronar el poco respeto que me había construido.

La rutina de los sábados se hacía disfrutable. Aparecer en la bici como siempre e ir cruzándolos por el camino mientras me jugaban una carrera a ver quién llegaba antes al arco de la capilla. Aquel sábado fue distinto. Iba llegando y sentí que me sumergía en un clima espeso. La capilla, en la que se solían hacer los bautismos o los cumpleaños y donde de fondo estaba la virgen que parecía Gatti, se había llenado de gente en silencio. Cuando estuve a diez pasos oí un llanto profundo y entendí que había un velorio. El hermano más chico del «Pipi» tenía 6 meses y en forma accidental se había caído de la mesa, de espaldas. No quise ni pude saber más nada y empecé a buscar al «Pipi» para abrazarlo y no soltarlo más. Lo encontré corriendo y jugando con los chicos a la vuelta y lo sentí a salvo. Con 7 años era imposible dimensionar tanto dolor junto. Era impresionante ver a los hombres del barrio en la sala, sin poder llorar. Con los ojos y el cuerpo a punto de estallar, pero sin poder hacerlo. Dejamos pasar una semana y volvimos a encontrarnos a jugar, pero el «Pipi» no vino. Quise ir a buscarlo a la casa pero no me animé. Sentí que yo tampoco estaba preparado para pechar ese dolor.

Volvió como al mes. Lo trajo de la mano el hermano. Estaba serio. Mientras jugaban, yo estaba más atento a él que a ninguno. Estaba esperando que, como de

costumbre, tuviera un encontronazo con un compañerito y pudiera llorar todo lo que quisiese. El momento llegó después de una trabada. Se cayó al suelo y se agarró fuerte la pierna. Apretó los dientes. Reprimió un sonido parecido al llanto y se secó los ojos y los mocos con el antebrazo. No lloró. Tenía 7 años y desde ese día, al igual que los hombres del barrio, pasó a formar parte de los que no lloran.





EL GOL DE TODAS

MÓNICA SANTINO

PRESENTADO POR:

DANIEL ARCUCCI

ILUSTRADO POR:

PAULA ADAMO

Mónica Santino soñaba con que, algún día, las mujeres iban a ser futbolistas famosas, como los hombres. Lo soñaba de piba, dice. Escribe.

Y pateó, no solo pateó, para hacer ese sueño realidad. En canchas imposibles, más difíciles, mucho más difíciles que esos estadios donde los hombres se lucen, sobre césped como alfombra roja y bajo luces que encandilan a los que juegan y a los que miran.

Pateó en canchas donde los sueños son quimeras y allí nació La Nuestra. La Nuestra, en este caso, no es el debate eterno que divide al fútbol argentino, sino una asociación que cree en los sueños. Y La Nuestra, más allá de los estilos, es femenino.

La Nuestra es la pasión por un juego que, en este lugar del mundo, nació hombre, macho. Peor que eso, machista. Y para jugar La Nuestra, nadie mejor que Las Aliadas.

Pero resulta que ese juego, según lo define ella como yo jamás lo había visto o leído definirlo por ningún otro, por ninguna otra, es pasión, es amor, es contagio, es poder para cambiarlo todo. O sea, es mujer. Y así, por pasión, por amor, por contagio, por poder cambiarlo todo, fue que Las Aliadas volaron desde una difícil cancha que está en el corazón de Buenos Aires, aunque casi nadie lo sabe y muchos lo ignoran, hasta una alfombrada cancha que está en el centro del mundo, allá en Berlín. De la Villa 31 a Alemania, a jugar su juego.

No es, entonces, que Mónica Santino soñaba. Es que Mónica Santino sueña, aún, con que algún día las mujeres serán futbolistas famosas. Lo sueña de grande. Lo escribe.

DANIEL ARCUCCI



Cuando era piba y pateaba la pelota en la calle, soñaba con que algún día las mujeres íbamos a ser jugadoras como los varones. Juntaba figuritas de Alonso, de Bochini, de Bianchi, del «Gato» Marín. Iba a la cancha a ver a Vélez los domingos de la mano de mi abuelo Carmelo, sabía todos los cantos de la hinchada que comandaba Raúl «Pistola» Gámez por aquel tiempo y lloré lágrimas de fútbol a los seis años cuando Vélez perdió el Campeonato Metropolitano de 1971 con Huracán en el mismísimo Amalfitani, dejándolo en manos de Independiente.

El fútbol siempre estuvo ahí. A mano para explicarlo todo, para llenar de sentido a los días, a las noches, a la vida. De golpe o no tanto, después de transitar caminos que me llevaron a jugar en AFA muy lejos de todo el ruido del fútbol profesional pero rodeada de pasión, de dedicación y de transpiración por la camiseta, llegaría el turno de estar parada al otro lado de la línea de cal, ese extraño oficio que consiste en gritar, alentar, ordenar y tratar de encontrar respuestas cuando el partido no se presenta como lo habíamos imaginado. Pensar quién entra y quién sale, mirar la cara de las jugadoras, los gestos y las actitudes. Una incógnita permanente a resolver. Es apasionante y se sufre y se goza. Ya no se juega. Algo que debe aprenderse también: el extraño oficio de la dirección técnica.

En una mezcla de destino y de deseo, el fútbol me llevó a la Villa 31 de Retiro en la ciudad de Buenos Aires. El barrio del Padre Carlos Mugica, aquel que en los convulsionados y fervorosos años 70 dejara su vida en la lucha por transformar la realidad. Los sobrevivientes de la dictadura militar que compartieron cotidianeidad con el sacerdote cuentan de su amor por Racing. Acostumbraba a jugar a la pelota con los pibes y fue uno de los protagonistas vitales en la construcción de la cancha que hoy usamos, la del Barrio Güemes.

Este potrero irrumpe en el mar de casas y pasillos, espacio amplio y generoso, terreno sagrado. No se construyen viviendas sobre la cancha, no se avanza. Las canchas de fútbol se mantienen a lo largo de los años en todos los barrios. No se invaden, se respetan. El espacio público más importante, al igual que los templos y las iglesias. Se las cuida comunitariamente. Se las preserva.

Las mujeres no tenían sitio en esta cancha. De tarde, después del colegio, se inundaba de pibes. Los fines de semana la poblaban veteranos y jóvenes en torneos maratónicos que arrancan los sábados y se extienden hasta la noche del domingo. ¿Cómo podíamos torcer esta situación, equilibrar la balanza un poco de nuestro lado?

Ese fue el primer desafío grupal para nuestro equipo que, con nombre propio: Las Aliadas de la 31, ya había dado el primer paso importante. Llamarse a sí mismo, identificarse, ser grupo, premisa básica para cualquier equipo de fútbol.

Así, con superioridad numérica en algunos casos, poniendo el cuerpo en otras, haciéndonos más fuertes con insultos al voleo, recuperando nuestra pelota, apretando los dientes y saliendo a jugar cuando se podía, conquistamos cancha y horario. Con argumentos futbolísticos. Con una idea de juego, teniendo bien claro quiénes queríamos ser.

Llegaron los campeonatos para mujeres, la visita de otros equipos al barrio que nadie quería venir, las entrevistas periodísticas, el reconocimiento y los viajes.

Discover Football es un grupo de jugadoras y de activistas alemanas que combaten los prejuicios y los obstáculos que impiden el desarrollo del fútbol de mujeres. Desde una realidad distinta a la sudamericana condenan que se jugara en césped sintético el último Mundial femenino disputado en Canadá y desarrollan actividades para visibilizar a las futbolistas de todas las latitudes.

Llega la noticia. Nuestra asociación, La Nuestra Fútbol Femenino, es seleccionada para viajar a Berlín en junio de 2015 junto a muchos otros proyectos del mismo tenor de África, de Europa y de Asia al festival Fútbol Sin Fronteras. La idea convocante es jugar todas mezcladas, no un país contra otro, superando las barreras de idiomas y de culturas en lo que es gran fiesta y encuentro de la pelota. De Sudamérica seremos representantes junto a compañeras brasileñas.

Nos subimos al avión de Alitalia en Ezeiza, «Conti», «Cury», Anahí, Karen, Tamara, la «Flaca», Juli, «Matra» y yo. Felices, nerviosas, emocionadas. La escala en Roma es de seis horas que nos permite meternos al mar en Fiumicino, sacándonos de encima el invierno porteño para zambullirnos de cabeza en los casi 40 grados europeos.

Llegamos a Berlín y todo sucede con la velocidad de un rayo, como Caniggia cuando debutaba en River. Jugadoras de todos lados, todos los idiomas posibles, charlas, talleres, el pedazo de Muro de Berlín en pie para los turistas, el subte, la puerta de Brandemburgo, el monumento a las víctimas del Holocausto, el minuto y medio con Ángela Merkel, la visita a la embajada argentina, extrañar profundamente al barrio, su música, los pasillos y la comida, inventarnos un pseudoalemán entre nosotras para zafar de tanto gringaje. Tomar nota de que existen miles de mujeres alrededor del planeta con la misma pasión, con las mismas ganas, con el mismo coraje para enfrentar a una cultura que nos expulsa. ¿Tendremos en algún momento referentes, ídolas futbolistas? ¿Lograremos una representación de mujeres en el deporte más importante de la historia? Quizás estemos dando el puntapié inicial, los primeros puntos del tejido empezando a andar juntas en esa trama.

Como en todos los viajes, hay un momento incomparable. El torneo que jugamos en Berlín superando fronteras se juega en un parque público, en una cancha con césped envidiable con gradas rodeadas de árboles frondosos que nos ayudan a

enfrentar el sol furibundo de julio. Las alemanas, haciendo honor a su tradición organizativa y a su eficacia, decoraron las tribunas con gigantografías que explican y que muestran al público todos los proyectos que nos hicimos presentes en el evento.

Vamos llegando nosotras a la cancha juntas, con las vendas y los botines, a prepararnos para otra jornada de partidos. Y, de golpe, nos vemos. Enorme entre todas las fotos, aparece la cancha de Güemes, nuestro lugar en el mundo, ese terreno que ganamos, a miles de kilómetros de casa. Nos agolpamos frente a la imagen y la convertimos en trofeo. Lloramos, nos abrazamos, vale mil goles. Reconocimiento al laburo, a la grandeza de un barrio en el medio de una capital europea, blanca y poderosa. Somos todas, somos nosotras. El fútbol es contagio, amor. El fútbol es poder cambiarlo todo. El fútbol también es mujer.





TÉCNICO CON ÁRBOL

JORGE SAMPAOLI

PRESENTADO POR:

PABLO PAVÁN

ILUSTRADO POR:

DECUR

Ya saben quién es Jorge Sampaoli. Pasaron el Mundial de Brasil, la vuelta olímpica en la Copa América de Chile, el premio al mejor DT del continente y la gala del Balón de Oro en Suiza. Tal vez, antes de todos estos acontecimientos algunos lo tenían en sus retinas. Observaron sus triunfos locales en la Universidad trasandina y la obtención de la Copa Sudamericana. Lo cierto es que no gozaba de la visibilidad suficiente para llegar a cada TV, ni siquiera a las tapas de los suplementos deportivos. Es lógico que haya pasado inadvertido para los servicios informativos. Al «Zurdo» la fama y el reconocimiento le llegaron al mismo tiempo, pasados sus 50 años. Lo encontraron lúcido, enérgico, vital. Así lo conocí yo en mi niñez, cuando éramos vecinos y pasaba a mil por hora, ya sea si andaba caminando o subido a su coche. No se había tatuado aunque llevaba la música en su piel. Siempre fue un rockero y vivió de esa forma. Un rebelde que hizo la suya y que desde un lugar muy chico llegó a tener una consideración muy grande. Se mantuvo con sus formas y ganó con ellas. Apostando a su espíritu *amateur* y siguiendo más al corazón que al bolsillo. Ahora es un ciudadano del mundo porque se propuso conquistar el planeta fútbol y, de algún modo, lo consiguió. De todas formas, se acuerda de dónde salió y sabe que a ese sitio siempre puede volver. Cuando anda por Casilda, nos juntamos a charlar, tomamos mates y le cuento que yo también quiero trepar hasta la cima... de un árbol.

PABLO PAVÁN



El maestro Roberto Fontanarrosa describió como pocos al fútbol más puro, el que se juega en los potreros, en los clubes de forma interna, en la calle, en el medio de nuestra facultad. En definitiva, ha interpretado muy bien el amateurismo, que es la mejor manera de desarrollar este deporte. Una de sus maravillas escritas es «Viejo con árbol». Fabuloso cuento que en su título mismo describe al protagonista, su posición y la mirada que puede llegar a tener de lo que observa. El tipo mira fútbol sin aditivos, el más natural. Y termina indignado por una cuestión que toma como propia pero que en principio le era ajena, porque, en definitiva, el tipo se apasiona.

La siguiente historia es sobre un apasionado y, también, sobre un árbol. O bien, un par de árboles.

A mediados de los 90, un hombre quería comerse el mundo. No quería conquistar el pequeño sitio en donde vivía. El «Pelado» se planteaba colonizar el mundo. Era entrenador en el club de su vida, en el que ya había sido hinch, jugador, preparador físico y dirigente, todo a la vez. Estudió, puso su mente en funcionamiento y el ensayo constante, a prueba y error, hizo el resto. Corría el año 94 y el equipo que él mismo se encargó de formar, revolucionaba el campeonato liguero. Jóvenes de 20 años les ganaban a consagrados, cotizados y algunos otros favorecidos por la prensa. Tanto ganaron que llegaron a la final del campeonato. Llegaron como pudieron porque todo les costaba el doble. Heridos, despedazados por mil partes. Siempre el escudo como bandera y un entrenador que daba la vida por ellos.

Para peor, y como se preveía, el partido determinante se jugaría contra el rival más exigente. Los que venían de ser campeones y mantenían la base se habían reforzado y tenían todo el dinero del mundo para comprar comodidades. Los del «Pelado» ni gozaban de confort ni favores. Quedó claro a los 10 minutos, cuando el DT protestó un fallo y el árbitro lo expulsó de la cancha, sin contemplaciones. Bramando, cruzó todo el terreno y, mientras insultaba como el viejo del cuento de Fontanarrosa, se le vino a la cabeza esa imagen. El árbol.

¿Dónde iba a ver el partido en un estadio sin tribunas ni cabinas para los periodistas, ni vestuarios bien ubicados? Entre su gente, sí, pero ¿sobre qué plataforma? El árbol. Trepado. Abrazado a una rama. Dio la vuelta hasta que se cansó y saltó el tejido. Pasó detrás de uno de los arcos y arengó a los muchachos de la hinchada. Dos lo siguieron y, cuando intentó trepar el tronco, unieron sus manos y le improvisaron unos escalones humanos. El «Pelado» puso primero la izquierda, luego

la derecha y, con un brazo estirado, apoyó la palma de la mano en la cabeza de uno de sus amigos. Con la otra, se agarró al árbol para llegar lo más alto posible.

Desde ese lugar, en medio de la parcialidad visitante, vio el resto del juego. Se desgarrantó dando indicaciones, ya liberado, fuera del corralito que encierra a los integrantes del banco de suplentes, tuvo rienda suelta para decir lo que quería al juez. El duelo terminó empatado porque el árbitro siguió haciendo de las suyas. Puso la cancha en un plano inclinado que favorecía al anfitrión. A pesar de este condicionante, los pibes del «Pelado» se la bancaron como en toda la temporada. Por esto el técnico permaneció entre las ramas, con una sonrisa gigante, hipnotizado por la satisfacción. Tildado. Cuando bajó la vista, no quedaba casi nadie. Se preocupó mucho porque estaba a cuatro metros del suelo y sin voz para pedir auxilio. Se abrazó al tronco, se deslizó. Salió tan raspado como los once que lo habían defendido dentro del campo y debió correr como ellos para alcanzar a los rezagados que volvían a la sede del club.

Pasó una semana y, obviamente, el sistema de la Liga no cambió. El juez que dirigió la revancha perjudicó tanto al equipo del «Pelado» que ya no lo expulsó a él sino que tomó como víctimas a tres de sus futbolistas y, entonces, la vuelta olímpica fue ajena.

Pasaron los años y el dolor continuó, pero la energía creció. Así, el calvo revolucionario se potenció y encontró la forma de ganar y ser cada vez más fuerte. Agrandó su confianza y su cuerpo técnico. Ya con preparador físico y asistente, pudo sumar a un espía. Mucho había cambiado para el tan mentado año 2000. La información salía por los poros y a él no podía faltarle. Entonces buscó la forma de infiltrar a su compañero en los entrenamientos de los futuros rivales. Su físico diminuto lo ayudaba a escabullirse. Oculto, jugando a las escondidas, «Súper Hijitus» veía, anotaba y llevaba el bosquejo a su jefe. El apodo lo describía perfectamente. Pequeño, astuto y con poderes mágicos.

Su tarea era impecable, hasta que... un día caluroso de octubre, su moral cayó de las nubes al piso. Literalmente. Se vino a pique. «Súper Hijitus» no encontraba un sitio que albergara su tarea de espionaje en el bravo barrio Granaderos a Caballo. La respuesta fue emular a su mentor. Hizo lo que el «Pelado» había hecho unos años antes. Trepó a un árbol. Sonrió confiado y acomodó su espalda para luego pisar firmemente y hacer su trabajo. Nombres, flechas, gestos y más apuntes se dibujaban sobre su cuaderno. Fue tal la satisfacción que empezó a pesarle, y la rama que lo sostenía, empezó a doblarse. Se dobló y se rompió. Y «Súper Hijitus» cayó. Cayó y fue descubierto. Fue descubierto, rodeado y apaleado. Terminó en el hospital con los ojos hinchados, algunos huesos rotos y moretones por todas partes. Tal como le había sucedido al «Gordo Bombo en el mismo barrio, después de un polémico triunfo del equipo del “Pelado”».

Tras una semana en la cama, «Súper Hijitus» decidió dejar de espiar rivales. Se fue a su casa y ya no anotó movimientos tácticos ni jugadas preparadas de los

oponentes. Se puso un kiosco, en las hojas del cuaderno que le quedaron sin usar, hoy se desgrana la lista de precios que cambia de forma brusca mientras la inflación va y viene cada mañana. Sus familiares lo ayudan, y le cuidan el boliche en la tarde.

El tiempo, implacable, siguió corriendo. El «Pelado» anda en botines por la vida. Solo se los saca para subir y bajar de los aviones en los que viaja sufriendo rumbo a los destinos que el fútbol profesional le pone por delante. Mientras tanto, en cada verano vuelve a su lugar en el mundo. Se queda en su casa paterna y se sienta a la mesa para celebrar las fiestas. Durante esa última semana de cada diciembre, mantiene una costumbre inalterable. Se encuentra con un viejo amigo. Por las tardes, «Súper Hijitus» se pone las zapatillas y pasa por la casa del «Pelado» que lo espera con el autoencendido y la puerta delantera abierta. Juntos recorren las plazas de la ciudad, hasta que encuentran un puñado de pibes que corren atrás de la pelota y ellos dos se refugian a ver nuevos talentos, cubiertos por la sombra de un árbol.





ATAJADA AL CIELO

SEBASTIÁN SAJA

PRESENTADO POR:

EZEQUIEL SCHER

ILUSTRADO POR:

FLOR BALESTRA

Cuando abrió la gigantesca palma de su mano y estiró el musculoso antebrazo para saludar en el estacionamiento de la cancha de Racing, pensé que la sensibilidad en ese cuerpo de casi un metro noventa iba a ser un misterio. Conocer al escritor de un texto altera el imaginario que producen sus palabras. Más si tiene una mirada seria y una voz dura y un cuerpo inmenso capaz de amedrentar, por ejemplo, la psiquis de un delantero que, en alguna jugada, se asustó al verlo salir a achicar. Pero la madrugada en la que leí su texto, Sebastián Saja hizo que me quebrara y llorara una y otra vez por el final de su cuento.

Al lado del Cilindro, le dije que sabíamos que quería escribir y que tendríamos tres semanas para trabajar. Dudó por el tiempo, pero lo motivó la idea de romper con esa mentira de que los jugadores son tipos intelectualmente burros. El mismo ímpetu había tenido menos de un año atrás cuando terminó el secundario y le explicó a todos sus compañeros de vestuario que era muy importante estudiar. Aceptó el desafío y prometió que en el viaje en micro a Mar del Plata, donde Racing jugaría contra Independiente por el torneo de verano, iba a armar un borrador. Sin embargo, otra vez, cuando estiró la mano para despedirse, el prejuicio me hizo dudar de su sensibilidad.

Años atrás, este arquero contó en una entrevista sobre liderazgos que estaba leyendo al Che Guevara para aprender. Esa mañana en la que nos saludamos pensé que ese cuerpo gigante podría escribir algo duro y frío. El error fue mío. Olvidé la frase del revolucionario: «Hay que endurecerse sin perder la ternura jamás». Bienvenidos al corazón de Saja.

EZEQUIEL SCHER



Creo recordar que todo empezó en el fondo de mi casa de Coronel Brandsen, en el barrio La Dolly, donde mi viejo con los troncos de leña, que nos abrigaban en los inviernos, improvisaba un arco de fútbol. Tal vez por ese espíritu futbolero del viejo es que siendo tan pequeño me mandaba al arco para satisfacer su sed de goleador. Y a mí me gustaba intentar llegar a esas pelotas que rozaban los troncos.

A la que no le gustaba nada era a mi vieja, que veía cómo destrozábamos las plantas que, con mucho amor, como todo lo que hacía la vieja, cuidaba.

Para que las plantas se pudieran lucir en el fondo de casa, mi abuelo Victorio me llevó al club en el que alguna vez supo, justamente, sentenciar a más de un arquero. Fuimos a Atlético y Progreso, el rojiverde, donde ya no eran los troncos mis aliados y sí un arco de caño con un travesaño tan alto que para mí rozaba las nubes.

Ya no había rezongos en silencio de la vieja por cada pétalo perdido: lo que había era su rico pastel de papas que me llenaba de energía por las noches después de cada revocada en el club.

Aquel equipo de la 79 fue de lo mejorcito que se recuerda en el pueblo. La categoría fue campeona cada año. Un equipo que goleaba en todos lados. Un día del que no recuerdo bien la fecha ni la estación del año, pero sí muy bien el marcador, la 78 fue a jugar con Lanús. Y como el arquero de la 79 era bueno, a la cancha de Lanús me mandaron. Aún memorizo el 0-8 que podría hacer renunciar a cualquier joven arquero a un puesto de ingratitudes y de desilusiones abundantes, pero, lejos de eso, empezaba a formar lo que es indispensable para esa posición: mi personalidad. Solo la palabra de la vieja pudo menguar tanta tristeza: «Tranquilo, Seba, pensá cuántos más se hubiesen comido con otro arquero».

Un aviso clasificado cambió mi vida para siempre y no por el desenlace de mi carrera profesional, sino porque por primera vez rompía el cascarón del pueblo y mi viejo me llevaba a la Capital Federal a intentar en un club grande. Aquel aviso anunciaba la prueba de jugadores.

Aún tengo grabada la imagen del entrenador, después de dos meses de prueba, acercándose a mi mamá, que aguardaba cada día sentada en un banco de cemento con una canasta a su lado, que tenía el termo y el mate que compartía con quien se acercara para apaciguar esa larga espera de tres horas de entrenamiento. Fue y le preguntó:

—Señora, ¿trajo el documento de Sebastián?

—Sí —le respondió.

—Muy bien: lo vamos a fichar.

Los años siguientes transcurrieron entre viajes interminables de Brandsen a Capital. Los primeros años, entre mi abuelo y mi mamá, se turnaban para llevarme y esperarme. Ya de adolescente aparecieron esos hermosos recorridos, combinando tren, colectivo y dedo.

La felicidad de jugar y de divertirme atajando en aquellos años solo era comparable con el café con leche que la vieja me traía cada mañana a la habitación.

Vino el tiempo de hacerme profesional y, con ello, mi independencia. Pero ahí estaba: preparado y dispuesto a afrontar una vida poblada de responsabilidades.

Ya no eran los troncos de leña o aquel travesaño inalcanzable mi protección. Ahora, en su lugar, había arcos que eran testigos mudos de la historia del fútbol, con canchas de verde césped y con tribunas llenas de gente.

Lo que todavía existía era ese deseo, esa ilusión como cuando atajaba en el fondo de mi casa y soñaba con llegar a esas pelotas imposibles y que pudiera enorgullecerme del comentario popular del cómo hizo para sacarla. Durante muchos años, respondía que el sueño de llegar al tronco o a aquel travesaño del Progreso era lo que hacía que pudiera atajar una pelota de gol.

Con los años, dicen que uno se hace mejor arquero y ahí es cuando suceden las atajadas de cuentos.

Pero yo no digo que sean los años: para mí, son los sueños.

Y yo ya no sueño con el tronco, ni con aquel travesaño infinito de mi niñez.

Yo sueño con hacer la atajada de mi vida, una volada que me despegue tanto del suelo que me saque del estadio, donde el lente angular de los fotógrafos no llegue y por fin pueda alcanzar el cielo y sentir, como cuando era un niño, rozar la pelota para desviarla al córner, y ya no será la pelota lo que sienta en mis manos, ya no será el murmullo de una popular llena lamentándose por el gol que no fue. En su lugar, sentiré sus manos y su voz diciéndome: «Te amo, hijo».





BARRIO DE FÚTBOL

ROBERTO «TITO» BONANO

PRESENTADO POR:

VERÓNICA BRUNATI

ILUSTRADO POR:

BERNARDO ERLICH

En un par de zapatillas cabe una humanidad. Caben la dignidad de unos padres que trabajan a sol y sombra por comprarlas y cabe la fantasía de un chico que se juega una tarde de gloria con sus amigos en un partido en el potrero del barrio Río Negro de Rosario. ¿Acaso no vale más ganar una vez a un súperequipo para atrapar la atención de las pibas que unas Topper nuevas? ¿Valen más unas zapatillas que el honor de la camiseta del equipo de amigos que quieren dejar de sentirse perdedores dentro y fuera del campo de juego?

Para «Tito», esa disyuntiva se resuelve en su cuento en un pacto de amistad que llevó al grupo a confabular una rebelión futbolística. Una rebelión con la pelota que, aunque no tuviera el éxito esperado, les serviría para reivindicar los valores que lo marcarían para siempre. El Bonano que conocemos habla en la voz del protagonista del texto con su calidad y con su integridad.

Y en su relato, como en su época de arquero, saca magistral con las manos y el tiro en largo cae cerca de los pies de Fontanarrosa (también escribía en zapatillas, ¿otro acto de rebeldía?) como si fuera el destinatario del primer pase, a modo de homenaje, para contar una historia de fútbol que seguramente haría reír al «Negro» a carcajadas. En ese pacto entre Canallas —ingeniosos, irónicos, divertidos, profundos y puteadores— se expone la esencia del fútbol. El sentido de pertenencia de los amigos que se juegan la vida, el honor, el pretendido amor de unas pibas y, también, el único par de zapatillas que sus padres podían comprarles confrontan contra un súperequipo invencible.

Las victorias son excepciones. Si lo sabrá «Tito», quien, en la soledad, defendió con sus guantes los arcos de Rosario Central, River, el Barcelona y la Selección Argentina en un Mundial, entre otros. Y lo cuenta en este cuento. «Mamá, perdón por romper las zapatillas», se disculpa. Pero ese instante mágico en el que saborea el triunfo con sus amigos fue el legado más importante que le regalaron el fútbol y la vida.

VERÓNICA BRUNATI



Sí, vieja, tenías razón cuando me repetías miles de veces que cuidara las zapatillas, que las tuviera en condiciones para el colegio. También ahora comprendo mejor tus enfados porque aquellas eran épocas durísimas, de vacas flacas y mucho esfuerzo para ganar unos míseros pesos y vivir al día. Claro, no se podía tener dos pares de zapatillas. Era un lujo para una familia argentina de clase media baja con cuatro hijos varones. Pero tengo motivos de peso para explicar el porqué de llegar con las Topper recién estrenadas y destrozadas.

Vos no te imaginás lo que es tener que soportar a una banda de pelotudos que vienen de otro barrio a provocarnos y a desafiarnos delante de las minitas que eran nuestras vecinas. Y cuidado que no eran minas cualquiera, no. Esas eran las pibas a las que soñábamos arrinconar contra el áspero tronco de un árbol en la oscuridad, acariciando febrilmente sus curvas adolescentes. Minas por las que éramos capaces de hacer cualquier cosa para llamar su atención. Ya lo sintetizó Alejandro Dolina: «Todo lo que hacemos los hombres es con el único propósito de conquistar mujeres». Y le doy toda la razón.

Además de la intrusión para llevarse a las bellezas del barrio, estos vagos fanfarrones y con fama de guapos del barrio Río Negro se presentaron sin aviso y con la propaganda de invencibles jugando al fútbol. La verdad que tenían un equipo de la puta madre, pues ya eran conocidos después de ganar unos campeonatos nocturnos y algún torneo Evita de los que se jugaban por aquellos años.

Nosotros, en cambio, éramos un rejuntado de pendejos apasionados por el fútbol, al que jugábamos en la calle y cada día de nuestras vidas, con frío, con calor o con lluvia. Pero ante todo éramos amigos y eso tenía más valor que un decreto presidencial.

Así fue, entonces, que la tarde en la que nos desafiaron aquellos matones no tuvimos más remedio que aceptar el reto.

Allí íbamos: ellos, los guapos de Río Negro, y nosotros, los cagados de barrio Azcuénaga, en procesión futbolera hacia las vías del ferrocarril de la estación Rosario Oeste, donde armaríamos la cancha. Caminábamos en un silencio de muerte. Rumiando lo que nos esperaba, casi arrastrando los pies. El nerviosismo devorándonos las tripas como si marchásemos a disputar la final del Mundial.

Era una tarde sofocante y húmeda, típica del verano en Rosario. El sol te partía la cabeza como un rayo y el campito lucía amenazante, con las piedras filosas que

sobresalían de entre las matas de pasto y con la tierra espesa que se levantaba al correr. Marcamos los arcos con adoquines y cascotes.

Ellos decidieron jugar con el torso desnudo para diferenciar a los equipos. Bah, nosotros éramos chicos pero no tan ingenuos: eso fue adrede, con la malvada intención de amedrentarnos. Y vaya que lo lograron. Nos llevaban unos cuantos años y se notaba en la contextura física. Eran cuerpos de tipos curtidos en laburos duros y en peleas callejeras. Su líder, el «Indio» Villa, se acercó a pactar las condiciones. Ninguno de nosotros se atrevió a ir a su encuentro de forma espontánea. En nuestra barra el mayor era el Gaby Zullyero, que tenía 16, así que se vio obligado a ser nuestro capitán al notar cómo le clavábamos la mirada que era casi una súplica. Inconscientemente tomó aire, sacó pecho para parecer más grande y disimuló caminar seguro hasta el medio de la cancha, donde lo esperaba, con su rostro de ojos achinados y su pelo renegrado, el «Indio» Villa, con una expresión de odio infinito que impresionaba.

Los vimos intercambiar unas palabras mientras repartíamos los puestos y dábamos unos toques a la pelota a modo de calentamiento. Un momento después supimos que ganaría el equipo que llegara primero a diez goles.

Esa tarde quedará para siempre grabada en mi mente. Aquello era el fútbol en estado puro.

Porque te confieso que jugar una Champions es fácil. Estadios perfectos, campos inmaculados, indumentaria espléndida, suena el himno de la UEFA, los adversarios se saludan cordialmente y un árbitro dictamina de forma imparcial. Pero yo te digo que había que ser muy valiente para jugarte la cabeza y las piernas contra los codazos y los patadones asesinos de esos salvajes, para arriesgar la vida cayendo entre los hierros de las vías o sobre los trozos de cristal esparcidos por borrachos vagabundos que habitaban los vagones abandonados.

Juro que jamás vi tanta entrega, tanto amor propio y tanta devoción en un partido de fútbol como la de mis amigos. Y te firmo que he visto muchísimos partidos, en directo, por la tele, hasta en la radio diría, aparte de los que jugué como *amateur* y más tarde de profesional.

Con decirte que el «Gordo» Oliva se puso el disfraz de «Pato» Fillol con las tapadas que hizo. Atajadas espectaculares: cada vez que su figura caía pesada, levantaba una nube de polvo que le dejó los pelos duros como esos perros callejeros después de retozar en los charcos de barro.

En defensa, estuvimos el Rauli, que metió más patadas que el «Mencho» Monzón (aquel de Independiente), y yo, que de arriba saqué lo que pude: debió ser mucho por el dolor de balero que me quedó hasta varios días después. En el medio, el «Colorado» Balbo pareció un pulpo robando pelotas y corriendo incansablemente a tapar huecos por todos lados. Un poco más adelantado, Claudio Pinchetti fue un clon de Bochini metiendo unos pases de gol precisos entre los defensas rivales para que Gaby Zullyero y el «Narigón» Luciani, que estaban de atacantes, solo tuvieran que

empujar a gol cada pelota que recibían a pesar de la férrea y criminal marcación que tenían. No obstante, eso sí, tengo que destacar, no arrugaron para nada y mirá que no eran de los que llamamos machos. Más bien tiraban a finolis, a pibes formales que cuando había quilombos siempre separaban o tomaban una actitud conciliadora. Lo juro: esa tarde se recibieron de corajudos.

No quisiera entrar en demasiados detalles en cuanto al desarrollo del juego, pero ya estaba el sol despidiéndose tras los paraísos, alargando la fresca sombra de los árboles, cuando convertimos el gol de la victoria.

Mirá cómo sería el miedo que nos causó el ganarles a los guapos de Río Negro que nadie se atrevió a festejar. Ninguno se abrazó al cuerpo sudado del «Narigón» Luciani cuando metió el puntazo que entró rozando las piedras del palo izquierdo en el arco que defendía el «Oveja» Medina, un veterano arquero que llegó a ser reserva en Central y andaba desparramando su gloria perdida en estos arrabales.

Nos quedamos petrificados hasta que los vimos desaparecer vencidos pero altivos como los indios en retirada, dejando detrás la certeza de que regresarían buscando revancha. Tardamos en reaccionar y nos fuimos emocionados, comentando cada jugada con matices épicos hasta el quiosquito de siempre. Juntamos las escasas monedas que teníamos y lo celebramos regalándonos dos Coca Cola de litro. Le metíamos del pico, tragos interminables pero que sabían a encanto. Igual que esos tiempos mágicos de la adolescencia.

¡Tenían que vernos relatar la hazaña el sábado siguiente por la noche a las minas del barrio en el asalto que organizamos! Agrandados como estábamos, exageramos goles, inventamos escaramuzas de piñas. Además, encumbramos al «Gordo» Oliva hasta el pedestal de santo del arco pero ni así pudo apretarse a la Andrea, una morenita no muy linda pero rápida que lo tenía caliente.

Y la verdad es que ninguno llegó a nada con las minas del barrio, ni esa noche ni nunca. Con el correr de los años, todas las pibas de la barra se casaron con tipos desconocidos, tuvieron hijos y una vida monótona por lo que sé.

A medida que fuimos creciendo, mis amigos desaparecieron sin dejar rastros y unos pocos como yo regresamos al barrio cada tanto a visitar a nuestros viejos. Pero nunca más supe nada de ellos hasta hoy. Siento una terrible nostalgia al recordarlos y me muerde la curiosidad por saber de sus vidas, qué hacen, si son felices. A veces me pregunto si los reconocería después de más de 30 años, porque inevitablemente se me aparecen con sus inocentes caritas de pibes ingenuos montados en la bicicleta, trepando a los árboles, jugando al fútbol y soñando con tener la moto.

Por eso, vieja, entendeme. Esa tarde llegué a casa con las zapatillas sucias y rotas, pero no importaba. Habíamos ganado más que un simple partidito: nos dimos cuenta de que nos estábamos haciendo grandes.

Te pido disculpas si te hice sufrir y, también, al viejo, que se reventaba por no hacernos faltar nada. No sabés cómo se los valoro, cómo se los agradezco.

Pero esa tarde, si bien perdí unas zapatillas, te aseguro que gané para la eternidad

la gloria de los momentos más felices de mi vida.

perdón
vejita



ERLICH.



ETERNO

JAVIER MASCHERANO

PRESENTADO POR:

NICOLÁS MIGUELEZ

ILUSTRADO POR:

MACA

«Javi, el cuento». «El cuento, Javi». «¿Estás?» De no haber sabido acerca de su enorme deseo de participar en *Pelota de papel*, seguramente no le hubiera bombardeado el teléfono con mensajes a deshoras. Después de todo, se trata de Masche, la clase de tipos con los que nadie se buscaría un problema. Básicamente porque no existen, en su personalidad, razones para hacerlo: pocas veces traté con alguien tan amable y respetuoso (debo decir que no somos amigos ni lo conozco demasiado; comencé a hacerlo hace poco, cuando tuvo la generosidad de invitarme a escribir con él su libro).

Mi ansiedad, desde mi simple lugar de médium con los honorables creadores de esta obra, no se fundaba en una negativa de su parte, todo lo contrario. Gravitaba en la órbita de sus tiempos. Convengamos que maniobrar en la agenda de un titular del Barcelona es como pedirle al bueno del «Patón» Bauza que suelte a los dos laterales a la vez: misión imposible.

Después entendí que se lo había tomado realmente en serio, como todo lo que hace, y que la espera había valido la pena.

No es este un cuento de gloria deportiva, tampoco el relato épico de una derrota, ni siquiera sobrevuelan en sus líneas instancias de juego. La historia que Masche quiso contar es la de un futbolista al que le tocó asistir, en un entrenamiento cualquiera, a un acto de valentía y sensibilidad en el que la pelota es lo que menos importa. «Aprendí más en el fútbol que en la escuela», dijo alguna vez. Ahora entendemos por qué. Adelante.

NICOLÁS MIGUELEZ



Era algo que sabían todos. Sus jugadores se enteraron un tiempo antes que los medios y que el mundo del fútbol, pero la noticia era la misma: había estado mal. Justo el mundo del fútbol, que parece regir las leyes del universo y ahora se ve tan insignificante. Mientras se preparan para ir a entrenar en un mediodía de verano, los mensajes empiezan a caer como el rocío de la mañana en otras épocas del año. El rocío no anuncia nada especialmente malo. Si amanece nublado, el día todavía puede arreglarse. Si no, pasa y vendrán otros mejores. ¿Serán estos mensajes el anuncio de algo malo que después pasará? ¿Algo difícil pero transitorio? Si se trata de lo que todos sospechan, ¿habrá nuevos días soleados? ¿Un final feliz? Eso sí que nadie lo sabía.

El rumor parece cierto. Ninguno se atreve a negarlo. Tampoco a confirmarlo. Si alguien quiere no creerlo, no lo dice (porque nunca lo hablaron, ni esa tarde ni después). La esperanza es que la realidad fuera como el rocío: pasajera. Una anécdota. Nunca terminamos de creer lo que no queremos que suceda.

El entrenador, que no se cambió, los reúne en el campo donde se hacen las prácticas. Los jugadores, compañeros de equipo —y ahora también de ansiedades— se agrupan a su alrededor sin decir nada. Faltan algunos, ausentes con aviso, que están de vacaciones después de jugar una copa con su selección. Los que están se acercan con una angustia inevitable. ¿Y si los rumores fueran ciertos? ¿Qué hacemos? ¿Hay algo por hacer? En ese momento nadie logra hacer nada. No es momento de desesperar. Muchas veces las emociones parecen tomar carrera para congelar nuestras primeras reacciones.

Por eso lo miran fijamente. Cuando comienza a hablar, sus jugadores oyen lo que les dice como no queriendo aceptarlo. Están mudos. Se preguntan, para adentro, por qué a veces la suerte les suelta la mano a quienes más la necesitan o merecen. Por qué le tocaba a él, que había estado preparándose para esto toda su vida. El que se preocupa por todos y al que todos quieren más. Además lo cuenta con frialdad, como no queriendo invadir con sentimientos personales algo que involucra a su grupo. Un grupo al que sigue cuidando, inclusive cuando sus esperanzas se le resbalan de las manos. Porque lo que está informando es que eso que se le escurre entre los dedos es su vida, como pasa con la arena de la playa cuando no queremos dejarla ir pero se va igual. Esos dedos que ahora mueve mientras habla, que entrelaza y une en gestos y eleva para darles énfasis a sus palabras, como si estas no fueran ya conmovedoras.

La escena se desarrolla antes del entrenamiento de la tarde de uno de los clubes más grandes del mundo. El equipo de los sueños, en el que todos quieren jugar, el mejor de todos los tiempos. Pero poco importan ahora el fútbol, los logros y los sueños de cada uno. Nada de eso tiene sentido, salvo la imagen del hombre que está parado frente a sus jugadores, que lo miran petrificados, apenas oyendo lo que sigue a la noticia. Escuchamos lo que nos interesa, lo demás lo oímos aunque no queramos, como está pasando en este momento. El entrenador les habla y relata su situación. Que a veces la vida tiene estos caprichos. Que no se preocupen. Que lo importante es la unión del grupo. Que sigan adelante. Que van a poder. Que bla, bla, bla. Efectivamente, son palabras que todos oyen sin escuchar. Lo hacen mirando, más bien admirando, a ese hombre que se planta frente a su equipo (su equipo hasta hoy) para confirmar lo que caía en los mensajes. Su enfermedad parece obsesionada con ponerlo a prueba. Entonces lo que sucede es que sufrió una nueva recaída y no tiene más opción que dejar su cargo.

La única voz que se escucha es la del silencio respetuoso que se instala entre él y sus jugadores. Esa tarde no se entrena. Cada uno a su casa.

Lo saben ellos y el mundo del fútbol también: es una de las personas más queridas del club. El que formó a los que hoy son estrellas y alimentó sus primeros sueños, les enseñó a ser humildes, también ganadores pero respetuosos del rival. Todas cosas más importantes que saber patear una pelota y dársela siempre limpia al que tiene tu camiseta. Era el referente que siempre estaba, el que se enfocaba en los largos plazos, el que les implantó su ADN futbolero a estos hombres que han ganado todo. Enseñándoles, además, que en este deporte es mucho más importante ser buen compañero que alzar trofeos o que el único reconocimiento que vale es el de los pares. Parece increíble que después de tantos años pensando en el porvenir de los demás, hoy deba ajustar su suerte al corto plazo.

La enfermedad se había hecho presente un tiempo atrás, cuando uno de sus mejores amigos, el entrenador más importante de su era, conducía al primer equipo. Lo operaron y al poco tiempo las cosas parecían marchar más o menos bien. Luego se convirtió en el entrenador del primer equipo, cumpliendo su viejo anhelo de jugar en la élite con muchos de los chicos a los que había formado. Cumpliendo, a la vez, el viejo anhelo de aquellos chicos que tanto lo admiraban. La primera recaída sobrevino en mitad del campeonato y lo obligó a operarse en Nueva York. Regresó al equipo al poco tiempo, el club se quedó con el torneo local y gritó «campeón».

Ahora atraviesa una segunda recaída, les cuenta a sus dirigidos. Lo dice tranquilamente, en esta tarde calurosa en la que todos sienten frío. Uno de sus jugadores, que es de los últimos que llegó al club, mueve la cabeza de un lado a otro. El gesto resulta claro: «No puede ser, no, no, no...» parece querer decir, aunque las palabras no salen. Lo que sí salen son lágrimas. Salen muchas, como única reacción a lo inexplicable. Salvo el entrenador que está terminando de despedirse de su grupo, nadie emite una sola palabra.

Durante el resto del día, las frases del adiós rebotan por la cabeza del jugador como una radio encendida a la que le arrancaron el interruptor. «Lo contó con una frialdad, con una calma y una valentía... ¿Por qué le pasa algo así, y justo ahora, a un tipo que esperó por este lugar durante toda su vida?» Eso es lo que piensa en silencio, aislado en una propia mezcla de admiración y tristeza.

La sorpresa más grande llega al día siguiente, cuando un llamado del director deportivo del club lo asombra todavía más. Su entrenador, le cuenta, se quedó pensando en él.

—¿En mí? Ni siquiera soy al que más conoce.

—Te vio muy mal —le dijo el director deportivo.

—No es para menos —contestó el jugador.

—Lo sé. Pero me pidió que te dijera que no te preocupases por él. Te estima mucho y espera que sigas adelante, como siempre lo has hecho.

Las lágrimas, que parecían resacas, vuelven a brotar. «Esto es increíble», pensó. «No solo está peleando por su vida, sino que además tiene la sensibilidad suficiente como para fijarse en el desconsuelo de los demás y encima ocuparse».

Unos cuantos meses después, pasó lo inevitable. Saber que iba a pasar no lo hace ni menos triste ni menos doloroso. Ni aquel jugador ni sus compañeros terminaron nunca de aceptar lo injusto que puede ser el destino.

Cuando se entera de la noticia, lo lamenta nuevamente en silencio. No es de hablar mucho, menos todavía de las cosas que no puede explicar. Pero desde ese momento se aferra a su único consuelo, que es la enseñanza que aquel director técnico le dejó antes de partir y guía su conducta en el fútbol y en la vida: nunca, ni en las situaciones más graves, los problemas personales deben estar por encima de la sensibilidad puesta en el otro.

Lo aprendió del entrenador eterno, a quien él y sus compañeros todavía extrañan mucho.

Desde entonces, de por vida y en homenaje a la suya, le dedican mirando al cielo cada uno de sus logros.



NOTAS

[1] Extracto de la canción «De ellos dos», de Mandrake Wolf y Los Terapeutas. <<